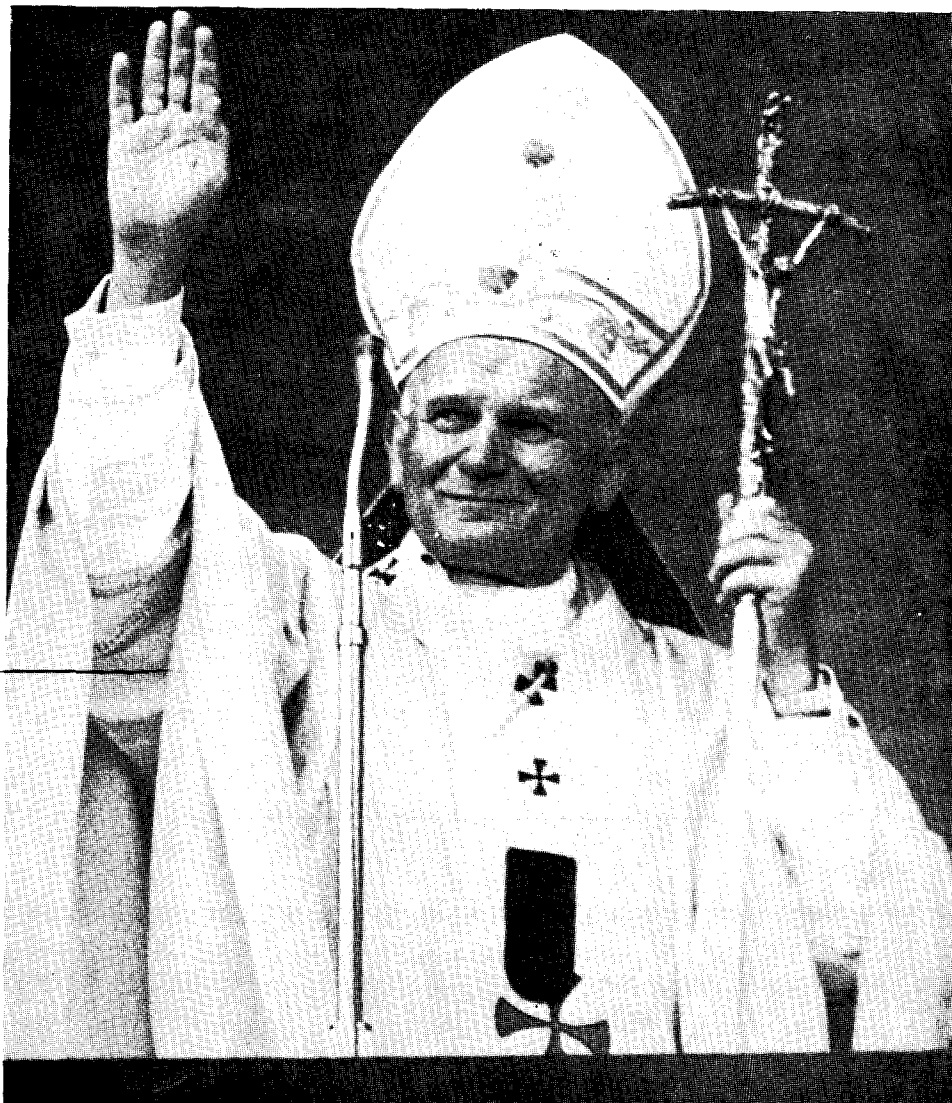


CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

AÑO XXXVI
NUMEROS 574 - 575 - 576
BARCELONA
ENERO-FEBRERO
MARZO 1979

JUAN PABLO II EN MEXICO



Confirma a tus hermanos

(Lucas, 22-32)

HACIA EL CONTINENTE DE LA ESPERANZA

El 22 de diciembre el Santo Padre en la tradicional audiencia al Sacro Colegio Cardenalicio y a los Prelados de la Curia con motivo de las Fiestas de Navidad, anuncia su próximo viaje a México, en el que inaugurará la III Asamblea General del Episcopado Latino-Americano en Puebla de los Angeles.

Ahora deseo confiaros como gozosas primicias de iniciativas y eventuales noticias, entre sí diversas, pero que todas demuestran la multi-forme presencia y actividad de la Santa Iglesia.

La primera noticia es que a fines del próximo enero me propongo dirigirme, si Dios quiere, a México para participar en la III Asamblea General del Episcopado Latino-Americano, que tendrá lugar, como sabéis, en Puebla de los Angeles. Es éste un acontecimiento de relevante importancia eclesial, no sólo porque en el vasto continente de la América latina, llamado el Continente de la Esperanza, están en clara mayoría los fieles católicos, sino también en razón de especiales intereses y, más todavía, en las grandes esperanzas que en la Asamblea se esbozan, y que será un auténtico mérito histórico para los Obispos que rigen aquella Iglesia antigua y nueva, transformadas en consoladoras realidades. Pero antes de llegar a la sede de la Conferencia haré un alto en el célebre Santuario de la Virgen de Guadalupe. Y ahí, deseo encontrar el superior aliento y necesario estímulo —o los buenos auspicios— para mi misión de Pastor de la Iglesia y, especialmente, para mi primer contacto con la Iglesia de la América Latina. El punto esencial y ambiental del encuentro con esta Iglesia será propiamente el de un religioso peregrinar al pie de la Santa Virgen, para venerarla, para implorarla, para pedirle inspiración y consejo para los Hermanos de todo el continente.

Es un gozo para mí afirmar todo esto en vísperas de Navidad, en el momento en que todos, pastores y fieles, nos reunimos en torno a la Madre que como dio un día al mundo a Jesús Salvador en la cueva de Belén, así nos lo da siempre en la fecundidad inexaurible de su virginal y espiritual maternidad. Pueda mi presencia en su Santuario en tierra mejicana contribuir nuevamente a obtener de Ella al Cristo, por medio de Ella, como Madre suya, no sólo para el pueblo de aquella tierra, sino para todas las naciones de la América Latina.

Como ya Paulo VI quiso estar presente en la II Asamblea durante el Congreso Eucarístico de Bogotá, así estaré allí entre mis hermanos en la nueva Asamblea, a fin de testimoniar a ellos, a los sacerdotes y fieles, la estima, la fe, la esperanza de la Iglesia universal y acrecentar su valor y aliento en el común empeño pastoral.

**La Virgen de Guadalupe
aliento y estímulo para
su misión de Pastor.
de la Iglesia.**

EN LA SENDA DE LOS PEREGRINOS

En la audiencia general del 24 de enero el Papa se refiere al viaje que emprenderá al día siguiente.

Me refiero en este momento a la liturgia de la fiesta de la Epifanía, así como a las palabras de la Constitución «Lumen Gentium», que nos permiten a todos dar una mirada sobre aquellos dones particulares que el pueblo y la Iglesia de México han aportado y continúan aportando al tesoro común de la humanidad y de la Iglesia. ¿Quién no ha oído hablar de los esplendores del México antiguo, de su arte, de su conocimiento en el campo de la astronomía, de sus pirámides y de sus templos, en que se expresaba su ciertamente imperfecto y aún no iluminado anhelo de lo divino?

¿Y qué decir de las catedrales e iglesias, de los palacios y municipios erigidos en México y de la artesanía mexicana después de su cristianización? Tales edificios son elocuente expresión de la maravillosa simbiosis que el pueblo mexicano ha sabido operar entre los elementos mejores de su pasado y aquellos de su futuro cristiano en el que estaba entrando.

México quiere permanecer cristiano.

Pero México ha hecho grandes progresos también en eras más recientes. Al lado de las famosas construcciones de estilo llamado colonial, están hoy los rascacielos, las grandes vías, los impresionantes edificios públicos, los establecimientos industriales del México moderno. Pero —he aquí otro de sus méritos— en medio del progreso político, técnico y civil moderno, el alma mexicana muestra claramente querer ser y permanecer cristiana; por último, en su música popular típica, el mexicano canta también su eterna nostalgia por Dios y su devoción a la Virgen Santa. Y en tiempos difíciles del pasado, ahora felizmente superados, el mexicano ha mostrado no sólo buenos sentimientos religiosos, sino una fortaleza y una firmeza de fe no indiferente, sino muchas veces heroica, como muchos todavía recordamos.

Estoy convencido que ante Cristo y su Madre se pueda de nuevo realizar aquella «oferta e intercambio de dones» a la que el Episcopado de la América Latina, yo mismo, y toda la Iglesia, tenemos tan grandes esperanzas para el futuro.

Volviendo una vez más a la descripción de San Mateo para que aquella «oferta de dones» de los Reyes Magos en elén se realice ahora al Niño y su Madre.

El continente americano late en el santuario de la Madre de Dios en Guadalupe

Añadimos que esta situación continúa repitiéndose del mismo modo. ¿No lo demuestra la misma historia de México y la historia de la Iglesia en aquella tierra? Por ello me alegro especialmente por el hecho de hallarme en la ruta de tantos peregrinos que de toda América, en especial de la América Latina, se llegan al Santuario de la Madre de Dios en Guadalupe.

Yo mismo soy de una tierra y de una nación en cuyo corazón late —como también en el de los pueblos vecinos— en el gran Santuario Mariano de Jasna Gota. Oíd una vez más, como en el día de la inauguración del Pontificado, repetir las palabras del más grande poeta polaco: «Virgen Santa que defiendes la clara Szestochowa, y resplandeces en la Porta Acuta...»

Esto me permite captar al Pueblo, a los Pueblos, la Iglesia y el Continente, cuyo corazón late en el Santuario de la Virgen de Guadalupe.

Espero, pues, que esto me abra el camino hacia el corazón de aquella Iglesia, de aquel Pueblo y de aquel Continente.

EN LA SENDA DE LOS MISIONEROS

Al emprender Juan Pablo II el viaje que le conducirá a la América Latina pronunció las siguientes palabras de despedida a las autoridades eclesiales y civiles en el aeropuerto de Fiumicino.

Os doy de corazón mis sinceras gracias por vuestra presencia en este lugar en el momento en que me alejo por algunos días de mi dilecta diócesis y de Italia para acercarme a la América Latina.

Peregrinación de fe.

Este vuestro gesto tan delicado y amable me da aliento y un sereno auspicio para el feliz éxito del viaje, el cual —como sabéis— quiere ser ante todo *una peregrinación de fe*. El Papa va a postrarse ante la prodigiosa imagen de la Virgen de Guadalupe, en México, para invocar sobre el propio servicio pontifical su maternal asistencia y su protección; para pedirselo de nuevo con fuerza acrecida por las nuevas e inmensas necesidades: «*Totus tuus sum Ego*» y para poner en sus manos el devenir de la evangelización en la América Latina.

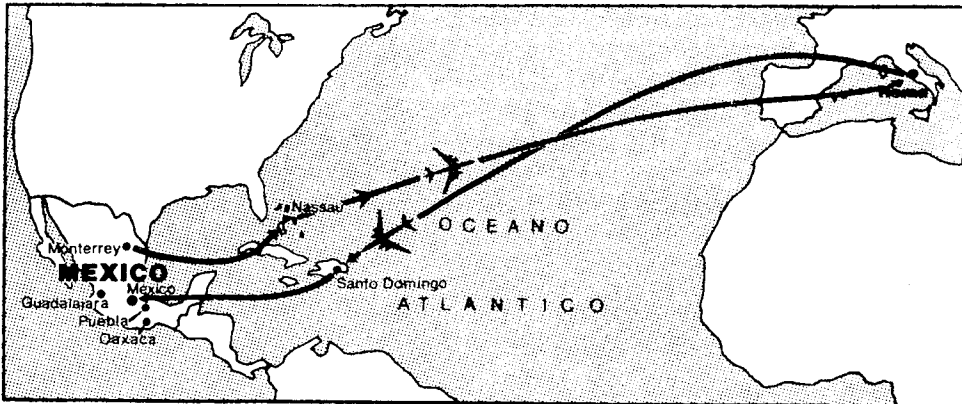
El Papa, por otra parte, va a algunas zonas del Nuevo Mundo como *Mensajero del Evangelio* para los millones de hermanos y de hermanas que creen en Cristo, los quiere conocer, abrazar, decir a todos —niños, jóvenes, hombres, mujeres, obreros, agricultores, profesionales— que Dios los ama y que la Iglesia los ama, que el Padre los ama, y para recibir a su vez de ellos el aliento y el ejemplo de su bondad, de su fe. El Papa se alista, por lo tanto, idealmente sobre la senda de los misioneros, de los sacerdotes, de todos aquellos que, desde que fue descubierto el Nuevo Mundo, con sacrificio, abnegación y generosidad han difundido en aquellas inmensas tierras el mensaje de Jesús predicando el amor y la paz entre los hombres.

Mensajero del Evangelio.

El Papa, en fin, emprende este viaje para participar, junto con sus Hermanos los Obispos, en la Tercera Conferencia General del Episcopado Latino-Americano que se celebrará en Puebla. Serán tratados en aquella sede problemas importantes concernientes a la acción pastoral del Pueblo de Dios, la que a la luz del Concilio Vaticano II debe tener presentes las complejas situaciones sociopolíticas locales para introducir en ellas los fecundos fermentos del anuncio evangélico. El Papa irá a Puebla para ayudar, «confirmar» (cf. Lc. 22, 32) a sus Hermanos Obispos.

«Confirmará» en la fe a sus Hermanos Obispos.

Mientras me apresto para emprender el vuelo, después de haber saludado al Cardenal Secretario de Estado y los otros Cardenales que están aquí con él, expreso mi reconocido aprecio al Presidente del Consejo del Gobierno Italiano y a las Autoridades civiles y militares; saludo al Señor Decano del Cuerpo Diplomático acerca de la Santa Sede y a los Embajadores de la América Latina, y a cuantos han venido a augurarme un buen viaje. De todo corazón los bendigo.



TELEGRAMAS

PORTUGAL

SALUDO DE JUAN PABLO II al sobrevolar Portugal

Rumbo a tierras de Méjico como enviado por Cristo en el Corazón y bajo el patrocinio de Nuestra Señora, al sobrevolar Portugal, con nuestros cordiales saludos va nuestro pensamiento al amado pueblo portugués auspiándole e implorando por medio de Maria Santísima que tanto culto tiene en su Patria especialmente en Fátima, la continua fidelidad a su patrimonio cultural, que apreciamos y le deseamos siempre prosperidad, progreso y paz, con nuestra bendición apostólica.

FRANCIA

Excmo. Sr. D. Valery Giscard d'Estaing, Presidente de la República Francesa — París.

Al sobrevolar territorio de vuestro país en mi camino al continente americano donde muchos compatriotas vuestros sobre todo sacerdotes y religiosas, prestan servicio humano y espiritual, os renuevo mis saludos cordiales y me complexco en manifestar al pueblo francés mis deseos de felicidad expresados en la oración, mi interés por su cultura, mi aprecio por su preocupación por los derechos del hombre y mi confianza en su vitalidad espiritual.

Al pisar tierra americana: Santo Domingo

25 Enero

DONDE SE PLANTO LA PRIMERA CRUZ

Al descender del avión en Santo Domingo, capital de la República Dominicana, y después de besar la tierra, el Papa recibe la bienvenida del Presidente Antonio Guzmán Fernández. Responde con el siguiente discurso.

**En la tierra amada
de Colón**

Señor Presidente, Hermanos en el Episcopado, hermanos y hermanas: Doy gracias a Dios, que me permite llegar a este pedazo de tierra americana, tierra amada de Colón, en la primera etapa de mi visita a un continente al que tantas veces ha volado mi pensamiento, lleno de estima y confianza, sobre todo en este período inicial de mi ministerio de Supremo Pastor de la Iglesia.

El anhelo del pasado se hace realidad con este encuentro, en el que con afecto entusiasta participan —y tantos otros lo habrán deseado— tan numerosos hijos de esta querida tierra dominicana, en cuyo nombre y en el suyo propio Usted, Señor Presidente, ha querido darme una cordial bienvenida con significativas y nobles palabras. A ellas correspondo con sentimientos de sincero aprecio y honda gratitud, testimonio del amor del Papa para con los hijos de esta hospitalaria Nación.

**Toda América se siente
unida al Papa**

Pero en las palabras escuchadas y en la acogida jubilosa que me tributa hoy el pueblo dominicano siento también la voz, lejana pero presente, de tantísimos otros hijos de todos los Países de América Latina, que desde las tierras mexicanas hasta el extremo sur del continente se sienten unidos al Papa por vínculos singulares, que tocan los ámbitos más recónditos de su ser de hombres y de cristianos. A todos y a cada uno de estos Países y a sus hijos, llegue el saludo más cordial, el homenaje de respeto y afecto del Papa, su admiración y aprecio por los estupendos valores de historia y cultura que guardan, el deseo de una vida individual, familiar y comunitaria de creciente bienestar humano, en un clima social de moralidad, de justicia para todos, de cultivo intenso de los bienes del espíritu. (Sigue en pág. 6)

FRAGMENTOS DEL DISCURSO DEL PRESIDENTE

De su discurso seleccionamos estos párrafos:

—Al nacer a la libertad y a la independencia como nación, los que hicieron posible la cristalización de ese ideal mantuvieron un alto espíritu cristiano, al punto de concebir nuestra bandera con una cruz blanca, símbolo de paz y de redención, y un escudo en cuyo centro se abre el nuevo testamento, simbolizando que las enseñanzas que en él se recogen, de la vida y de la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo, han guiado siempre, con su verdad, a este pueblo cuya fe constituye el mayor testimonio de que hemos encarnado las sagradas lecciones del Divino Maestro.

Creemos firmemente que la paz, como dice Su Santidad, es el único camino para lograr todo lo bueno que necesitan nuestros pueblos, y que las soluciones que esa paz inspira son las únicas válidas y permanentes, y nos permiten ejercer la caridad, que es amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo.

La república dominicana se siente altamente honrada con la visita del Siervo de los Siervos de Dios, iluminada con su presencia y más cerca del gran creador y de su espíritu.

Estoy seguro, Santo Padre, que cada dominicano, como quien le habla, frente a su ilustre presencia, siente renovado su enorme fervor hacia la advocación nuestra de María, la Virgen de la Altagracia, madre espiritual de este pueblo.

Séame permitido, Beatísimo Padre, expresarle el júbilo que siente el pueblo dominicano y el Gobierno que me honro en presidir, al tener nosotros al Vicario de Jesucristo, llenando, esplendorosamente, una de las páginas de nuestra historia.

la advocación nuestra de María, la Virgen de la Altagracia, madre espiritual de este pueblo.

Séame permitido, Beatísimo Padre, expresarle el júbilo que siente el pueblo dominicano y el Gobierno que me honro en presidir, al tener nosotros al Vicario de Jesucristo, llenando, esplendorosamente, una de las páginas de nuestra historia.

Me trae a estas tierras un acontecimiento de grandísima importancia eclesial. Llego a un Continente donde la Iglesia ha ido dejando huellas profundas, que penetran muy adentro en la historia y carácter de cada pueblo. Vengo a esta porción viva eclesial, la más numerosa, parte vital para el futuro de la Iglesia católica, que entre hermosas realizaciones no exentas de sombras, entre dificultades y sacrificios, da testimonio de Cristo y quiere hoy responder al reto del momento actual, proponiendo una luz de esperanza, para el aquí y para el más allá, a través de su obra de anuncio de la Buena Nueva, que se concreta en el Cristo Salvador, Hijo de Dios y Hermano mayor de los hombres.

El Papa quiere estar cercano a esta Iglesia evangelizadora para alentar su esfuerzo, para traerle nueva esperanza en su esperanza, para ayudarle a mejor discernir sus caminos, potenciando o modificando lo que convenga, para que sea cada vez más fiel a su misión: la recibida de Jesús, la de Pedro y sus Sucesores, la de los Apóstoles y los continuadores suyos.

Y puesto que la visita del Papa quiere ser una empresa de evangelización, he deseado llegar aquí siguiendo la ruta que, al momento del descubrimiento del Continente, trazaron los primeros evangelizadores. Aquellos religiosos que vinieron a anunciar a Cristo Salvador, a defender la dignidad de los indígenas, a proclamar sus derechos inviolables, a favorecer su promoción integral, a enseñar la hermandad como hombres y como hijos del mismo Señor y Padre, Dios.

Es este un testimonio de reconocimiento que quiero tributar a los artífices de aquella admirable gesta evangelizadora, en esta misma tierra del Nuevo Mundo donde se plantó la primera cruz, se celebró la primera Misa, se recitó la primera Avemaría y de donde, entre diversas vicisitudes, partió la irradiación de la fe a las otras islas cercanas y de allí a la tierra firme.

Desde este evocador lugar del Continente, tierra de férvido amor a la Virgen María y de ininterrumpida devoción al Sucesor de Pedro, el Papa quiere reservar su recuerdo y saludo más entrañable a los pobres, a los campesinos, a los enfermos y marginados, que sienten cercana a la Iglesia, que la aman, que siguen a Cristo aun en medio de obstáculos y que con admirable sentido humano ponen en práctica la solidaridad, la hospitalidad, la alegría honesta y esperanzada, a la que Dios prepara su premio.

Pensando en el mayor bien de estos pueblos buenos y generosos, abrigo la confianza de que los responsables, los católicos y hombres de buena voluntad de la República Dominicana y de toda América Latina comprometerán sus mejores energías, ensancharán las fronteras de su creatividad, para edificar un mundo más humano y a la vez más cristiano. Es el llamado que el Papa os hace en este primer encuentro en vuestra tierra.

Para que este encuentro sea más íntimo, hagamos un instante de oración y pidamos al Señor, por intercesión de Nuestra Señora de la Altagracia, cuya imagen está aquí presente, que os conceda ser siempre buenos hijos de la Iglesia, que crezcáis en la fe y sea la vuestra una vida digna de cristianos.

A vosotros, a vuestros connacionales y familiares, sobre todo a los enfermos, y a los que sufren, os concedo muy gustoso mi Bendición.

Y rezad también vosotros por el Papa.

La profunda huella de la Iglesia en el pueblo americano.

La dignidad de los indígenas defendida por los misioneros

La admirable gesta evangelizadora en el Nuevo Mundo.

El continente americano tierra de amor a la Virgen de devoción al Papa.

A LA IGLESIA DOMINICANA

Saludo de Juan Pablo II en la Catedral de Santo Domingo a los Obispos, clero y representantes de la Iglesia.

Señor Cardenal, Hermanos en el Episcopado, amadísimos hijos:

Hace pocos momentos que he tenido la dicha de llegar a vuestro País, y ahora siento una nueva alegría al encontrarme con vosotros en esta Catedral dedicada a la Anunciación —la Catedral Primada, situada al lado de la que fue la primera Sede Arzobispal en América— donde tantos habéis querido venir para ver al Papa.

Gracias, ante todo a usted, Señor Cardenal, por sus bondadosas palabras, que han llenado mi espíritu de satisfacción, de admiración y esperanza.

Deseo deciros que el Papa también anhela estar con vosotros, para conoceros y quereros más todavía. Mi única pena es no poder encontrar y hablar a cada uno en particular.

Pero aunque ello no es posible, sabed que ninguno queda fuera del afecto, fuera del recuerdo del padre común, que aun estando lejos piensa en vosotros y ruega por vuestras intenciones.

AL CUERPO DIPLOMATICO

Excelencias, Señoras y Señores: No quería que mi breve visita a este país faltase este encuentro con vosotros que por múltiples y variados motivos sois acreedores de una muestra de especial atención por parte del Papa. Habéis querido venir a rendirme vuestro homenaje de respeto y adhesión como Representantes de vuestros respectivos países, como detentores a diversos niveles de la Autoridad en la Nación Dominicana, como personas vinculadas a la Santa Sede por lazos particulares o como exponentes del mundo cultural.

A todos expreso mi sentido reconocimiento por vuestra presencia benévola así como mi aprecio profundo por vuestras respectivas funciones. Os deseo todo bien en vuestras tareas, que pueden y deben tener una clara orientación de servicio al bien común, a la causa de la convivencia humana, al bienestar de la sociedad civil y, para muchos, también de la Iglesia. Muchas gracias.

Por un mundo más humano regido por la fe

Homilía pronunciada en la Plaza de la Independencia durante la concelebración Eucarística con los Obispos dominicanos.

Hermanos en el Episcopado, amadísimos hijos:

La evangelización tarea esencial de la Iglesia.

A) En esta Eucaristía en la que compartimos la misma fe en Cristo, el Obispo de Roma y de la Iglesia universal, presente entre vosotros, os da su saludo de paz: «La gracia y la paz sea con vosotros de parte de Dios Padre y de Nuestro Señor Jesucristo» (Gal. 1, 3).

Vengo hasta estas tierras americanas como peregrino de paz y esperanza, para participar en un acontecimiento eclesial de evangelización, acuciado a mi vez por las palabras del Apóstol Pablo: «Si evangelizo, no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone por necesidad. ¡Ay de mí si no evangelizara!» (1 Cor 9, 16).

El actual período de la historia de la humanidad requiere una transmisión reavivada de la fe, para comunicar al hombre de hoy el mensaje perenne de Cristo, adaptado a sus condiciones concretas de vida.

Esa evangelización es una constante y exigencia esencial de la dinámica eclesial. Pablo VI en su encíclica *Evangelii nuntiandi* afirmaba que «evangelizar constituye la dicha y la vocación de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar» (n. 14).

Evangelizar es anunciar el Reino de Dios.

Y el mismo Pontífice precisa que «Cristo, en cuanto evangelizador, anuncia ante todo un reino, el reino de Dios»; «Como núcleo y centro de su Buena Nueva, Jesús anuncia la salvación, ese gran don de Dios que es liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es, sobre todo, liberación del pecado y del Maligno» (n. 8-9).

LA EVANGELIZACION DEL NUEVO MUNDO, LECCION DE HUMANISMO Y DE ESPIRITUALIDAD

B) La Iglesia, fiel a su misión, continúa presentando a los hombres de cada tiempo, con la ayuda del Espíritu Santo y bajo la guía del Papa, el mensaje de salvación de su divino Fundador.

Esta tierra dominicana fue un día la primera destinataria, y luego propulsora, de una gran empresa de evangelización, que merece gran admiración y gratitud.

La tierra dominicana primera destinataria en la evangelización del Nuevo Mundo.

Desde finales del siglo XV esta querida Nación se abre a la fe de Jesucristo, a la que ha permanecido fiel hasta hoy. La Santa Sede, por su parte, crea las primeras sedes episcopales de América, precisamente en esta isla, y posteriormente la sede arzobispal y primada de Santo Domingo.

En un período relativamente corto, los senderos de la fe van surcando la geografía dominicana y continental, poniendo los fundamentos del legado hecho vida que hoy contemplamos en lo que fue llamado el Nuevo Mundo.

Desde los primeros momentos del descubrimiento, la preocupación de la Iglesia se pone de manifiesto, para hacer presente el reino de Dios en el corazón de los nuevos pueblos, razas y culturas, y en primer lugar entre vuestros antepasados.

Si queremos tributar un merecido agradecimiento a quienes plantaron las semillas de la fe, ese homenaje hay que rendirlo en primer lugar a las órdenes religiosas, que se destacaron, aun a costa de ofrendar sus mártires, en la tarea evangelizadora; sobre todo los religiosos dominicos, franciscanos, agustinos, mercedarios y luego los jesuitas, que hicieron árbol frondoso lo que había brotado de tenues raíces. Y es que el suelo de América estaba preparado por corrientes de espiritualidad propia para recibir la nueva sementera cristiana.

La difusión de la fe, unida a la defensa de los derechos humanos, ha de mantener su referencia a Dios.

No se trata, por otra parte, de una difusión de la fe, desencarnada de la vida de sus destinatarios, aunque siempre debe mantener su esencial referencia a Dios. Por ello la Iglesia en esta isla fue la primera en reivindicar la justicia y en promover la defensa de los derechos humanos en las tierras que se abrían a la evangelización.

Son lecciones de humanismo, de espiritualidad y de afán por dignificar al hombre, las que nos enseñan Antonio Montesinos, Córdoba, Bartolomé de las Casas, a quienes harán eco también en otras partes Juan de Zumárraga, Motolinia, Vasco de Quiroga, José de Anchieta, Toribio de Mogroviejo, Nóbrega y tantos otros. Son hombres en los que late la preocupación por el débil, por el indefenso, por el indígena, sujetos dignos de todo respeto como personas y como portadores de la imagen de Dios, destinados a una vocación transcendente. De ahí nacerá el primer Derecho Internacional con Francisco de Vitoria.

LA IGLESIA EXPERTA EN HUMANIDAD

El anuncio del Evangelio no puede confundirse con la promoción humana.

C) Y es que no pueden disociarse —es la gran lección, válida hoy también— anuncio del Evangelio y promoción humana; pero para la Iglesia, aquél no puede confundirse ni agotarse —como algunos pretenden— en esta última. Sería cerrar al hombre espacios infinitos que Dios le ha abierto. Y sería falsear el significado profunda y completo de la evangelización, que es ante todo anuncio de la Buena Nueva del Cristo Salvador.

La Iglesia, experta en humanidad, fiel a los signos de los tiempos, y en obediencia a la invitación apremiante del último Concilio, quiere hoy continuar su misión de fe y de defensa de los derechos humanos. Invitando a los cristianos a comprometerse en la construcción de un mundo más justo, humano y habitable, que no se cierra en sí mismo, sino que se abre a Dios.

Que no prevalezca la fuerza sobre la verdad y el derecho, y lo económico y político sobre lo humano.

Hacer ese mundo más justo significa, entre otras cosas, esforzarse porque no haya niños sin nutrición suficiente, sin educación, sin instrucción; que no haya jóvenes sin la preparación conveniente; que no haya campesinos sin tierra para vivir y desenvolverse dignamente; que no haya trabajadores maltratados ni disminuidos en sus derechos; que no haya sistemas que permitan la explotación que permitan la explotación del hombre o por el Estado; que no haya corrupción; que no haya a quien le sobra mucho, mientras a otros inculpablemente les falte todo; que no haya tanta familia mal constituida, rota, desunida, insuficientemente atendida; que no haya injusticia y desigualdad en al impartir la justicia; que no haya nadie sin amparo de la ley y que la ley ampare a todos por igual; que no prevalezca la fuerza sobre la verdad y el derecho, sino la verdad y el derecho sobre la fuerza; y que no prevalezca jamás lo económico ni lo político sobre lo humano.

El mundo más justo debe abrirse a Dios.

No sólo un mundo más humano, sino también más divino.

LA VOCACION DEL HOMBRE A LA VIDA ETERNA

D) Pero no os contentéis con ese mundo más humano. Haced un mundo explícitamente más divino, más según Dios, regido por la fe y en el que ésta inspire el progreso moral, religioso y social del hombre. No perdáis de vista la orientación vertical de la evangelización. Ella tiene fuerza para liberar al hombre, porque es la revelación del amor. El amor del Padre por los hombres, por todos y cada uno de los hombres, amor revelado en Jesucristo. «Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna» (Jn 3, 16).

Jesucristo ha manifestado ese amor ante todo en su vida oculta —«Todo lo ha hecho bien» (Mc 7, 37)— y anunciando el Evangelio; después, con su muerte y resurrección, el misterio pascual en el que el hombre encuentra su vocación definitiva a la vida eterna, a la unión con Dios. Es la dimensión escatológica del amor.

Amados hijos: termino exhortándoos a ser siempre dignos de la fe recibida. Amad a Cristo, amad al hombre por El y vivid la devoción a nuestra querida Madre del cielo, a quien invocáis con el hermoso nombre de Nuestra Señora de la Altagracia, a la que el Papa quiere dejar como homenaje de devoción una diadema. Ella os ayude a caminar hacia Cristo, conservando y desarrollando en plenitud la semilla plantada por vuestros primeros evangelizadores. Es lo que el Papa espera de todos vosotros. De vosotros, hijos de Cuba, aquí presentes, de Jamaica, de Curaçao y Antillas, de Haití de Venezuela y Estados Unidos. Sobre todo de vosotros, hijos de la tierra dominicana. Así sea.

El amor de Cristo liberación del hombre.

Segunda jornada en Santo Domingo

26 Enero

La presencia del Señor en los más necesitados

En el barrio «Los Minas», situado en la periferia de la capital dominicana.

Amadísimos hijos del barrio «Los Minas»:

Desde el primer momento de la preparación de mi viaje a vuestro País, he colocado en puesto prioritario una visita a este barrio, a fin de poder encontrarme con vosotros.

Y he querido venir aquí precisamente porque se trata de una zona pobre, para que tuviérais la oportunidad —diría por título más alto— de estar con el Papa. El ve en vosotros una presencia más viva del Señor, que sufre en los hermanos más necesitados, que sigue proclamando bienaventurados a los pobres de espíritu, a quienes padecen por la justicia y son puros de corazón, trabajan por la paz, son compasivos y mantienen la esperanza en el Cristo Salvador.

Pero al invitaros a cultivar esos valores espirituales y evangélicos, deseo haceros pensar en vuestra dignidad de hombres y de hijos de Dios. Quiero alentaros a ser ricos en humanidad, en amor a la familia, en solidaridad con los demás. A la vez, os animo a desarrollar cada vez más las posibilidades que tenéis de lograr una mayor dignificación humana y cristiana.

Mas no acaba aquí mi discurso. La vista de vuestra realidad debe hacer pensar a tantos en la acción que pueda ser llevada a cabo para remediar eficazmente vuestra condición.

En nombre de estos hermanos nuestros, pido a cuantos puedan hacerlo que les ayuden a vencer su actual situación, para que, sobre todo con una mejor educación, perfeccionen sus mentes y corazones, y sean artífices de su propia elevación y de una más propicia inserción en la sociedad.

Con esta urgente llamada a las conciencias, el Papa alienta vuestros deseos de superación y bendice con gran afecto a vosotros, a vuestros hijos y familiares, a todos los habitantes del barrio.

Anunciad la muerte y resurrección de Jesús

AL CLERO Y A LOS RELIGIOSOS

Amadísimos hermanos y hermanas:

Bendito sea el Señor que me ha traído aquí, a este suelo de la República Dominicana, donde venturosamente, para gloria y alabanza de Dios en este Nuevo Continente ,amaneció también al día de la salvación. Y he querido venir a esta Catedral de Santo Domingo para estar entre vosotros, amadísimos sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y seminaristas, para manifestaros mi especial afecto a vosotros en los que el Papa y la Iglesia depositan sus mejores esperanzas, para que os sintáis más alegres en la fe, de modo que vuestro orgullo de ser lo que sois rebose por causa mía (cf. Fil. 1, 25).

Pero sobre todo quiero unirme a vosotros en la acción de gracias a Dios. Gracias por el crecimiento y celo de esta Iglesia, que tiene en su haber tantas y tan bellas iniciativas y que muestra tanta entrega en el servicio de Dios y de los hombres. Doy gracias con inmensa alegría —para decirlo con palabras del Apóstol— «por la parte que habéis tomado en anunciar la buena nueva desde el primer día hasta hoy; seguro además de una cosa: de que aquél que dio principio a la buena empresa, le irá dando remate hasta el día del Mesías, Jesús» (Ibid. 1, 3 ss.).

Me gustaría de verdad disponer de mucho tiempo para estar con vosotros, aprender vuestros nombres y escuchar de vuestros labios «lo que rebosa del corazón» (Mat 12, 34), lo que de maravilloso habéis experimentado en vuestro interior — «fecit mihi magna qui potens est»... (Luc 1, 49)—, habiendo sido fieles al encuentro con el Señor. Un encuentro de preferencia por su parte.

Es esto precisamente: el encuentro pascual con el Señor, lo que deseo proponer a vuestra reflexión para reavivar más vuestra fe y entusiasmo en esta Eucaristía; un encuentro personal, vivo, de ojos abiertos y corazón palpitante, con Cristo resucitado (cf. Luc 24, 30), el objetivo de vuestro amor y de toda vuestra vida.

Sucede a veces que nuestra sintonía de fe con Jesús permanece débil o se hace tenue —cosa que el pueblo fiel nota en seguida, contagiándose por ello de tristeza— porque lo llevamos dentro, sí, pero confundido a la vez con nuestras propensiones y razonamientos humanos (cf. Ibid. 15) sin hacer brillar toda la grandiosa luz que El encierra para nosotros. En alguna ocasión hablamos quizá de El amparados en alguna premisa cambiante o en datos de sabor sociológico, político, psicológico, lingüístico, en vez de hacer derivar los criterios básicos de nuestra vida y actividad de un Evangelio vivido con integridad, con gozo, con la confianza y esperanza inmensas que encierra la cruz de Cristo.

Una cosa es clara, amadísimos hermanos: la fe en Cristo resucitado no es resultado de un saber técnico o fruto de un bagaje científico (cf. 1 Cor 1, 26). Lo que se nos pide es que anunciemos la muerte de Jesús y proclamemos su resurrección (S. Liturgia). Jesús vive. «Dios lo resucitó rompiendo las ataduras de la muerte» (He 2, 24). Lo que fue un trémulo murmullo entre los primeros testigos, se convirtió pronto en gozosa experiencia de la realidad de aquél «con el que hemos comido y bebido...

Orgullo de ser lo que sois por causa Mía.

Acción de gracias por la Iglesia dominicana.

La triste consecuencia de una fe débil.

La fe en Cristo no es un saber técnico o un bagaje científico.

después que resucitó de la muerte» (He 10, 41-42). Sí, Cristo vive en la Iglesia, está en nosotros, portadores de esperanza e inmortalidad.

Anunciadores y testigos de Cristo.

Si habéis encontrado pues a Cristo, ¡vivid a Cristo, vivid con Cristo! Y anunciadlo en primera persona, como auténticos testigos: «para mí la vida es Cristo» (Fil. 1, 21). He ahí también la verdadera liberación: proclamar a Jesús libre de ataduras, presente en unos hombres transformados, hechos nueva creatura. ¿Por qué nuestro testimonio resulta a veces vano? Porque presentamos a un Jesús sin toda la fuerza seductora que su Persona ofrece; sin hacer patentes las riquezas del ideal sublime que su seguimiento comporta; porque no siempre llegamos a mostrar una convicción hecha vida acerca del valor estupendo de nuestra entrega a la gran causa eclesial que servimos.

DISPENSADORES DE LOS MISTERIOS DE DIOS

Hermanos y hermanas: Es preciso que los hombres vean en nosotros a los dispensadores de los misterios de Dios (cf. 1 Cor 4, 1), testigos creíbles de su presencia en el mundo. Pensemos frecuentemente que Dios no nos pide al llamarnos, parte de nuestra persona, sino toda nuestra persona y energías vitales, para anunciar a los hombres la alegría y la paz de la nueva vida en Cristo y guiarlos a su encuentro. Para ello sea nuestro afán primero buscar al Señor, y una vez encontrado, comprobar dónde y cómo vive, quedándose con El todo el día (cf. Jn 1, 39). Quedándonos con El de manera especial en la Eucaristía, donde Cristo se nos da, y en la oración, mediante la cual nos damos a El. La Eucaristía ha de complementarse y prolongarse a través de la oración en nuestro quehacer cotidiano como un «sacrificio de alabanza» (Misal Romano, Plegaria Eucarística I). En la oración, en el trato confiado con Dios nuestro Padre, discernimos mejor dónde está nuestra fuerza y dónde está nuestra debilidad, porque el Espíritu viene en nuestra ayuda (cf. Rom. 8, 26). El mismo Espíritu nos habla y nos va sumergiendo poco a poco en los misterios divinos, en los designios de amor a los hombres que Dios realiza mediante nuestra ofrenda a su servicio.

La Eucaristía y la oración fuerza del sacerdocio.

Lo mismo que Pablo durante una reunión en Tróade para partir el pan, seguiría hablando con vosotros hasta la medianoche (cf. He 20, 6 ss.). Tendría muchas cosas que deciros, y que no puedo hacer ahora. Entretanto os recomiendo que leáis atentamente lo que he dicho recientemente al Clero, a los Religiosos, Religiosas y Seminaristas en Roma. Ello alargará este encuentro, que continuará espiritualmente con otros semejantes en los próximos días. Que el Señor y nuestra dulce Madre, María Santísima, os acompañen siempre y llenen vuestra vida de un gran entusiasmo en el servicio de vuestra altísima vocación eclesial.

María llena vuestra vocación eclesial.

Vamos a continuar la Misa, poniendo en la mesa de las ofrendas nuestros anhelos de vivir la nueva vida, nuestras necesidades y nuestras súplicas, las necesidades y súplicas de la Iglesia y Nación Dominicana. Pongamos también los trabajos y los frutos de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla.

Santo Domingo26 Enero

DESPEDIDA

En el aeropuerto de Las Américas Juan Pablo II dirigió las siguientes palabras al Presidente y al pueblo dominicano:

Señor Presidente:

Con hondo sentimiento por mi parte, llega el momento de tener que dejar esta querida tierra de la República Dominicana, donde la brevedad de mi permanencia se ha visto compensada con una gran abundancia de intensas vivencias religiosas y humanas.

He podido admirar algunas de las bellezas del país, de sus monumentos histórico-religiosos y sobre todo he podido constatar con profunda satisfacción el sentido religioso y humano de sus habitantes.

Son recuerdos imborrables que me acompañan y continuarán haciéndome presente las hermosas jornadas vividas en esta cuna del catolicismo en el Nuevo Mundo.

Gracias, Señor Presidente, por las innumerables atenciones que se me han prestado y por su presencia en este momento. Gracias a todo el querido pueblo dominicano por su entusiasta recibimiento, por sus constantes pruebas de amor al Papa y por su fidelidad a la fe cristiana.



MEXICO SEMPER FIDELIS

Después de un breve saludo al Presidente de la República Mexicana en el aeropuerto, el Papa se ha dirigido a la Catedral Metropolitana, donde ha celebrado el Sacrificio Eucarístico pronunciando la siguiente homilía:

EL PUEBLO MEXICANO Y SU ARRAIGADO AMOR A LA VIRGEN DE GUADALUPE

Bajo la protección de la Virgen de Guadalupe.

México y su pasado espléndido de amor a Cristo.

Queridos Hermanos en el Episcopado y amadísimos hijos:

Hace apenas unas horas que pisé por vez primera, con honda conmoción, esta bendita tierra. Y ahora tengo la dicha de este encuentro con vosotros, con la Iglesia y el pueblo mexicanos, en este que quiere ser el «día de México».

Es un encuentro que se inició con mi llegada a esta hermosa Ciudad; se extendió mientras atravesaba las calles y plazas, se ha intensificado al ingresar en esta Catedral. Pero es aquí, en la celebración del Sacrificio eucarístico, donde halla su culminación.

Pongamos este encuentro bajo la protección de la Madre de Dios, la Virgen de Guadalupe, a la que el pueblo mexicano ama con la más arraigada devoción.

A vosotros, Obispos de esta Iglesia; a vosotros, sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas, miembros de los Institutos Seculares, laicos de los movimientos católicos y de apostolado; a vosotros niños, jóvenes, adultos, ancianos; a vosotros todos, mexicanos, que tenéis un pasado espléndido de amor a Cristo, aun en medio de las pruebas; a vosotros que lleváis en lo hondo del corazón la devoción a la Virgen de Guadalupe, el Papa quiere hablaros hoy de algo que es, y debe ser más, una esencia vuestra, cristiana y mariana: la fidelidad a la Iglesia.

LA FIDELIDAD DE MARIA

De entre tantos títulos atribuidos a la Virgen, a lo largo de los siglos, por el amor filial de los cristianos, hay uno de profundísimo significado: Virgo Fidelis, Virgen fiel. ¿Qué significa esta fidelidad de María? ¿Cuáles son las dimensiones de esa fidelidad?

Dios es la respuesta a la búsqueda del hombre

La primera dimensión se llama búsqueda. María fue fiel ante todo cuando, con amor se puso a buscar el sentido profundo del Designio de Dios en Ella y para el mundo. «Quomodo fiet? — ¿Cómo sucederá esto?», preguntaba Ella al Ángel de la Anunciación. Ya en el Antiguo testamento el sentido de esta búsqueda se traduce en una expresión de rara belleza y extraordinario contenido espiritual: «buscar el Rostro del Señor». No habrá fidelidad si no hubiere en la raíz esta ardiente, paciente y generosa búsqueda; si no se encontrara en el corazón del hombre una pregunta, para la cual sólo Dios tiene respuesta, mejor dicho, para la cual sólo Dios es la respuesta.

La segunda dimensión de la fidelidad se llama acogida, aceptación. El «quomodo fiet» se transforma, en los labios de María, en un «fiat». Que se haga, estoy pronta, acepto: éste es el momento crucial de la fidelidad, momento en el cual el hombre percibe que jamás comprenderá

totalmente el cómo; que hay en el Designio de Dios más zonas de misterio que de evidencia; que, por más que haga, jamás logrará captarlo todo. Es entonces cuando el hombre acepta el misterio, le da un lugar en su corazón así como «María conservaba todas estas cosas, medítandolas en su corazón» (Lc 2, 19; cf. Lc 3, 15). Es el momento en el que el hombre se abandona al misterio, no con la resignación de alguien que capitula frente a un enigma, a un absurdo, sino más bien con la disponibilidad de quien se abre para ser habitado por algo —¡por Alguien!— más grande que el propio corazón. Esa aceptación se cumple en definitiva por la fe que es la adhesión de todo el ser al misterio que se revela.

La fidelidad exige la fe en el misterio.

Coherencia, es la tercera dimensión de la fidelidad. Vivir de acuerdo con lo que se cree. Ajustar la propia vida al objeto de la propia adhesión. Aceptar incomprensiones, persecuciones, antes que permitir rupturas entre lo que se vive y lo que se cree: esta es la coherencia. Aquí se encuentra, quizás, el núcleo más íntimo de la fidelidad.

La fidelidad en la hora de la persecución.

Pero toda fidelidad debe pasar por la prueba más exigente: la de la duración. Por eso la cuarta dimensión de la fidelidad es la constancia. Es fácil ser coherente por un día o algunos días. Difícil e importante es ser coherente toda la vida. Es fácil ser coherente en la hora de la exaltación, difícil serlo en la hora de la tribulación. Y sólo puede llamarse fidelidad una coherencia que dura a lo largo de toda la vida. El «fiat» de María en la Anunciación encuentra su plenitud en el «fiat» silencioso que repite al pie de la cruz. Ser fiel es no traicionar en las tinieblas lo que se aceptó en público.

La perseverancia en la fidelidad.



LA FIDELIDAD DE MEXICO

De todas las enseñanzas que la Virgen da a sus hijos de México, quizás la más bella e importante es esta lección de fidelidad. Esa fidelidad que el Papa se complace en descubrir y que espera del pueblo mexicano.

De mi Patria se suele decir: «Polonia semper fidelis». Yo quiero poder decir también: ¡México semper fidelis, siempre fiel!

Fidelidad arraigada por el sacrificio

De hecho la historia religiosa de esta Nación es una historia de fidelidad; fidelidad a las semillas de fe sembradas por los primeros misioneros; fidelidad a una religiosidad sencilla pero arraigada, sincera hasta el sacrificio. fidelidad a la devoción mariana; fidelidad ejemplar al Papa. Yo no tenía necesidad de venir hasta México para conocer esta fidelidad al Vicario de Jesucristo, pues desde hace mucho lo sabía; pero agradezco al Señor poder experimentar la en el fervor de vuestra acogida.

En esta hora solemne quería invitaros a consolidar esa fidelidad, a robustecerla. Quería invitaros a traducirla en inteligente y fuerte fidelidad a la Iglesia hoy. ¿Y cuáles serán las dimensiones de esta fidelidad sino las mismas de la fidelidad de María?

No hay «nueva Iglesia» opuesta a la «vieja Iglesia».

El Papa que os visita espera de vosotros un generoso y noble esfuerzo por conocer siempre mejor a la Iglesia. El Concilio Vaticano II ha querido ser por encima de todo un Concilio sobre la Iglesia. Tomad en vuestras manos los documentos conciliares, especialmente la Lumen Gentium, estudiadlos con amorosa atención, en espíritu de oración, para ver lo que el Espíritu ha querido decir sobre la Iglesia. Así podréis daros cuenta de que no hay —como algunos pretenden— una «nueva Iglesia» diversa u opuesta a la «vieja Iglesia», sino que el Concilio ha querido revelar con más claridad la única Iglesia de Jesucristo, con aspectos nuevos, pero siempre la misma en su esencia.

La permanente novedad del Evangelio.

El Papa espera de vosotros, además, una leal aceptación de la Iglesia. No serían fieles en este sentido quienes quedasen apegados a aspectos accidentales de la Iglesia, válidos en el pasado, pero ya superados. Ni serían tampoco fieles quienes, en nombre de un profetismo poco esclarecido, se lanzaran a la aventurosa y utópica construcción de una Iglesia así llamada del futuro, desercarnada de la presente. Debemos ser fieles a la Iglesia que nacida una vez por todas del Designio de Dios, de la cruz, del sepulcro abierto del Resucitado y de la gracia de Pentecostés, nace de nuevo cada día, no del pueblo o de otras categorías racionales, sino de las mismas fuentes de las cuales nació en su origen. Ella nace hoy para construir con todas las gentes un pueblo deseoso de crecer en la fe, en la esperanza, en el amor fraterno.

EXIGENCIA DEL TESTIMONIO CRISTIANO

Por un mundo desde el que se mire a Dios.

El Papa espera asimismo de vosotros la plena coherencia de vuestra vida con vuestra pertenencia a la Iglesia. Esa coherencia significa tener conciencia de la propia identidad de católicos y manifestarla, con total respeto, pero sin vacilaciones ni temores. La Iglesia tiene hoy necesidad de cristianos dispuestos a dar claro testimonio de su condición y que asuman su parte en la misión de la Iglesia en el mundo, siendo fermento de religiosidad, de justicia, de promoción de la dignidad del hombre, en todos los ambientes sociales, y tratando de dar al mundo un suplemento de alma, para que sea un mundo más humano y fraterno, desde el que se mira hacia Dios.

El Papa espera a la vez que vuestra coherencia no sea efímera, sino constante y perseverante. Pertenecer a la Iglesia, vivir en la Iglesia, ser Iglesia, es hoy algo muy exigente. Tal vez no cueste la persecución clara y directa, pero podrá costar el desprecio, la indiferencia, la marginación.

Miedo, cansancio e inseguridad tentaciones en la hora actual.

Es entonces fácil y frecuente el peligro del miedo, del cansancio, de la inseguridad. No os dejéis vencer por estas tentaciones. No dejéis desvanecerse por alguno de estos sentimientos el vigor y la energía espiritual de vuestro «ser Iglesia», esa gracia que hay que pedir pronto a recibirla con una gran pobreza interior, y que hay que comenzar a vivirla cada mañana. Y cada día con mayor fervor e intensidad.

Queridos Hermanos e hijos: en esta Eucaristía que sella un encuentro del siervo de los siervos de Dios con el alma y la conciencia del pueblo mexicano, el nuevo Papa quisiera recoger de vuestros labios, de vuestras manos y vuestras vidas un compromiso solemne para brindarlo al Señor. Compromiso de las almas consagradas, de los niños, jóvenes, adultos y ancianos, de personas cultivadas, de gente sencilla, de hombres y mujeres, de todos: el compromiso de la fidelidad a Cristo, a la Iglesia de hoy. Pongamos sobre el altar esta intención y compromiso.

La Virgen fiel, la Madre de Guadalupe, de quien aprendemos a conocer el Designio de Dios, su promesa y alianza, nos ayude con su intercesión a firmar este compromiso y a cumplirlo hasta el final de nuestra vida, hasta el día en que la voz del Señor nos diga: «Ven, siervo bueno y fiel; entra en el gozo de tu Señor» (Mt 25, 21-23). Así Sea.

SALUDO A LOS FIELES

Al final de la celebración de la Misa el Papa se dirige a los fieles.

Amadísimos hijos:

Después de recibir el saludo de bienvenida del Señor Cardenal José Salazar y del Señor Arzobispo de esta ciudad, Monseñor Ernesto Corripio, acabo de terminar la celebración de mi primera Misa en tierra mexicana, ofrecida en esta Catedral Metropolitana.

Estoy muy contento de encontrarme aquí con vosotros y saludo a todos y cada uno, a los sacerdotes, religiosos y religiosas, seminaristas, personas adultas, padres y madres de familia. Pero llegue mi saludo especialmente cordial a los jóvenes, a los niños, a los ancianos y enfermos.

Sabed que el Papa ha rezado en la Misa por todas vuestras intenciones, pidiendo al Señor que os conduzca por el camino de la rectitud moral, del amor a Cristo y a la Iglesia, que os dé su consuelo si tenéis algún motivo de tristeza o dolor, y os conceda vivir con autenticidad vuestra vida cristiana.

Sobre todo en estos días en que estaremos cercanos, rezad también vosotros por el Papa y por la Iglesia. Y pidamos con fervor a la Virgen de Guadalupe que Ella nos ayude en nuestro camino y sea nuestra guía hacia su Hijo y Hermano nuestro, Jesús.

A todos el Papa os da con gran afecto su bendición.

Que la Virgen de Guadalupe sea nuestra guía.

Respeto a los derechos del hombre

A los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado en México en la sede de la Delegación Apostólica.

AL CUERPO DIPLOMATICO

Excelencias,

Ilustrísimos Miembros del Cuerpo Diplomático:

Me complace de veras que en medio del programa tan apretado de mi visita a México, esté colocado este encuentro de saludo a un grupo tan distinguido de personas, como es el Cuerpo Diplomático acreditado en Ciudad de México.

Son muchas las ocasiones en las que la Santa Sede ha demostrado su alta estima y aprecio por la función de los Representantes diplomáticos. Lo he hecho yo también al principio de mi Pontificado. Y gustoso reitero hoy ante ustedes mi positiva valoración de esta noble tarea, cuando es puesta al servicio de la gran causa de la paz, del entendimiento entre las Naciones, del acercamiento entre los pueblos y de un intercambio mutuamente provechoso en tantos campos de la interdependencia en la comunidad internacional.

Vosotros y yo, Señores, sentimos también una preocupación común: el bien de la humanidad y el porvenir de los pueblos y de todos los hombres. Si vuestra misión es, en primer lugar, la defensa y promoción de los legítimos intereses de vuestra respectivas naciones, la interdependencia ineludible que vincula cada vez más en nuestros días a todos los legítimos intereses de vuestras respectivas naciones, la interdependencia ineludible que vincula cada vez más en nuestros días a todos los pueblos del mundo, invito a todos los diplomáticos a hacerse, con espíritu renovado y original, los artífices del entendimiento entre los pueblos, de la seguridad internacional y de la paz entre las naciones.

Vosotros sabéis muy bien que todas las sociedades humanas, nacionales o internacionales, serán juzgadas en este campo de la paz por la aportación que hayan dado al desarrollo del hombre y al respeto de sus derechos fundamentales. Si la sociedad debe garantizar, en primer lugar, el disfrute de un derecho verdadero a la existencia y a una existencia digna, no se podrá desligar de este derecho otra exigencia también fundamental y que podríamos llamar el derecho a la paz y a la seguridad.

En efecto, todo ser humano aspira a las condiciones de la paz que permitirán un desarrollo armonioso de las generaciones futuras, al abrigo del azote terrible que será siempre la guerra, al abrigo del recurso a la fuerza o de otra forma de violencia.

Garantizar la paz a todos los habitantes de nuestro planeta quiere decir buscar, con toda la generosidad y dedicación, con todo el dinamismo y perseverancia de que son capaces los hombres de buena voluntad, todos los medios concretos aptos a promover las relaciones pacíficas y fraternas, no sólo en el plano internacional, sino también en el plano de los distintos continentes y regiones, donde será a veces más fácil conseguir resultados que, no por ser limitados, serán menos importantes. Las realizaciones de paz en el plano regional constituyen en efecto un ejemplo y una invitación para la entera comunidad internacional.

Yo quisiera exhortar a cada uno de vosotros y, a través de vosotros, a todos los responsables de las Naciones que representáis a eliminar el y la desconfianza, y a sustituirlos por la confianza mutua, por la vigilancia acogedora y por la colaboración fraterna. Este nuevo clima en las relaciones entre las Naciones hará posible el descubrimiento de campo de entendimiento frecuentemente insospechados.

Permitid al Papa, a este humilde peregrino de la paz que soy yo, reiterar a vuestra atención el llamamiento que hice a todos los responsables de la suerte de las Naciones en mi Mensaje para la Jornada de la Paz: no dudéis en comprometeros personalmente por la paz mediante gestos de paz, cada uno en su ámbito y en su esfera de responsabilidad. Dad vida a gestos nuevos y audaces, que sean manifestaciones de respeto, de fraternidad, de confianza y de acogida. Por medio de estos gestos empeñaréis todas vuestras capacidades personales y profesionales al servicio de la gran causa de la paz. Y yo os prometo que, por el camino de la paz, encontraréis siempre a Dios que os acompaña.

En el contexto de este llamamiento, yo quisiera compatir también vosotros un deseo particular. Me refiero al número creciente de refugiados por todo el mundo y a la situación trágica en que se hallan los refugiados en el sudoeste asiático. Expuestos no solamente a los riesgos de un viaje no sin peligros, éstos últimos están expuestos además a que sea rechazada su petición de asilo o, al menos, a una larga espera antes de recibir la posibilidad de comenzar una nueva existencia en un país dispuesto a acogerlos. La solución de este problema trágico es responsabilidad de todas las Naciones, y yo deseo que las organizaciones internacionales apropiadas puedan contar con la comprensión y la ayuda de los países de todos los continentes, especialmente de un continente como América Latina que ha hecho siempre honor a su tradición secular de hostilidad, para afrontar abiertamente este problema humanitario.

Permítanme pues alentarlos en este cometido, conscientes como son del profundo sentido de ética profesional que debe acompañar este servicio sacrificado, a veces incomprendido, a la sociedad.

Para que Dios bendiga vuestros esfuerzos, vuestras personas y familias, invoco la protección del Todopoderoso.

SALVE MADRE DE MEXICO, MADRE DE LA AMERICA LATINA

La inauguración de la III Conferencia General del Episcopado Latino-Americano se inició con una solemne Misa concelebrada con todos los Obispos presididos por el Papa en la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, en que pronunció la siguiente homilía:

Guadalupe, manifestación de la maternidad de María.

1. ¡Salve, María!

Cuán profundo es mi gozo, queridos Hermanos en el Episcopado y amadísimos hijos, porque los primeros pasos de mi peregrinaje, como Sucesor de Pablo VI y de Juan Pablo I, me traen precisamente aquí. Me traen a Ti, María, en este Santuario del pueblo de México y de toda América Latina, en el que desde hace tantos siglos se ha manifestado tu maternidad.

¡Salve, María!

Pronuncio con inmenso amor y reverencia estas palabras, tan sencillas y a la vez tan maravillosas. Nadie podrá saludarte nunca de un modo más estupendo que como lo hizo un día el Arcángel en el momento de la Anunciación. Ave María, gratia plena, Dominus tecum. Repito estas palabras que tantos corazones guardan y tantos labios pronuncian en todo el mundo. Nosotros aquí presentes las repetimos juntos, conscientes de que éstas son las palabras con las que Dios mismo, a través de su mensajero, ha saludado a Ti, la Mujer prometida en el Edén, y desde la eternidad elegida como Madre del Verbo, Madre de la divina Sabiduría, Madre del Hijo de Dios.

¡Salve, Madre de Dios!

2. Tu Hijo Jesucristo es nuestro Redentor y Señor. Es nuestro Maestro. Todos nosotros aquí reunidos somos sus discípulos. Somos los sucesores de los Apóstoles, de aquellos a quienes el Señor dijo: «Id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado. Yo estaré con vosotros hasta la consumación del mundo» (Mt. 28, 19-20).

Congregados aquí el Sucesor de Pedro y los sucesores de los Apóstoles, nos damos cuenta de cómo esas palabras se han cumplido, de manera admirable, en esta tierra.

En efecto, desde que en 1492 comienza la gesta evangelizadora en el Nuevo Mundo, apenas una veintena de años después llega la fe a México. Poco más tarde se crea la primera sede arzobispal regida por Juan de Zumárraga, a quien secundarán otras grandes figuras de evangelizadores, que extenderán el cristianismo en muy amplias zonas.

Otras epopeyas religiosas no menos gloriosas escribirán en el hemisferio sur hombres como Santo Toribio de Mogrovejo y otras muchos que merecerían ser citados en larga lista. Los caminos de la fe van alargándose sin cesar, y a finales del primer siglo de evangelización las sedes episcopales en el nuevo Continente son más de 70 con unos cuatro millones de cristianos. Una empresa singular que continuará por largo tiempo, hasta abarcar hoy en día, tras cinco siglos de evangelización, casi la mitad de la entera Iglesia católica, arraigada en la cultura del pueblo latino-americano y formando parte de su identidad propia.

Evocación del descubrimiento y de la evangelización.

MARIA Y LA UNIDAD ESPIRITUAL DEL CONTINENTE AMERICANO

Presencia de María.

Y a medida que sobre estas tierras se realizaba el mandato de Cristo, a medida que con la gracia del bautismo se multiplicaban por doquier los hijos de la adopción divina, aparece también la Madre. En efecto, a Ti, María, el Hijo de Dios y a la vez Hijo Tuyo, desde lo alto de la cruz indicó a un hombre y dijo: «He ahí a tu hijo» (Jn. 19, 26). Y en aquel hombre Te ha confiado a cada hombre, Te ha confiado a todos. Y Tú, que en el momento de la Anunciación, en estas sencillas palabras: «He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc. 1, 38), has concentrado todo el programa de Tu vida, abrazas a todos. Te acercas a todos, buscas maternalmente a todos. De esta manera se cumple lo que el último Concilio ha declarado acerca de Tu presencia en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Perseveras de manera admirable en el misterio de Cristo, Tu Hijo unigénito, porque estás siempre dondequiera están los hombres sus hermanos, dondequiera está la Iglesia.

2-a. De hecho los primeros misioneros llegados a América, provenientes de tierras de eminente tradición mariana, junto con los rudimentos de la fe cristiana van enseñando el amor a Ti, Madre de Jesús y de todos los hombres. Y desde que el indio Juan Diego hablara de la dulce Señora del Tepeyac, Tú, Madre de Guadalupe, entras de modo determinante en la vida cristiana del pueblo de México. No menor ha sido Tu presencia en otras partes, donde Tus hijos te invocan con tiernos nombres, como Nuestra Señora de la Altagracia, de la Aparecida, de Luján y tantos otros no menos entrañables, para no hacer una lista interminable, con los que en cada Nación y aun en cada zona los pueblos latinoamericanos Te expresan su devoción más profunda y Tú les proteges en su peregrinar de fe.

Recuerdo de Polonia.

El Papa —que proviene de un País en el que tus imágenes, especialmente una: la de Jasna Góra, son también signo de Tu presencia en la vida de la nación, en su azarosa historia— es particularmente sensible a este signo de Tu presencia aquí, en la vida del Pueblo de Dios en México, en su historia, también ella no fácil y a veces hasta dramática. Pero estás igualmente presente en la vida de tantos otros pueblos y naciones de América Latina, presidiendo y guiando no sólo su pasado remoto o reciente, sino también el momento actual, con sus incertidumbres y sombras. Este Papa percibe en lo hondo de su corazón los vínculos particulares que Te unen a Ti con este Pueblo y a este Pueblo contigo. Este Pueblo, que afectuosamente se llama «la Morenita». Este Pueblo —e indirectamente todo este inmenso Continente— vive su unidad espiritual gracias al hecho de que Tú eres la Madre. Una Madre que, con su amor, crea, conserva, acrecienta espacios de cercanía entre sus hijos.

¡Salve, Madre de México!
¡Madre de América Latina!

LA EVANGELIZACION, TEMA DE LA ACTUAL CONFERENCIA EPISCOPAL

Estamos en un momento crucial de la historia del mundo.

3. Nos encontramos aquí en esta hora insólita y estupenda de la historia del mundo. Llegamos a este lugar, conscientes de hallarnos en un momento crucial. Con esta reunión de Obispos deseamos entroncar con la precedente Conferencia del Episcopado Latinoamericano que tuvo lugar hace diez años en Medellín, en coincidencia con el Congreso Eucarístico de Bogotá, y a la que participó el Papa Pablo VI, de imborrable memoria. Hemos venido aquí no tanto para volver a examinar, al cabo de 10 años, el mismo problema, cuanto para revisarlo en modo nuevo, en lugar nuevo y en nuevo momento histórico.

El Concilio Vaticano II y la Conferencia de Medellín.

Queremos tomar como punto de partida lo que se contiene en los documentos y resoluciones de aquella Conferencia. Y queremos a la vez, sobre la base de las experiencias de estos 10 años, del desarrollo del pensamiento y a luz de las experiencias de toda la Iglesia, dar un justo y necesario paso adelante.

La Conferencia de Medellín tuvo lugar poco después de la clausura del Vaticano II, el Concilio de nuestro siglo, y ha tenido por objetivo recoger los planteamientos y contenido esenciales del Concilio, para aplicarlos y hacerlos fuerza orientadora en la situación concreta de la Iglesia Latinoamericana.

Sin el Concilio no hubiera sido posible la reunión de Medellín, que quiso ser un impulso de renovación pastoral, un nuevo «espíritu» de cara al futuro, en plena fidelidad eclesial en la interpretación de los signos de los tiempos en América Latina. La intencionalidad evangelizadora era bien clara y queda patente en los 16 temas afrontados, reunidos en torno a tres grandes áreas, mutuamente complementarias: promoción humana, evangelización y crecimiento en la fe, Iglesia visible y sus estructuras.

Con su opción por el hombre latino-americano visto en su integridad, con su amor preferencial pero no exclusivo por los pobres, con su aliento a una liberación integral de los hombres y de los pueblos, Medellín, la Iglesia allí presente, fue una llamada de esperanza hacia metas más cristianas y más humanas.

Hubo interpretaciones incorrectas.

Pero han pasado 10 años. Y se han hecho interpretaciones, a veces contradictorias, no siempre correctas, no siempre beneficiosas para la Iglesia. Por ello, la Iglesia busca los caminos que le permitan comprender más profundamente y cumplir con mayor empeño la misión recibida de Cristo Jesús.

Grande importancia han tenido a tal respecto las sesiones del Sínodo de los Obispos que se han celebrado en estos años, y sobre todo la del año 1974, centrada sobre la Evangelización, cuyas conclusiones ha recogido después, de modo vivo y alentador, la Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi de Pablo VI.

Este es el tema que colocamos hoy sobre nuestra mesa de trabajo, al proponernos estudiar «La Evangelización en el presente y en el futuro de América Latina».

Encontrándonos en este lugar santo para iniciar nuestros trabajos, se nos presentó ante los ojos el Cenáculo de Jerusalén, lugar de la institución de la Eucaristía. Al mismo Cenáculo volvieron los Apóstoles después de la Ascensión del Señor, para que, permaneciendo en oración con María, la Madre de Cristo, pudieran preparar sus corazones para recibir al Espíritu Santo, en el momento del nacimiento de la Iglesia.

También nosotros venimos aquí para ello, también nosotros esperamos el descenso del Espíritu Santo, que nos hará ver los caminos de la evangelización, a través de los cuales la Iglesia debe continuar y renacer en nuestro gran Continente. También nosotros hoy, y en los próximos días, deseamos perseverar en la oración con María, Madre de Nuestro Señor y Maestro: contigo, Madre de la esperanza, Madre de Guadalupe.

PLEGARIA A MARIA MADRE

Oración con María.

4. Permite pues que yo, Juan Pablo II, Obispo de Roma y Papa, junto con mis Hermanos en el Episcopado que representan a la Iglesia de México y de toda la América Latina, en este solemne momento, confiemos y ofrezcamos a Ti, sierva del Señor, todo el patrimonio del Evangelio, de la Cruz, de la Resurrección, de los que todos nosotros somos testigos, apóstoles, maestros y obispos.

¡Oh Madre! Ayúdanos a ser fieles dispensadores de los grandes misterios de Dios. Ayúdanos a enseñar la verdad que Tu Hijo ha anunciado

y a extender el amor, que es el principal mandamiento y el primer fruto del Espíritu Santo. Ayúdanos a confirmar a nuestros hermanos en la fe, ayúdanos a despertar la esperanza en la vida eterna. Ayúdanos a guardar los grandes tesoros encerrados en las almas del Pueblo de Dios que nos ha sido encomendado.

La imitación de María.

Te ofrecemos todo este Pueblo de Dios. Te ofrecemos la Iglesia de México y de todo el Continente. Te la ofrecemos como propiedad tuya. Tú que has entrado tan adentro en los corazones de los fieles a través de la señal de Tu presencia, que es Tu imagen en el Santuario de Guadalupe, vive como en Tu casa en estos corazones, también en el futuro. Sé uno de casa en nuestras familias, en nuestras parroquias, misiones, diócesis y en todos los pueblos.

Y hazlo por medio de la Iglesia Santa, la cual, imitándote a Ti, Madre, desea ser a su vez una buena madre, cuidar a las almas en todas sus necesidades, anunciando el Evangelio, administrando los Sacramentos, salvaguardando la vida de las familias mediante el sacramento del Matrimonio, reuniendo a todos en la comunidad eucarística por medio del Santo Sacramento del altar, acompañándolos amorosamente desde la cuna hasta la entrada en la eternidad.

¡Oh Madre! Despierta en las jóvenes generaciones la disponibilidad al exclusivo servicio a Dios. Implora para nosotros abundantes vocaciones locales al sacerdocio y a la vida consagrada.

¡Oh Madre! Corrobora la fe de todos nuestros hermanos y hermanas laicos, para que en cada campo de la vida social, profesional, cultural y política, actúen de acuerdo con la verdad y la ley que Tu Hijo ha traído a la humanidad, para conducir a todos a la salvación eterna y, al mismo tiempo, para hacer la vida sobre la tierra más humana, más digna del hombre.

La Iglesia que desarrolla su labor entre las naciones americanas, la Iglesia en México, quiere servir con todas sus fuerzas esta causa sublime con un renovado espíritu misionero. ¡Oh Madre!, haz que sepamos servir en la verdad y en la justicia. Haz que nosotros mismos sigamos este camino y conduzcamos a los demás sin desviarnos jamás por senderos tortuosos, arrastrando a los otros.

María Reina de los Apóstoles.

Te ofrecemos y confiamos todos aquellos y todo aquello que es objeto de nuestra responsabilidad pastoral, confiando que Tú estarás con nosotros, y nos ayudarás a realizar lo que Tu Hijo nos ha mandado (cf. Jn. 2, 5). Te traemos esta confianza ilimitada y con ella yo, Juan Pablo II, con todos mis Hermanos en el Episcopado de México y de América Latina, queremos vincularte de modo todavía más fuerte a nuestro ministerio, a la Iglesia y a la vida de nuestras naciones. Deseamos poner en Tus manos nuestro entero porvenir, el porvenir de la evangelización de América Latina.

¡Reina de los Apóstoles! Acepta nuestra prontitud a servir sin reserva la causa de Tu Hijo, la causa del Evangelio y la causa de la paz, basada sobre la justicia y el amor entre los hombres y entre los pueblos.

¡Reina de la Paz! Salva a las Naciones y a los Pueblos de todo el Continente, que tanto confían en Ti, de las guerras, del odio y de la subversión.

Haz que todos, gobernantes y súbditos, aprendan a vivir en paz, se eduquen para la paz, hagan cuanto exige la justicia y el respeto de los derechos de todo hombre, para que se consolide la paz.

Acepta esta nuestra confiada entrega, oh sierva del Señor. Que tu maternal presencia en el misterio de Cristo y de la Iglesia se convierta en fuente de alegría y de libertad para cada uno y para todos; fuente de aquella libertad por medio de la cual «Cristo nos ha liberado» (Gal. 5, 1),

Entrega y ofrenda a María.

y finalmente fuente de aquella paz que el mundo no puede dar, sino que sólo la da El, Cristo (cf. Jn. 14, 27).

Finalmente, oh Madre, recordando y confirmando el gesto de mis Predecesores Benedicto XIV y Pío X, quienes Te proclamaron Patrona de México y de toda la América Latina, Te presento una diadema en nombre de todos tus hijos mexicanos y latinoamericanos, para que los conserves bajo tu protección, guardes su concordia en la fe y su fidelidad a Cristo, Tu Hijo. Amén.

Papel insustituible del sacerdote

A los sacerdotes y religiosos de México reunidos en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe.

Amadísimos sacerdotes, diocesanos y religiosos:

Uno de los encuentros que con mayor ilusión esperaba durante mi visita a México es el que tengo con vosotros, aquí en el Santuario de nuestra venerada y querida Madre de Guadalupe.

Ved en ello una prueba del afecto y solicitud del Papa. El, como obispo de toda la Iglesia, es consciente de vuestro papel insustituible y se siente muy cercano a quienes son piezas centrales en la tarea eclesial, como principales colaboradores de los Obispos, como participantes de los poderes salvadores de Cristo, testigos, anunciadores de su Evangelio, alentadores de la fe y vocación apostólica del Pueblo de Dios. Y no quiero aquí olvidar a tantas otras almas consagradas, colaboradores preciosos, aun sin el carácter sacerdotal, en muchos e importantes sectores del apostolado de la Iglesia.

Pero no sólo tenéis una presencia calificada en el apostolado eclesial, sino que vuestro amor al hombre por Dios es bien notable entre los estudiantes de los diversos grados, entre los enfermos y necesitados de asistencia, entre los hombres de cultura, entre los pobres que reclaman comprensión y apoyo, entre tantas personas que a vosotros acuden en búsqueda de consejo y aliento.

Por vuestra sacrificada entrega al Señor y a la Iglesia, por vuestra cercanía al hombre, recibid mi agradecimiento en nombre de Cristo.

LAS EXIGENCIAS DEL SACERDOCIO

Servidores de una causa sublime, de vosotros depende en buena parte la suerte de la Iglesia en los sectores confiados a vuestro cuidado pas-

toral. Ello os impone una profunda conciencia de la grandeza de la misión recibida y de la necesidad de adecuarse cada vez más a ella.

Se trata, en efecto, queridos hermanos e hijos, de la Iglesia de Cristo —¡qué respeto y amor debe esto infundirnos!— a la que habéis de servir gozosamente en santidad de vida (cf. Ef. 4, 13).

Este servicio alto y exigente no podrá ser prestado sin una clara y arraigada convicción acerca de vuestra identidad como sacerdotes de Cristo, depositarios y administradores de los misterios de Dios, instrumentos de salvación para los hombres, testigos de un reino que se inicia en este mundo, pero que se completa en el más allá. Ante estas certezas de la fe, ¿por qué dudar sobre la propia identidad?, ¿por qué titubear acerca del valor de la propia vida?, ¿por qué la hesitación frente al camino emprendido?

Para conservar o reforzar esta convicción firme y perseverante, mirad al modelo, Cristo, avivad los valores sobrenaturales en vuestra existencia, pedid la fuerza corroborante de lo alto, en el coloquio asiduo y confiado de la oración. Hoy como ayer os es imprescindible. Y sed también fieles a la práctica frecuente del Sacramento de la Reconciliación, a la meditación cotidiana, a la devoción a la Virgen mediante el rezo del rosario. Cultivad, en una palabra, la unión con Dios mediante una profunda vida interior. Sea éste vuestro primer empeño. No temáis que el tiempo consagrado al Señor quite algo a vuestro apostolado. Muy al contrario, ello será fuente de fecundidad en el ministerio.

Sois personas que habéis hecho del Evangelio una profesión de vida. Del Evangelio deberéis sacar los criterios esenciales de fe —no meros criterios psicológicos o sociológicos— que produzcan una síntesis armónica entre espiritualidad y ministerio. Sin permitir una «profesionalización» del mismo, sin rebajar la estima que debe mereceros vuestro celibato o castidad consagrada, aceptadas por amor del Reino, en una ilimitada paternidad espiritual (1 Cor. 4, 15): «A ellos (los sacerdotes) debemos nuestra regeneración bienaventurada —afirma San Juan Crisóstomo— y conocer una verdadera libertad» (Sobre el sacerdocio, 4-6).

Sois participantes del sacerdocio ministerial de Cristo para el servicio de la unidad de la comunidad. Un servicio que se realiza en virtud de la potestad recibida para dirigir al Pueblo de Dios, perdonar los pecados y ofrecer el Sacrificio Eucarístico (cf. *Lumen Gentium*, 10; *Presbyterorum Ordinis*, 2). Un servicio sacerdotal específico, que no puede ser reemplazado en la comunidad cristiana por el sacerdocio común de los fieles, esencialmente diverso del primero (*Lumen Gentium*, 10).

Sois miembros de una Iglesia particular, cuyo centro de unidad es el Obispo (*Christus Dominus*, 28), con quien todo sacerdote ha de observar una actitud de comunión y obediencia. Por su parte los religiosos, en lo referente a las actividades pastorales, no pueden negar su leal colaboración y obediencia a la jerarquía local, alegando una exclusiva dependencia respecto de la Iglesia universal (cf. *Christus Dominus*, 34; Documento común de la Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares y de la Sagrada Congregación para los Obispos, 14 mayo 1978). Mucho menos sería admisible en sacerdotes o religiosos una práctica de magisterios paralelos respecto de los Obispos —auténticos y solos maestros en la fe— o de las Conferencias Episcopales.

SERVIDORES DE LA FE Y TESTIGOS DE CRISTO

Sois servidores del Pueblo de Dios, servidores de la fe, administradores y testigos del amor de Cristo a los hombres; amor que no es partidista, que a nadie excluye, aunque se dirija con preferencia al más

La certeza de la fe y la identidad del sacerdocio.

Avivad los valores sobrenaturales.

Misión específica del sacerdocio.

Ilicitud de magisterios paralelos.

pobre. A este respecto, quiero recordaros lo que dije hace poco a los Superiores Generales de los Religiosos en Roma: «El alma que vive en contacto habitual con Dios y se mueve dentro del ardiente rayo de su amor sabe defenderse con facilidad de la tentación de particularismos y antítesis que crean el riesgo de dolorosas divisiones; sabe interpretar a la justa luz del Evangelio las opciones por los más pobres y por cada una de las víctimas del egoísmo humano, sin ceder a radicalismos socio-políticos que a la larga se manifiestan inoportunos, contraproducentes» (24 noviembre 1978).

Sois guías espirituales que se esfuerzan por orientar y mejorar los corazones de los fieles para que, convertidos, vivan el amor a Dios y al prójimo y se comprometan en la promoción y dignificación del hombre.

No sois líderes políticos.

Sois sacerdotes y religiosos; no sois dirigentes sociales, líderes políticos o funcionarios de un poder temporal. Por eso os repito: No nos hagamos la ilusión de servir al Evangelio si tratamos de «diluir» nuestro carisma a través de un interés exagerado hacia el amplio campo de los problemas temporales» (Discurso al Clero de Roma). No olvidéis que el liderazgo temporal puede fácilmente ser fuente de división, mientras el sacerdocio debe ser signo y factor de unidad, de fraternidad. Las funciones seculares son el campo propio de acción de los laicos que han de perfeccionar las cosas temporales con el espíritu cristiano (Apostolicam Actuositatem, 4).

Amadísimos sacerdotes y religiosos: os diría muchas otras cosas, pero no quiero alargar demasiado este encuentro. Algunas las diré en otra sede y a ellas os remito.

Unidos a Cristo bajo la mirada de María.

Termino retipiándoos mi gran confianza en vosotros. Espero tanto de vuestro amor a Cristo y a los hombres. Mucho hay que hacer. Emprendamos el camino con nuevo entusiasmo. Unidos a Cristo, bajo la mirada materna de la Virgen, Nuestra Señora de Guadalupe, dulce madre de los sacerdotes y religiosos. Con la afectuosa Bendición del Papa, para vosotros y para todos los sacerdotes y religiosos de México.



Ciudad de México27 Enero

EXPERTAS EN EL SUBLIME CONOCIMIENTO DE CRISTO

A las Religiosas de México en el Colegio «Miguel Angel».

Queridas hijas religiosas de México:

Este encuentro del Papa con las religiosas mexicanas, que había de celebrarse en la Basílica de Nuestra Madre de Guadalupe, tiene lugar aquí en su presencia espiritual. Ante ella, modelo perfecto de mujer, el ejemplo mejor de vida dedicada enteramente a su Hijo el Salvador, en una constante actitud interna de fe, de esperanza, de entrega amorosa a una misión sobrenatural.

María modelo de vida consagrada a Cristo.

En este lugar privilegiado y ante esta figura de la Virgen, el Papa quiere transcurrir unos momentos con vosotras, las numerosas religiosas aquí presentes, que representáis a las más de veinte mil dispersas por toda la geografía mexicana y fuera de la Patria.

Sois una fuerza importantísima dentro de la Iglesia y de la misma sociedad, esparcidas en innumerables sectores como el de las escuelas y colegios, las clínicas y hospitales, el campo caritativo y asistencial, las obras parroquiales, la catequesis, los grupos de apostolado y tantos otros. Formáis parte de diversas familias religiosas, pero con un mismo ideal dentro de diferentes carismas: seguir a Cristo, ser testimonio vivo de la perennidad de su mensaje.

FIDELIDAD A LA PROPIA VOCACION

Es la vuestra una vocación que merece la máxima estima por parte del Papa y de la Iglesia, ayer como hoy. Por eso os quiero expresar mi gozosa confianza en vosotras y alentaros a no desmayar en el camino emprendido, que vale la pena proseguir con renovado espíritu y entusiasmo. Sabed que el Papa os acompaña con su oración y se complace de vuestra fidelidad a la propia vocación, a Cristo, a la Iglesia.

Estima por vuestra vocación.

Al mismo tiempo, sin embargo, me vais a permitir que añada algunas reflexiones que propongo a vuestra consideración y examen.

Es cierto que en una gran parte de religiosas prevalece un encomiable espíritu de fidelidad al propio compromiso eclesial, y que se advierten aspectos de gran vitalidad en la vida religiosa con un retorno a una visión más evangélica, una creciente solidaridad entre las familias religiosas, una mayor cercanía a los pobres, objeto de una justa atención prioritaria. Son estos motivos de gozo y optimismo.

Confusiones sobre la vida religiosa.

Mas tampoco faltan ejemplos de confusión acerca de la esencia misma de la vida consagrada y del propio carisma. A veces se abandona la oración, sustituyéndola con la acción; se interpretan los votos según la mentalidad secularizante que difumina las motivaciones religiosas del propio estado; se abandona con cierta ligereza la vida en común; se adoptan posturas socio-políticas como el verdadero objetivo a perseguir, incluso con bien definidas radicalizaciones ideológicas.

La oración os hará fieles a vuestra vocación.

Opciones sociopolíticas no inspiradas en el Evangelio.

El hombre no se agota en lo terrestre.

Y cuando se oscurecen, a veces, las certezas de la fe, se aducen motivos de búsqueda de nuevos horizontes y experiencias, quizá con el pretexto de estar más cerca de los hombres, acaso de grupos bien concretos, elegidos con criterios no siempre evangélicos.

Queridas religiosas: no olvidéis nunca que para mantener un concepto claro del valor de vuestra vida consagrada necesitaréis una profunda visión de fe, que se alimenta y mantiene con la oración (cf. *Perfectae caritatis*, 6). La misma que os hará superar toda incertidumbre acerca de vuestra identidad propia, que os mantendrá fieles a esa dimensión vertical que os es esencial, para identificaros con Cristo desde las bienaventuranzas y ser testigos auténticos del Reino de Dios para los hombres del mundo actual.

Sólo con esta solicitud por los intereses de Cristo (cf. 1 Cor. 7, 32), seréis capaces de dar al carisma del profetismo su conveniente dimensión de testificación del Señor. Sin opciones por los pobres y necesitados que no dimanen de criterios del Evangelio, en vez de inspirarse en motivaciones socio-políticas que —como dije recientemente a los Superiores Generales Religiosos en Roma— a la larga se manifiestan inoportunas, contraproducentes.

Habéis elegido como método de vida el seguimiento de unos valores que no son los meramente humanos, aunque también éstos debéis estimar en su justa medida. Habéis optado por el servicio a los demás por amor de Dios. No olvidéis nunca que el ser humano no se agota en la sola dimensión terrestre. Vosotras, como profesionales de la fe y expertas en el sublime conocimiento de Cristo (cf. Fil. 3, 8), abridles a la llamada y dimensión de eternidad en la que vosotras mismas debéis vivir.

Muchas otras cosas os diría. Tomad, como dicho a vosotras, cuanto indiqué a las Superiores Generales Religiosas en mi discurso del 16 de noviembre último. ¡Cuánto podéis hacer hoy por la Iglesia y la humanidad! Ellas esperan vuestra generosa entrega, la dedicación de vuestro corazón libre, que alargue insospechadamente sus potencialidades de amor en un mundo que está perdiendo la capacidad de altruismo, de amor sacrificado y desinteresado. Recordaos, en efecto, que sois místicas esposas de Cristo y de Cristo crucificado (cf. 2 Cor. 4, 5).

La Iglesia os repite hoy su confianza: sed testimonios vivientes de esa nueva civilización del amor, que acertadamente proclamó mi predecesor Pablo VI.

Para que en esa empresa magnífica y esperanzadora os corrobore la fuerza de lo alto, que os mantenga, en una renovada juventud espiritual, fieles a estos propósitos, os acompaño con una particular Bendición.



MEJICO Y POLONIA UNIDAS EN EL SUFRIMIENTO POR CRISTO

Saludo de Juan Pablo II a la colonia polaca en México.

¡Alabado sea Jesucristo!

Querría deciros ante todo que el Papa es siempre católico, además de que en esta ocasión es polaco: Y me alegro mucho de que este Papa católico sea polaco. No necesito explicaros ampliamente por qué me alegro de esto. Actualmente, el hecho de que el Papa católico provenga de Polonia, o como vosotros decís el «Papa-polaco, me impone primero a mí y también a vosotros, a los polacos, en todas las partes del mundo, deberes particulares; no es sólo una fuente de alegría el que podamos encontrar de este modo el sitio en el corazón de la Iglesia, sino que comporta además las obligaciones con que se enfrenta la Iglesia en Polonia y los polacos esparcidos por el mundo, porque los polacos, en cualquier parte del mundo en que se hallen, mantienen vínculos con la patria a través de la Iglesia, a través del recuerdo de la Madre de Dios Jasna Gora, a través de nuestros santos Patronos, a través de los lazos mantenidos gracias a las tradiciones religiosas en las que ha vivido el pueblo durante mil años y vive todavía. Por esto nuestro sitio en la Iglesia —en ella tienen sitio numerosos pueblos y naciones—, el sitio de Polonia en la Iglesia se ha puesto de relieve especialmente hoy, pero con él se nos ha impuesto el nuevo deber de ser todavía más «la Iglesia», y de estar más con la Iglesia.

Queridos compatriotas, os deseo esto de corazón con motivo de nuestro encuentro en tierra mejicana.

Ayer en la catedral hice alusión a la frase que ya tiene derecho de ciudadanía en la historia de la Iglesia y de Polonia: «Polonia semper fidelis», y dije también: «México semper fidelis». Considero un hecho providencial el que mis primeros pasos fuera de Italia, fuera de Roma, durante mi Pontificado, me han traído precisamente aquí, a esta tierra donde sus habitantes, ciudadanos cristianos y católicos, han sufrido tanto por Cristo; esto nos une con ellos; también ellos lo sienten y lo manifiestan. Sin duda la mayor parte de ellos no conocen la historia de Polonia, como nosotros no conocemos la de Méjico, que es más breve —vosotros sois una excepción— pero sienten que entre ellos y nosotros hay un vínculo espiritual, como una semejanza de destino espiritual; y la Madre de Dios del Santuario de Guadalupe nos recuerda vivamente a nuestra Madre de Dios de Jasna Gora. Y por eso hoy, esperando peregrinar al Santuario de la Madre de Dios de Guadalupe, vivo los mismos sentimientos que cuando iba —y espero que en un futuro no lejano podré ir todavía— al Santuario de la Madre de Dios de Jasna Gora en Czestochowa.

BAJO LA CONFIANZA DE MARIA

Os diré además que si tuve el valor de emprender este viaje a México, ya en los primeros meses de mi Pontificado, para participar en una labor tan difícil como es la Conferencia de los Obispos Latinoamericanos en Puebla, lo hice guiado por la confianza en la Madre de Dios por su ayuda; como me ayudó en Polonia, en Cracovia, así me ayudará también aquí en México, aunque éste es un mundo distinto, el Nuevo Mundo, gente distinta, pero tan cercana.

Debo confesaros que estoy profundamente emocionado por el recibimiento con que me ha acogido toda la sociedad y la nación mexicana, sobre todo en esta gran ciudad con 12 millones de habitantes.

Tengo confianza en que la Madre Santísima me ayudará en el trabajo que se presenta ante nosotros, ante mí. Creo que la experiencia adquirida durante veinte años como obispo de Polonia me ayudará a ver tantos problemas que aún atormentan como nuevos, como no concretados, en la mentalidad del pueblo, y quizá tampoco en la mentalidad de los sacerdotes de este continente, y me ayudarán a encontrar la respuesta sencilla y clara esperada por todos, porque éste es el deber del Papa: hablar de manera sencilla y clara y así confirmar a sus hermanos.

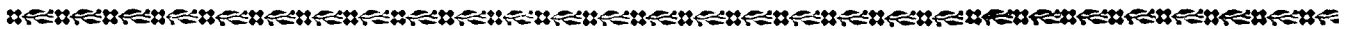
Me parece que he terminado. Espero que vosotros, mis compatriotas, unidos de modo particular al Papa, velaréis con vuestras oraciones, con vuestros pensamientos, con vuestra entrega, para que en el continente latinoamericano, en el centro de América que está en México, esté vuestro Papa polaco, como decís, apruebe el examen del Papa verdaderamente católico.

Y esto es todo, no hablaré más. Mejor hubiera querido escuchar todo lo que me dijerais de vosotros mismos. Es verdad que se pueden encontrar polacos en todos los continentes y probablemente en todos los países. Se puede decir que éste es nuestro destino, vale decir nuestra misión de estar presentes en los diversos pueblos de la tierra.

Querría saber de vosotros cómo habéis venido aquí. Supongo que a la mayoría os han traído las vicisitudes de la segunda guerra mundial. De todos modos os agradezco mucho este encuentro.

Debéis excusarme por haber llegado con retraso, pero el Papa jamás llega tarde. Nunca llega tarde porque siempre tiene mucho que hacer y además porque le vigila siempre su Secretario, y entonces, aunque haya llegado con retraso, no ha llegado tarde.

Deseo abrazaros una vez más a todos con el corazón y bendeciros nuestro camino polaco y católico.



ORACIÓN DE JUAN XXIII

¡Señora Nuestra de Guadalupe que habéis querido mostrar especial benevolencia y habéis prometido consolar y ayudar a aquellos que os aman y siguen! Mirad benigna a todos vuestros hijos: ellos os invocan con fe.

Conservad en nuestra alma el don precioso de la gracia divina. Hacedlos dóciles a la voluntad del Señor a fin de que se extienda aún más su Reino en el corazón, en las familias, en nuestra amada patria.

¡Oh Virgen Santísima! Estad con nosotros en la fatiga del trabajo cotidiano, en las alegrías, en las penas y dificultades de la vida, a fin de que nuestro espíritu inmortal pueda elevarse, libre y puro, a Dios y servirle gozosamente con generosidad y fervor.

Defendednos de todos los males, Reina y Madre nuestra, y haced que seamos fieles imitadores de Vuestro Jesús que es camino, verdad y vida, a fin de poder un día, de vuestra mano, alcanzar en el cielo el premio de la visión bienaventurada. Amén.

Oración del Papa Juan XXIII a la Virgen de Guadalupe, 20 noviembre 1962

TERCERA Y CUARTA JORNADA: PUEBLA DE LOS ANGELES 28 Enero

EN DEFENSA DE LA FAMILIA

Homilía de Juan Pablo II en la Misa celebrada en el Seminario Palafoxiano.

Amadísimos hijos e hijas:

Puebla de los Angeles: el nombre sonoro y expresivo de vuestra ciudad se encuentra hoy día en millones de labios a lo largo de América Latina y en todo el mundo. Vuestra ciudad se vuelve símbolo y señal para la Iglesia latinoamericana. Es aquí, de hecho, que se congregan a partir de hoy, convocados por el Sucesor de Pedro, los Obispos de todo el Continente para reflexionar sobre la misión de los Pastores en esta parte del mundo, en esta hora singular de la Historia.

El Papa ha querido subir hasta esta cumbre desde donde parece abrirse toda América Latina. Y es con la impresión de contemplar el diseño de cada una de las Naciones que, en este altar levantado sobre las montañas, el Papa ha querido celebrar este Sacrificio Eucarístico para invocar sobre esta Conferencia, sus participantes y sus trabajos, la luz, el calor, todos los dones del Espíritu de Dios, Espíritu de Jesucristo.

Nada más natural y necesario que invocarlo en esta circunstancia. La grande Asamblea que se abre es, en efecto, en su esencia más profunda una reunión eclesial: eclesial por aquellos que aquí se reúnen. Pastores de la Iglesia de Dios que está en América Latina; eclesial por el tema que estudia, la misión de la Iglesia en el Continente; eclesial por sus objetivos de hacer siempre más vivo y eficaz el contributo original que la Iglesia tiene el deber de ofrecer al bienestar, a la armonía, a la justicia y a la paz en estos pueblos. Ahora bien, no hay Asamblea eclesial si ahí no está en la plenitud de su misteriosa acción el Espíritu de Dios.

El Papa lo invoca con todo el fervor de su corazón. Que el lugar donde se reúnen los Obispos sea un nuevo Cenáculo, mucho más grande que el de Jerusalén, donde los Apóstoles eran apenas Once en aquella mañana, pero, como el de Jerusalén, abierto a las llamas del Paráclito y a la fuerza de un renovado Pentecostés. Que el Espíritu cumpla en vosotros, Obispos, aquí congregados, la multiforme misión que el Señor Jesús le confió: **intérprete de Dios** para hacer comprender su designio y su palabra inaccesibles a la simple razón humana (cf. Jn. 14, 26), abra la inteligencia de estos Pastores y los introduzca en la Verdad (cf. Jn. 16, 13); **testigo de Jesucristo**, dé testimonio en la conciencia y en el corazón de ellos y los transforme a su vez en testigos coherentes, creíbles, eficaces durante sus trabajos (cf. Jn. 15, 26); **Abogado o Consolador**, infunda ánimo contra el pecado del mundo (cf. Jn. 16, 8) y les ponga en los labios lo que habrán de decir, sobre todo en el momento en que el testimonio costará sufrimiento y fatiga.

Os ruego, pues, amados hijos e hijas, que os unáis a mí en esta Eucaristía, en esta invocación al Espíritu. No es para sí mismos ni por intereses personales que los Obispos, venidos de todos los ambientes del Continente se encuentran aquí; es para vosotros, Pueblo de Dios en estas tierras, y para vuestro bien. Participad, pues, en esta III Conferencia también de esta manera: pidiendo cada día para todos y cada uno de ellos la abundancia del Espíritu Santo.

Se ha dicho, en forma bella y profunda, que nuestro Dios en su mis-

No hay asamblea eclesial sin la presencia del Espíritu Santo.

Invocación al Espíritu Santo.

Dios es íntimamente no una soledad, sino una familia.

terio más íntimo, no es una soledad, sino una familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor. Este amor, en la familia divina, es el Espíritu Santo. El tema de la familia no es, pues, ajeno al tema del Espíritu Santo. Permitid que sobre este tema de la familia —que ciertamente ocupará a los Obispos durante estos días— os dirija el Papa algunas palabras.

Importancia de la Pastoral familiar.

Sabéis que con términos densos y apremiantes la Conferencia de Medellín habló de la Familia. Los Obispos, en aquel año de 1968, vieron, en vuestro gran sentido de la familia, un rasgo primordial de vuestra cultura latinoamericana. Hicieron ver que, para el bien de vuestros países, las familias latinoamericanas deberían tener siempre tres dimensiones: ser educadoras en la fe, formadoras de personas, promotoras de desarrollo. Subrayaron también los graves obstáculos que las familias encuentran para cumplir con este triple cometido. Recomendaron «por eso» la atención pastoral a las familias, como una de las atenciones prioritarias de la Iglesia en el Continente.

Pasados diez años, la Iglesia en América Latina se siente feliz por todo lo que ha podido hacer en favor de la Familia. Pero reconoce con humildad cuánto le falta por hacer, mientras percibe que la Pastoral familiar, lejos de haber perdido su carácter prioritario, aparece hoy todavía más urgente, como elemento muy importante en la evangelización.

Amenazas para la familia.

La Iglesia es consciente, en efecto, de que en estos tiempos la Familia afronta en América Latina serios problemas. Ultimamente algunos países han introducido el divorcio en su legislación, lo cual conlleva una nueva amenaza a la integridad familiar. En la mayoría de vuestros países se lamenta que un número alarmante de niños, porvenir de esas Naciones y esperanzas para el futuro, nazcan en hogares sin ninguna estabilidad o, como se les suele llamar, en «familias incompletas». Además, en ciertos lugares del «Continente de la Esperanza», esta misma esperanza corre el riesgo de desvanecerse, pues ella crece en el seno de las familias muchas de las cuales no pueden vivir normalmente, porque repercuten particularmente en ellas los resultados más negativos del desarrollo: índices verdaderamente deprimentes de insalubridad, pobreza y aún miseria, ignorancia y analfabetismo, condiciones inhumanas de vivienda, subalimentación crónica y tantas otras realidades no menos tristes.

En defensa de la familia, contra estos males, la Iglesia se compromete a dar su ayuda e invita a los Gobiernos para que pongan como punto clave de su acción: una política sociofamiliar inteligente, audaz, perseverante, reconociendo que ahí se encuentra sin duda el porvenir —la esperanza— del Continente. Habría que añadir que tal política familiar no debe entenderse como un esfuerzo indiscriminado para reducir a cualquier precio el índice de natalidad —lo que mi Predecesor Pablo VI llamaba «disminuir el número de los invitados al banquete de la vida»— cuando es notorio que aun para desarrollo un equilibrado índice de población es indispensable. Se trata de combinar esfuerzos para crear condiciones favorables a la existencia de familias sanas y equilibradas: «aumentar la comida en la mesa», siempre en expresión de Pablo VI.

No disminuir los invitados, sino aumentar la comida de la mesa.

Además de la defensa de la Familia, debemos hablar también de promoción de la Familia. A tal promoción han de contribuir muchos organismos: gobiernos y organismos gubernamentales, la escuela, los sindicatos, los medios de comunicación social, las agrupaciones de barrios, las diferentes asociaciones voluntarias o espontáneas que florecen hoy día en todas partes.

La Iglesia debe ofrecer también su contribución en la línea de su misión espiritual de anuncio del Evangelio y conducción de los hombres a la Salvación, que tiene también una enorme repercusión sobre el bienestar de la Familia. ¿Y qué puede hacer la Iglesia uniendo sus esfuerzos a

los de los otros? Estoy seguro de que vuestros Obispos se esforzarán por dar a esta cuestión respuestas adecuadas, justas, valederas. Os indico cuánto valor tiene para la Familia lo que la Iglesia hace ya en América Latina, por ejemplo, para preparar los futuros esposos al matrimonio, para ayudar a las familias cuando atraviesan en su existencia crisis normales que, bien encaminadas, pueden ser hasta fecundas y enriquecedoras, para hacer de cada familia cristiana una verdadera «ecclesia domestica», con todo el rico contenido de esta expresión, para preparar muchas familias a la misión de evangelizadora de otras familias para poner de relieve todos los valores de la vida familiar, para venir en ayuda a las familias incompletas, para estimular los gobernantes a suscitar en sus países esa política socio-familiar de la que hablábamos hace un momento. La Conferencia de Puebla ciertamente apoyará estas iniciativas y quizás sugerirá otras. Alégranos pensar que la historia de Latinoamérica tendrá así motivos para agradecer a la Iglesia lo mucho que ha hecho, hace y hará por la Familia en este vasto Continente.

Acción de la Iglesia en favor de la familia.

Hijos e hijas muy amados: el Sucesor de Pedro se siente ahora, desde este Altar, singularmente cercano a todas las familias de América Latina. Es como si cada hogar se abriera y el Papa pudiese penetrar en cada uno de ellos; casas donde no falta el pan ni el bienestar pero falta quizás concordia y alegría; casas donde las familias viven más bien modestamente y en la inseguridad del mañana, ayudándose mutuamente a llevar una existencia difícil pero digna; pobres habitaciones en las periferias de vuestras ciudades, donde hay mucho sufrimiento escondido aunque en medio de ellas existe la sencilla alegría de los pobres; humildes chozas de campesinos, de indígenas, de emigrantes, etc. Para cada familia en particular el Papa quisiera poder decir una palabra de aliento y de esperanza. Vosotras, familias que podéis disfrutar del bienestar, no os cerréis dentro de vuestra felicidad; abrid a los otros para repartir lo que os sobra y a otros les falta. Familias oprimidas por la pobreza, no os desaniméis y, sin tener el lujo por ideal, ni la riqueza como principio de felicidad, buscad con la ayuda de todos superar los pasos difíciles en la espera de días mejores. Familias visitadas y angustiadas por el dolor físico o moral, probadas por la enfermedad o la miseria, no acrecentéis a tales sufrimientos la amargura o la desesperación, sino sabed amortiguar el dolor con la esperanza. Familias todas de América Latina, estad seguras de que el Papa os conoce y quiere conoceros aún más porque os ama con delicadezas de Padre.

Esta es, en el cuadro de la visita del Papa a México, la Jornada de la Familia. Acoged, pues, familias latinoamericanas, con vuestra presencia aquí, alrededor del Altar, a través de la radio o la televisión, acoged la visita que el Papa quiere hacer a cada una. Y dadle al Papa la alegría de veros crecer en los valores cristianos que son los vuestros, para que América Latina encuentre en sus millones de familias razones para confiar, para esperar, para luchar, para construir.



AFECTO DE PADRE Y ANSIAS DE PASTOR

Discurso inaugural de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla de los Angeles.

Amados Hermanos en el Episcopado:

Esta hora que tengo la dicha de vivir con vosotros, es ciertamente histórica para la Iglesia en América Latina. De esto es consciente la opinión pública mundial, son conscientes los fieles de Vuestras Iglesias locales, sois conscientes sobre todo vosotros que seréis protagonistas y responsables de esta hora.

Dejaos conducir por el Espíritu.

Es también una hora de gracia, señalada por el paso del Señor, por una particularísima presencia y acción del Espíritu de Dios. Por eso hemos invocado con confianza a este Espíritu, al principio de los trabajos. Por esto también quiero ahora suplicaros como un hermano a hermanos muy queridos: todos los días de esta Conferencia y en cada uno de sus actos, dejaos conducir por el Espíritu, abrid a su inspiración y a su impulso; sea El y ningún otro espíritu el que os guíe y conforte.

Bajo Este Espíritu, por tercera vez en los veinticinco últimos años, Obispos de todos los Países, representando al Episcopado de todo el Continente latinoamericano, os congregáis para profundizar juntos el sentido de vuestra misión ante las exigencias nuevas de vuestros pueblos.

La Conferencia que ahora se abre, convocada por el venerado Pablo VI, confirmada por mi inolvidable predecesor Juan Pablo I y reconfirmada por mí como uno de los primeros actos de mi Pontificado, se conecta con aquella, ya lejana, de Río de Janeiro que tuvo como su fruto más notable el nacimiento del CELAM. Pero se conecta aún más estrechamente con la II Conferencia de Medellín, cuyo décimo aniversario conmemora.

La Conferencia, convocada por el Papa.

En estos diez años, cuánto camino ha hecho la humanidad, y con la humanidad y a su servicio, cuánto camino ha hecho la Iglesia. Esta III Conferencia no puede desconocer esa realidad. Deberá, pues, tomar como punta de partida las conclusiones de Medellín, con todo lo que tienen de positivo, pero sin ignorar las incorrectas interpretaciones a veces hechas y que exigen sereno discernimiento, oportuna crítica y claras tomas de posición.

Os servirá de guía en vuestros debates el Documento de Trabajo, preparado con tanto cuidado para que constituya siempre el punto de referencia.

Pero tendréis también entre las manos la Exhortación Apostólica «*Evangelii Nuntiandi*» de Pablo VI. Con qué complacidos sentimientos el gran Pontífice aprobó como tema de la Conferencia: «El presente y el futuro de la evangelización en América Latina»!

Lo pueden decir los que estuvieron cerca de él en los meses de preparación de la Asamblea. Ellos podrán dar testimonio también de la gratitud con la cual él supo que el telón de fondo de toda la Conferencia sería este texto, en el cual puso toda su alma de Pastor, en el ocaso de su vida. Ahora que él «cerró los ojos a la escena de este mundo» (cf. Tes-

tamento de Pablo VI) ese Documento se convierte en un testamento espiritual que la Conferencia habrá de escudriñar con amor y diligencia para hacer de él otro punto de referencia obligatoria y ver cómo ponerlo en práctica. Toda la Iglesia os está agradecida por el ejemplo que dais, por lo que hacéis, y que quizás otras Iglesias locales harán a su vez.

El Papa quiere estar con vosotros en el comienzo de vuestros trabajos, agradecido al «Padre de las luces de quien desciende todo don perfecto» (Sant. 1, 17), por haber podido acompañaros en la solemne Misa de ayer, bajo la mirada materna de la Virgen de Guadalupe, así como en la Misa de esta mañana. Muy a gusto me quedaría con vosotros en oración, reflexión y trabajo: permaneceré, estad seguros en espíritu, mientras me reclama en otra parte la «sollicitudo omnium ecclesiarum» (2 Cor. 11, 28). Quiero al menos, antes de proseguir mi visita pastoral por México y antes de regresar a Roma, dejaros como prenda de mi presencia espiritual algunas palabras, pronunciadas con ansias de Pastor y afecto de Padre, eco de las principales preocupaciones mías respecto al tema que habéis de tratar y respecto a la vida de la Iglesia en estos queridos Países.

I. MAESTROS DE LA VERDAD

Es un gran consuelo para el Pastor universal constatar que os congregáis aquí, no como un simposio de expertos, no como un parlamento de políticos, no como un congreso de científicos o técnicos, por importantes que puedan ser esas reuniones, sino como un fraterno encuentro de Pastores de la Iglesia. Y como Pastores tenéis la viva conciencia de que vuestro deber principal es el de ser Maestros de la Verdad. No de una verdad humana y racional, sino de la Verdad que viene de Dios; que trae consigo el principio de la auténtica liberación del hombre: «conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn. 8, 32); esa verdad que es la única en ofrecer una base sólida para un «praxis» adecuada.

I, 1. Vigilar por la pureza de la doctrina, base en la edificación de la comunidad cristiana, es pues, junto con el anuncio del Evangelio, el deber primero e insustituible del Pastor, del Maestro de la fe. Con cuánta frecuencia ponía esto de relieve San Pablo, convencido de la gravedad en el cumplimiento de este deber (1 Tim. 1, 3-7; 18-20; 11, 16; 2 Tim. 1, 4-14). Además de la unidad en la caridad, nos urge siempre la unidad en la verdad. El amadísimo Papa Pablo VI, en la Exhortación Apostólica «Evangelii Nuntiandi», expresaba: «el evangelio que nos ha sido encomendado es también palabra de verdad. Una verdad que nos hace libres y que es la única que procura la paz del corazón: esto es lo que la gente va buscando cuando anunciamos la Buena Nueva. La verdad acerca de Dios, la verdad acerca del hombre y de su misterioso destino, la verdad acerca del mundo... El predicador del evangelio será aquel que, aun a costa de renuncias y sacrificios, busca siempre la verdad que debe transmitir a los demás. No vende ni disimula jamás la verdad por el deseo de agradar a los hombres, de causar asombro, ni por originalidad o deseo de aparentar... Pastores del Pueblo de Dios; nuestro servicio pastoral nos pide que guardemos, defendamos y comuniquemos la verdad, sin reparar en sacrificios» (E. N., n. 78).

VERDAD SOBRE JESUCRISTO

I, 2. De vosotros, Pastores, los fieles de vuestros países esperan y reclaman ante todo una cuidadosa y celosa transmisión de la verdad sobre

**Bajo la mirada maternal
de la Virgen de Guadalupe**

**Os reunís no en un
parlamento de políticos,
sino como Pastores.**

**La pureza de la doctrina
y la unidad en la verdad.**

La fe de millones de hombres pendiente de la transmisión fiel de la verdad sobre Jesucristo.

Jesucristo. Esta se encuentra al centro de la evangelización y constituye su contenido esencial: «No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la vida, las promesas, el Reino, el misterio de Jesús de Nazareth, Hijo de Dios» (E. N. 22).

Del conocimiento vivo de esta verdad dependerá el vigor de la fe de millones de hombres. Dependerá también el valor de su adhesión a la Iglesia y de su presencia activa de cristianos en el mundo. De este conocimiento derivarán opciones, valores, actitudes y comportamientos capaces de orientar y definir nuestra vida cristiana y de crear hombres nuevos y luego una humanidad nueva por la conversión de la conciencia individual y social (cf. E. N. 18).

De una sólida cristología tiene que venir la luz sobre tantos temas y cuestiones doctrinales y pastorales que os proponéis examinar en estos días.

Cristo, el Hijo de Dios vivo.

I, 3. Hemos pues de confesar a Cristo ante la historia y ante el mundo con convicción profunda, sentida, vivida, como lo confesó Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt. 16, 16).

Esta es la Buena Noticia en un cierto sentido única: la Iglesia vive por ella y para ella, así como saca de ella todo lo que tiene para ofrecer a los hombres, sin distinción alguna de nación, cultura, raza, tiempo, edad o condición. Por eso «desde esa confesión (de Pedro), la historia de la Salvación sagrada y del Pueblo de Dios debía adquirir una nueva dimensión...» (Homilía de Juan Pablo II en el comienzo solemne del Pontificado, 22 octubre 1978).

Este es el único Evangelio.

Este es el único Evangelio y «aunque nosotros o un ángel del cielo os anunciase otro evangelio distinto... sea anatema!», como escribía con palabras bien claras el Apóstol (Gal. 1, 6).

I, 4. Ahora bien, corren hoy por muchas partes —el fenómeno no es nuevo— «relecturas» del Evangelio, resultado de especulaciones teóricas más bien que de auténtica meditación de la palabra de Dios y de un verdadero compromiso evangélico. Ellas causan confusión al apartarse de los criterios centrales de la fe de la Iglesia y se cae en la temeridad de comunicarlas, a manera de catequesis, a las comunidades cristianas.

Interpretaciones reñidas con la fe.

En algunos casos o se silencia la divinidad de Cristo, o se incurre de hecho en formas de interpretación reñidas con la fe de la Iglesia. Cristo sería solamente un «profeta», un anunciador del Reino y del amor de Dios, pero no el verdadero Hijo de Dios, ni sería por tanto el centro y el objeto del mismo mensaje evangélico.

Desfiguración de Cristo como si fuese un político revolucionario.

En otros casos se pretende mostrar a Jesús como comprometido políticamente, como un luchador contra la dominación romana y contra los poderes, e incluso implicado en la lucha de clases. Esta concepción de Cristo como político, revolucionario, como el subversivo de Nazareth, no se compagina con la catequesis de la Iglesia. Confundiendo el pretexto insidioso de los acusadores de Jesús con la actitud de Jesús mismo —bien diferente— se aduce como causa de su muerte el desenlace de un conflicto político y se calla la voluntad de entrega del Señor y aún la conciencia de su misión redentora. Los Evangelios muestran claramente cómo para Jesús era una tentación lo que alterara su misión de Servidor de Yahvé (Mt 4, 8; Lc 4, 5). No acepta la posición de quienes mezclaban las cosas de Dios con actitudes meramente políticas (Mt 22, 21; Mc 12, 17; Jn 18, 36). Rechaza inequívocamente el recurso a la violencia. Abre su mensaje de conversión a todos, sin excluir a los mismos Publicanos. La perspectiva de su misión es, mucho más profunda. Consiste en la salvación integral por un amor transformante, pacificador, de perdón y reconciliación. No cabe duda, por otra parte, que todo esto es muy exigente para la actitud del cristiano que

quiere servir de verdad a los hermanos más pequeños, a los marginados; en una palabra, a todos los que reflejan en sus vidas el rostro doliente del Señor (L.G. 8).

La fe de la Iglesia.

I, 5. Contra tales «relecturas» pues, y contra sus hipótesis, brillantes quizás, pero frágiles e inconsistentes, que de ellas derivan, «la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina» no puede cesar de afirmar la fe de la Iglesia: Jesucristo, Verbo e Hijo de Dios, se hace hombre para acercarse al hombre y brindarle, por la fuerza de su misterio, la salvación, gran don de Dios (E.N. 19 y 27).

Esta fe informó vuestra historia.

Es esta la fe que ha informado vuestra historia y ha plasmado lo mejor de los valores de vuestros pueblos y tendrá que seguir animando, con todas las energías, al dinamismo de su futuro. Es esta la fe que revela la vocación de concordia y unidad que ha de desterrar los peligros de guerras en este continente de esperanza, en el que la Iglesia ha sido tan potente factor de integración. Esta fe, en fin, que con tanta vitalidad y de tan variados modos expresan los fieles de América Latina a través de la religiosidad o piedad popular.

Desde esta fe en Cristo, desde el seno de la Iglesia, somos capaces de servir al hombre, a nuestros pueblos, de penetrar con el Evangelio su cultura, transformar los corazones, humanizar sistemas y estructuras.

Los Obispos no podemos callar.

Cualquier silencio, olvido, mutilación o inadecuada acentuación de la integridad del misterio de Jesucristo que se aparte de la fe de la Iglesia no puede ser contenido válido de la evangelización. «Hoy, bajo el pretexto de una piedad que es falsa, bajo la apariencia engañosa de una predicación evangélica, se intenta negar al Señor Jesús», escribía un gran Obispo en medio de las duras crisis del siglo IV. Y agregaba: «Yo digo la verdad, para que sea conocido de todos la causa de la desorientación que sufrimos. No puedo callarme» (S. Hilario de Poitiers, *Ad Ausentium*, 1-4). Tampoco vosotros, Obispos de hoy, cuando estas confusiones se dieren, podéis callar.

Es la recomendación que el Papa Pablo VI hacía en el discurso de apertura de la Conferencia de Medellín: «Hablad, hablad, predicad, escribid, tomad posiciones, como se dice, en armonía de planes y de intenciones, acerca de las verdades de la fe, defendiéndolas e ilustrándolas, de la actualidad del Evangelio, de las cuestiones que interesan la vida de los fieles y la tutela de las costumbres cristianas...» (Discurso de S. S. Pablo VI, I).

Abrid las puertas a Cristo.

No me cansaré yo mismo de repetir, en cumplimiento de mi deber de evangelizador a la humanidad entera: No temáis!! Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora, las puertas de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y el desarrollo (Homilía del S. Padre en el comienzo solemne de su Pontificado, octubre 22).

VERDAD SOBRE LA MISION DE LA IGLESIA

La verdad sobre la Iglesia.

I, 6. Maestros de la Verdad, se espera de vosotros que proclaméis sin cesar, y con especial vigor en esta circunstancia, la verdad sobre la misión de la Iglesia, objeto del Credo que profesamos, y campo imprescindible y fundamental de nuestra fidelidad. El Señor la instituyó como comunidad de vida, de caridad, de verdad (L. G., n. 9) y como cuerpo, «pléroma» y sacramento de Cristo en quien habita toda la plenitud de la divinidad (L. G., n. 7).

La Iglesia nace de la respuesta de fe que nosotros damos a Cristo. En efecto, es por la acogida sincera a la Buena Nueva, que nos reunimos los creyentes en el nombre de Jesús para buscar juntos el Reino,

construirlo, vivirlo (E. N., n. 13). La Iglesia es «congregación de quienes, creyendo, ven en Jesús al autor de la salvación y el principio de la unidad y de la paz» (L. G., n. 9).

Nosotros nacemos de la Iglesia.

Pero por otra parte nosotros nacemos de la Iglesia: ella nos comunica la riqueza de vida y de gracia de que es depositaria, nos engendra por el bautismo, nos alimenta con los sacramentos y la palabra de Dios, nos prepara para la misión, nos conduce al designio de Dios, razón de nuestra existencia como cristianos. Somos sus hijos. La llamamos con legítimo orgullo nuestra Madre, repitiendo un título que viene de los primeros tiempos y atraviesa los siglos (cf. Henri de Lubac, *Meditation sur l'Eglise*).

Amor, fidelidad y confianza en la Iglesia.

Hay pues que llamarla, respetarla, servirla, porque «no puede tener a Dios por Padre quien no tiene a la Iglesia por Madre» (San Cipriano, «De la unidad», 6, 8), «no es posible amar a Cristo sin amar a la Iglesia a quien Cristo ama» (E. N., n. 16) y «en la medida en que uno ama a la Iglesia de Cristo, posee el Espíritu Santo» (San Agustín, *In Ioannem tract.*, 32, 8).

El amor a la Iglesia tiene que estar hecho de fidelidad y de confianza. En el Primer Discurso de mi Pontificado, subrayando el propósito de fidelidad al Concilio Vaticano II y la voluntad de volcar mis mejores cuidados en el sector de la Eclesiología, invité a tomar de nuevo en mano la Constitución Dogmática «*Lumen Gentium*» para meditar «con renovado afán sobre la naturaleza y misión de la Iglesia. Sobre su modo de existir y actuar... No sólo para lograr aquella comunión de vida en Cristo de todos los que en él creen y esperan, sino para contribuir a hacer más amplia y estrecha la unidad de toda la familia humana» (Primer Mensaje de Juan Pablo II a la Iglesia y al Mundo, 17 de octubre).

Fidelidad al Concilio Vaticano II.

Repito ahora la invitación, en este momento trascendental de la evangelización en América Latina: «la adhesión a este documento del Concilio, tal como resulta iluminado por la Tradición y que contiene las fórmulas dogmáticas dadas hace un siglo por el Concilio Vaticano I, será para nosotros, Pastores y fieles, el camino cierto y el estímulo constante —digámoslo de nuevo— en orden a caminar por las sendas de la vida y de la historia» (Ibid.).

Una eclesiología bien fundada.

I, 7. No hay garantía de una acción evangelizadora seria y vigorosa, sin una eclesiología bien cimentada.

Primero, porque evangelizar es la misión esencial, la vocación propia, la identidad más profunda de la Iglesia, a su vez evangelizada (E.N., n. 14-15; L. G., n. 5). Enviada por el Señor, ella envía a su vez a los evangelizadores a predicar, «no a sí mismos, sus ideas personales, sino un evangelio del que ni ella, ni ellos son dueños y propietarios absolutos para disponer de él a su gusto» (E.N., n. 15). Segundo, porque «evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial, un acto de la Iglesia» (E.N., n. 60) que está sujeta no al poder discrecional de criterios y perspectivas individualistas, sino de la comunión con la Iglesia y sus Pastores» (E.N., n. 60). Por eso una visión correcta de la Iglesia es fase indispensable para una justa visión de la evangelización.

Acatamiento al Magisterio de la Iglesia.

¿Cómo podría haber una auténtica evangelización, si faltase un acatamiento pronto y sincero al sagrado Magisterio, con la clara conciencia de que sometiéndose a él el Pueblo de Dios no acepta una palabra de hombres, sino la verdadera palabra de Dios? (cf. 1 Tes. 2, 13; L. G., n. 12). «Hay que tener en cuenta la importancia «objetiva» de este Magisterio y también defenderlo de las insidias que en estos tiempos, aquí y allá se tienden contra algunas verdades firmes de nuestra fe católica» (Primer Mensaje de Juan Pablo II a la Iglesia y al Mundo, 17 octubre 1978).

Conozco bien vuestra adhesión y disponibilidad a la Cátedra de Pe-

Adhesión a la Cátedra de Pedro.

dro y el amor que siempre la habéis demostrado. Os agradezco de corazón, en el nombre del Señor, la profunda actitud que esto implica y os deseo el consuelo de que también vosotros contéis con la adhesión leal de vuestros fieles.

No debe separarse la Iglesia y el Reino de Dios.

I, 8. En la amplia documentación, con la que habéis preparado esta Conferencia, particularmente en las aportaciones de numerosas Iglesias, se advierte a veces un cierto malestar respecto de la interpretación misma de la naturaleza y misión de la Iglesia. Se alude por ejemplo a la separación que algunos establecen entre Iglesia y Reino de Dios. Este, vaciado de su contenido total, es entendido en sentido más bien secularista: al Reino no se llegaría por la fe y la pertenencia a la Iglesia, sino por el mero cambio estructural y el compromiso socio-político. Donde hay un cierto tipo de compromiso y de praxis por la justicia, allí estaría ya presente el Reino. Se olvida de este modo que: «la Iglesia... recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos y constituye en la tierra el germen y el principio de ese Reino» (L. G., n. 5).

No se confunda el Reino de Dios con las tareas políticas.

En una de sus hermosas Catequesis, el Papa Juan Pablo I, hablando de la virtud de la esperanza, advertía: «es un error afirmar que la liberación política, económica y social coincide con la salvación en Jesucristo; que el «Regnum Dei» se identifica con el «Regnum hominis».

Es ilegítimo oponer una Iglesia popular a la Iglesia institucional.

Se genera en algunos casos una actitud de desconfianza hacia la Iglesia «institucional» u «oficial», calificada como alienante, a la que se opondría otra Iglesia popular «que nace del pueblo» y se concreta en los pobres. Estas posiciones podrían tener grados diferentes, no siempre fáciles de precisar, de conocidos condicionamientos ideológicos. El Concilio ha hecho presente cuál es la naturaleza y misión de la Iglesia. Y como se contribuye a su unidad profunda y a su permanente construcción por parte de quienes tienen a su cargo los ministerios de la comunidad y han de contar con la colaboración de todo el Pueblo de Dios. En efecto, «si el evangelio que proclamamos aparece desgarrado, por querellas doctrinales, polarizaciones ideológicas o por condenas recíprocas entre cristianos, al antojo de sus diferentes teorías sobre Cristo y sobre la Iglesia e incluso a causa de distintas concepciones de la sociedad y de las instituciones humanas, ¿cómo pretender que aquellos a los que se dirige nuestra predicación no se muestren perturbados, desorientados, si no escandalizados?» (E.N., n. 77).

La confusión en los predicadores desorienta al pueblo fiel.

VERDAD SOBRE EL HOMBRE

I, 9. La Verdad que debemos al hombre es, ante todo, una verdad sobre el mismo. Como testigos de Jesucristo somos heraldos, portavoces, siervos de esta verdad que no podemos reducir a los principios de un sistema filosófico o a pura actividad política; que no podemos olvidar ni traicionar.

Quizás una de las más vistosas delibidades de la civilización actual esté en una inadecuada visión del hombre. La nuestra es, sin duda, la época en que más se ha escrito y hablado sobre el hombre, la época de los humanismos y del antropocentrismo. Sin embargo, paradójicamente, es también la época de las hondas angustias del hombre respecto de su identidad y destino, del rebajamiento del hombre a niveles antes insospechados, época de valores humanos conculcados como jamás lo fueron antes.

La paradoja del humanismo ateo.

¿Cómo se explica esa paradoja? Podemos decir que es la paradoja inexorable del humanismo ateo. Es el drama del hombre amputado de una dimensión esencial de su ser —el absoluto— y puesto así frente a la

peor reducción del mismo ser. La Constitución Pastoral «Gaudium et Spes» toca el fondo del problema cuando dice: «El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado» (G. S., n. 22).

La Iglesia posee la verdad sobre el hombre.

La Iglesia posee, gracias al evangelio, la verdad sobre el hombre. Esta se encuentra en una antropología que la Iglesia no cesa de profundizar y de comunicar. La afirmación primordial de esta antropología es la del hombre como imagen de Dios, irreductible a una simple parcela de la naturaleza, o a un elemento anónimo de la ciudad humana (cf. G. S., n. 12, 3 y 14, 2). En este sentido, escribía San Ireneo: «La gloria del hombre es Dios, pero el receptáculo de toda acción de Dios, de su sabiduría, de su poder es el hombre» (S. Ireneo, Tratado contra las herejías, libro III, 20, 2-3).

Deber de la Iglesia: proclamar esta verdad sobre el hombre.

A este fundamento insustituible de la concepción cristiana del hombre, me he referido en particular en mi Mensaje de Navidad: «Navidad es la fiesta del hombre... El hombre, objeto de cálculo, considerado bajo la categoría de la cantidad... y al mismo tiempo, uno, único e irrepetible... alguien eternamente ideado y eternamente elegido: alguien llamado y denominado por su nombre» (Mensaje de Navidad, 1).

Frente a otros tantos humanismos, frecuentemente cerrados en una visión del hombre estrictamente económica, biológica o síquica, la Iglesia tiene el derecho y el deber de proclamar la Verdad sobre el hombre, que ella recibió de su maestro Jesucristo. Ojalá no impida hacerle ninguna coacción externa. Pero, sobre todo, ojalá no deje ella hacerlo por temores, o dudas, por haberse dejado contaminar por otros humanismos, por falta de confianza en su mensaje original.

Fundamento de la enseñanza social de la Iglesia.

Cuando pues un Pastor de la Iglesia anuncia con claridad y sin ambigüedades la Verdad sobre el hombre, revelada por aquél mismo que «sabía lo que había en el hombre» (Jn. 2, 25), debe animarlo la seguridad de estar prestando el mejor servicio al ser humano.

Esta verdad completa sobre el ser humano constituye el fundamento de la enseñanza social de la Iglesia, así como es la base de la verdadera liberación. A la luz de esta verdad, no es el hombre un ser sometido a los procesos económicos o políticos, sino que esos procesos están ordenados al hombre y sometidos a él.

De este encuentro de Pastores saldrá, sin duda, fortificada esta verdad sobre el hombre que enseña la Iglesia.

SIGNOS Y CONSTRUCTORES DE LA UNIDAD

Vuestro servicio pastoral a la verdad se completa por un igual servicio a la unidad.

UNIDAD ENTRE LOS OBISPOS

Esta será ante todo unidad entre vosotros mismos, los Obispos. «Debemos guardar y mantener esta unidad —escribía el obispo San Cipriano en un momento de graves amenazas a la comunión entre los Obispos de su país— sobre todo nosotros, los obispos que presidimos en la Iglesia, a fin de testimoniar que el Episcopado es uno e indivisible. Que nadie engañe a los fieles ni altere la verdad. El Episcopado es uno...» (De la unidad de la Iglesia, 6, 8).

La unidad del Episcopado ha de venir de Dios.

Esta unidad episcopal viene no de cálculos y maniobras humanas sino de lo alto: del servicio a un único Señor, de la animación de un único Espíritu, del amor a una única y misma Iglesia. Es la unidad que resulta de la misión que Cristo nos ha confiado, que en el Continente

latinoamericano se desarrolla desde hace casi medio milenio y que vosotros lleváis adelante con ánimo fuerte en tiempos de profundas transformaciones, mientras nos acercamos al final del segundo milenio de la redención y de la acción de la Iglesia. Es la unidad en torno al Evangelio del Cuerpo y de la Sangre del Cordero, de Pedro vivo en sus Sucesores, señales todas diversas entre sí, pero todas tan importantes, de la presencia de Jesús entre nosotros.

¡Cómo habéis de vivir, amados Hermanos, esta unidad de Pastores, en esta Conferencia que es por sí misma señal y fruto de una unidad que ya existe, pero también anticipo y principio de una unidad que debe ser aún más estrecha y sólida! Comenzáis estos trabajos en clima de unidad fraterna: sea ya esta unidad un elemento de evangelización.

UNIDAD CON LOS SACERDOTES, RELIGIOSOS Y PUEBLO FIEL

La unidad de los Obispos entre sí se prolonga en la unidad con los presbíteros, religiosos y fieles. Los sacerdotes son los colaboradores inmediatos de los Obispos en la misión pastoral, que quedaría comprometida si no reinase entre ellos y los Obispos esa estrecha unidad.

Sujetos especialmente importantes de esa unidad, serán asimismo los religiosos y religiosas. Sé bien cómo ha sido y sigue siendo importante la contribución de los mismos a la evangelización en América Latina. Aquí llegaron en los albores del descubrimiento y de los primeros pasos de casi todos los países. Aquí trabajaron continuamente al lado del clero diocesano. En diversos países más de la mitad, en otros, la gran mayoría del Presbiterio está formado por religiosos. Bastaría esto para comprender cuanto importa, aquí más que en otros partes del mundo, que los religiosos no sólo acepten, sino busquen lealmente una indisoluble unidad de miras y de acción con los Obispos. A éstos confió el Señor la misión de apacentar el rebaño. A ellos corresponde trazar los caminos para la evangelización. No les puede, no les debe faltar la colaboración, a la vez responsable y activa, pero también dócil y confiada de los religiosos, cuyo carisma hace de ellos agentes tanto más disponibles al servicio del Evangelio. En esa línea grava sobre todos, en la comunidad eclesial, el deber de evitar magisteros paralelos, eclesialmente inaceptables y pastoralmente estériles.

Sujetos asimismo de esa unidad son los seglares, comprometidos individualmente o asociados en organismos de apostolado para en la difusión del Reino de Dios. Son ellos quienes han de consagrar el mundo a Cristo en medio de las tareas cotidianas y en las diversas funciones familiares y profesionales, en íntima unión y obediencia a los legítimos Pastores.

Ese don precioso de la unidad eclesial debe ser salvaguardado entre todos los que forman parte del Pueblo peregrino de Dios, en la línea de la «Lumen Gentium».

III. DEFENSORES Y PROMOTORES DE LA DIGNIDAD

III, 1. Quienes están familiarizados con la historia de la Iglesia, saben que en todos los tiempos ha habido admirables figuras de Obispos profundamente empeñados en la promoción y en la valiente defensa de la dignidad humana de aquellos que el Señor les había confiado. Lo han hecho siempre bajo el imperativo de su misión episcopal, porque para ellos la dignidad humana es un valor evangélico que no puede ser despreciado sin grande ofensa al Creador.

Recuerdo a los evangelizadores de América.

La consagración del mundo deber de los seglares.

Defensa de la dignidad humana en todos los tiempos de la Iglesia.

Los Obispos no pueden desinteresarse de estos problemas.

Esta dignidad es conculcada, a nivel individual, cuando no son debidamente tenidos en cuenta valores como la libertad, el derecho a profesar la religión, la integridad física y síquica, el derecho a los bienes esenciales, a la vida... Es conculcada, a nivel social y político, cuando el hombre no puede ejercer su derecho de participación o es sujeto a injustas e ilegítimas coerciones, o sometido a torturas físicas o síquicas, etcétera.

No ignoro cuántos problemas se plantean hoy, en esta materia, en América Latina. Como Obispos no podéis desinteresaros de ellos. Sé que os proponéis llevar a cabo una seria reflexión sobre las relaciones e implicaciones existentes entre evangelización y promoción humana o liberación, considerando, en campo tan amplio e importante, lo específico de la presencia de la Iglesia.

Aquí es donde encontramos, llevados a la práctica concretamente, los temas que hemos abordado al hablar de la verdad sobre Cristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre.

En la línea de la misión religiosa de la Iglesia.

III, 2. Si la Iglesia se hace presente en la defensa o en la promoción de la dignidad del hombre, lo hace en la línea de su misión, que aun siendo de carácter religioso y no social o político, no puede menos de considerar al hombre en la integridad de su ser. El Señor delineó en la parábola del Buen Samaritano el modelo de atención a todas las necesidades humanas (Lc. 10, 29, ss.), y declaró que en último término se identificará con los desheredados —enfermos, encarcelados, hambrientos, solitarios— a quienes se haya tendido la mano (Mt. 25, 31 ss.). La Iglesia ha aprendido en esta y otras páginas del Evangelio (cfr. Mc. 6, 35-44) que su misión evangelizadora tiene como parte indispensable la acción por la justicia y las tareas de promoción del hombre (cf. Documento final del Sínodo de los Obispos, octubre de 1971) y que entre evangelización y promoción humana hay lazos muy fuertes de orden antropológico, teológico y de caridad (cf. E. N., n. 31); de manera que «la evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta personal y social del hombre» (E. N., n. 29).

Intimos lazos entre evangelización y promoción humana.

Tengamos presente, por otra parte, que la acción de la Iglesia en terrenos como los de la promoción humana, del desarrollo, de la justicia, de los derechos de la persona, quiere estar siempre al servicio del hombre; y al hombre tal como ella lo ve en la visión cristiana de la antropología que adopta. Ella no necesita pues recurrir a sistemas e ideologías para amar, defender y colaborar en la liberación del hombre: en el centro del mensaje del cual es depositaria y pregonera, ella encuentra inspiración para actuar en favor de la fraternidad, de la justicia, de la paz, contra todas las dominaciones, esclavitudes, discriminaciones, violencias, atentados a la libertad religiosa, agresiones contra el hombre y cuanto atenta a la vida (cf. G. S., nn. 26, 27 y 29).

Hay que inspirarse en el concepto cristiano del hombre.

III, 3. No es pues por oportunismo ni por afán de novedad que la Iglesia, «experta en humanidad» (Pablo VI, Discurso a la O.N.U., 5 de octubre de 1965), es defensora de los derechos humanos. Es por un auténtico «compromiso evangélico», el cual, como sucedió con Cristo, es compromiso con los más necesitados.

La Iglesia defensora de los derechos humanos.

Fiel a este compromiso, la Iglesia quiere mantenerse libre frente a los opuestos sistemas, para optar sólo por el hombre. Cualesquiera sean las miserias o sufrimientos que aflijan al hombre; no a través de la violencia, de los juegos de poder, de los sistemas políticos, sino por medio de la verdad sobre el hombre camino hacia un futuro mejor.

Libre frente a opuestos sistemas, la Iglesia está al servicio del hombre.

III, 4. Nace de ahí la constante preocupación de la Iglesia por la delicada cuestión de la propiedad. Una prueba de ello son los escritos de los Padres de la Iglesia a través del primer milenio del cristianismo

Constante preocupación de la Iglesia por el derecho de propiedad.

(S. Ambrosio, De Nabuthae, c. 12, n. 53; PL 14, 747). Lo demuestra claramente la doctrina vigorosa de Santo Tomás de Aquino, repetida tantas veces. En nuestros tiempos, la Iglesia ha hecho apelación a los mismos principios en documentos de tan largo alcance como son la Encíclica sociales de los últimos Papas. Con una fuerza y profundidad particular, habló de este tema el Papa Pablo VI en su Encíclica «Populorum Progressio» (nn. 23-24; cfr. también Mater et Magistra, n. 106).

Esta voz de la Iglesia, eco de la voz de la conciencia humana, que no cesó de resonar a través de los siglos en medio de los más variados sistemas y condiciones socio-culturales, merece y necesita ser escuchada también en nuestra época, cuando la riqueza creciente de unos pocos sigue paralela a la creciente miseria de las masas.

Hipoteca social de toda sociedad privada.

Es entonces cuando adquiere carácter urgente la enseñanza de la Iglesia, según la cual sobre toda propiedad privada grava una «hipoteca social». Con respecto a esta enseñanza, la Iglesia tiene una misión que cumplir: debe predicar, educar a las personas y a las colectividades, formar la opinión pública, orientar a los responsables de los pueblos. De este modo estará trabajando en favor de la sociedad, dentro de la cual este principio cristiano y evangélico terminará dando frutos de una distribución más justa y equitativa de los bienes, no sólo al interior de cada Nación, sino también en el mundo internacional en general, evitando que los Países más fuertes usen su poder en detrimento de los más débiles.

Aquellos sobre los cuales recae la responsabilidad de la vida pública de los Estados y Naciones deberán comprender que la paz interna y la paz internacional sólo estará asegurada, si tiene vigencia un sistema social y económico basado sobre la justicia.

La justicia condición de la paz.

Cristo no permaneció indiferente frente a este vasto y exigente imperativo de la moral social. Tampoco podría hacerlo la Iglesia. En el espíritu de la Iglesia, que es el espíritu de Cristo, y apoyados en su doctrina amplia y sólida, volvamos al trabajo en este campo.

Hay que subrayar aquí nuevamente que la solicitud de la Iglesia mira al hombre en su integridad.

Por esta razón, es condición indispensable para que un sistema económico sea justo, que propicie el desarrollo y la difusión de la instrucción pública y de la cultura. Cuanto más justa sea la economía, tanto más profunda será la conciencia de la cultura. Esto está muy en línea con lo que afirmaba el Concilio: que para alcanzar una vida digna del hombre, no es posible limitarse a «tener más», hay que aspirar a «ser más» (G. S., n. 35).

Bebed en las fuentes auténticas.

Bebed pues, Hermanos, en estas fuentes auténticas. Hablad con el lenguaje del Concilio, de Juan XXIII, de Pablo VI: es el lenguaje de la experiencia, del dolor, de la esperanza de la humanidad contemporánea.

Cuando Pablo VI declaraba que «el desarrollo es el nuevo nombre de la paz» (Populorum Progressio, 76), tenía presentes todos los lazos de interdependencia que existen no sólo dentro de las Naciones, sino también fuera de ellas, a nivel mundial. El tomaba en consideración los mecanismos que, por encontrarse impregnados no de auténtico humanismo sino de materialismo, producen a nivel internacional ricos cada vez más ricos a costa de pobre cada vez más pobres.

Primacía de lo moral y espiritual.

No hay regla económica capaz de cambiar por sí misma estos mecanismos. Hay que apelar en la vida interacional a los principios de la ética, a las exigencias de la justicia, al mandamiento primero que es el del amor. Hay que dar la primacía a lo moral, a lo espiritual, a lo que nace de la verdad plena sobre el hombre.

He querido manifestaros estas reflexiones, que creo muy importantes, aunque no deben distraeros del tema central de la Conferencia: al hombre, a la justicia, llegaremos mediante la evangelización.

Se vulnera el derecho a nacer...

III, 5. Ante lo dicho hasta aquí, la Iglesia ve con profundo dolor «el aumento masivo, a veces, de violaciones de derechos humanos en muchas partes del mundo...

¡Respetad al hombre!

¿Quién puede negar que hoy día hay personas individuales y poderes civiles que violan impunemente derechos fundamentales de la persona humana, tales como el derecho a nacer, el derecho a la vida, el derecho a la procreación responsable, al trabajo, a la paz, a la libertad y a la justicia social; el derecho a participar en las decisiones que conciernen al pueblo y a las naciones? ¿Y qué decir cuando nos encontramos ante formas variadas de violencia colectiva, como la discriminación racial de individuos y grupos, la tortura física y psicológica de prisioneros y disidentes políticos? Crece el elenco cuando miramos los ejemplos de secuestros de personas, los raptos motivados por afán de lucro material que embisten con tanta dramaticidad contra la vida familiar y trama social» (Mensaje del Papa Juan Pablo II a la O.N.U.). Clamamos nuevamente: ¡Respetad al hombre! ¡El es imagen de Dios! ¡Evangelizad para que esto sea una realidad! Para que el Señor transforme los corazones y humanice los sistemas políticos y económicos, partiendo del empeño responsable del hombre.

Sentido cristiano de la liberación.

III, 6. Hay que alentar los compromisos pastorales en este campo con una recta concepción cristiana de la liberación. La Iglesia siente el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos, el deber de ayudar a que se consolide esta liberación (E. N., n. 30); pero siente también el deber correspondiente de proclamar la liberación en su sentido integral, profundo, como lo anunció y realizó Jesús (E. N., 31). «Liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es, ante todo, salvación del pecado y del maligno, dentro de la alegría de conocer a Dios y de ser conocido por El» (E. N., 9). Liberación hecha de reconciliación y perdón. Liberación que arranca de la realidad de ser hijos de Dios, a quien somos capaces de llamar Abba, Padre! (Rom. 8, 15), y por la cual reconocemos en todo hombre a nuestro hermano, capaz de ser transformado en su corazón por la misericordia de Dios. Liberación que nos empuja, con la energía de la caridad, a la comunión, cuya cumbre y plenitud encontramos en el Señor. Liberación como superación de las diversas servidumbres e ídolos que el hombre se forja y como crecimiento del hombre nuevo.

Evitar ambigüedades y reduccionismos.

Liberación que dentro de la misión propia de la Iglesia no se reduzca a la simple y estrecha dimensión económica, política, social o cultural, que no se sacrifique a las exigencias de una estrategia cualquiera, de una praxis o de un éxito a corto plazo (E. N., 33).

Signos para discernir una liberación cristiana y otras actitudes desviadas.

Para salvaguardar la originalidad de la liberación cristiana a las energías que es capaz de desplegar, es necesario a toda costa, como lo pedía el Papa Pablo VI, evitar reduccionismos y ambigüedades: «La Iglesia perdería su significación más profunda. Su mensaje de liberación no tendría ninguna originalidad y se prestaría a ser acaparado y manipulado por los sistemas ideológicos y los partidos políticos» (E. N., 32). Hay muchos signos que ayudan a discernir cuándo se trata de una liberación cristiana y cuándo, en cambio, se nutre más bien de ideologías que le sustraen la coherencia con una visión evangélica del hombre, de las cosas, de los acontecimientos (E. N., 35). Son signos que derivan ya de los contenidos que anuncian o de las actitudes concretas que asumen los evangelizadores. Es preciso observar, a nivel de contenidos, cuál es la fidelidad a la Palabra de Dios, a su Magisterio. En cuanto a las actitudes, hay que ponderar cuál es su sentido de comunión con los Obispos, en

primer lugar, y con los demás sectores del Pueblo de Dios; cuál es el aporte que se da a la construcción efectiva de la comunidad y cuál la forma de volcar con amor su solicitud hacia los pobres, los enfermos, los desposeídos, los desamparados, los agobiados y cómo descubriendo en ellos la imagen de Jesús «pobre y paciente se esfuerza en remediar sus necesidades y servir en ellos a Cristo» (L. G., 8). No nos engañemos: los fieles humildes y sencillos, como por instinto evangélico, captan espontáneamente cuándo se sirve en la Iglesia al Evangelio y cuándo se lo vacía y asfixia con otros intereses.

Como veis, conserva toda su validez el conjunto de observaciones que sobre el tema de la liberación ha hecho la «*Evangelii Nuntiandi*».

III, 7. Cuanto hemos recordado antes constituye un rico y complejo patrimonio, que la «*Evangelii Nuntiandi*» denomina Doctrina Social o Enseñanza Social de la Iglesia (E. N., n. 38). Esta nace a la luz de la Palabra de Dios y del Magisterio auténtico, de la presencia de los cristianos en el seno de las situaciones cambiantes del mundo, a contacto con los desafíos que de esas provienen. Tal doctrina social comporta por lo tanto principios de reflexión, pero también normas de juicio y directrices de acción (cfr. *Octogesima Adveniensi*, 4).

Confiar responsablemente en esta Doctrina social, aunque algunos traten de sembrar dudas y desconfianzas sobre ella, estudiarla con seriedad, enseñarla, ser fiel a ella es, en un hijo de la Iglesia, garantía de la autenticidad de su compromiso en las delicadas y exigentes tareas sociales, y de sus esfuerzos en favor de la liberación o de la promoción de sus hermanos.

Permitid, pues, que recomiende a vuestra especial atención pastoral la urgencia de sensibilizar a vuestros fieles acerca de esta Doctrina social de la Iglesia.

Hay que poner particular cuidado en la formación de una conciencia social a todos los niveles y en todos los sectores. Cuando arrecian las injusticias y crece dolorosamente la distancia entre pobres y ricos, la Doctrina Social, en forma creativa y abierta a los amplios campos de la presencia de la Iglesia, debe ser precioso instrumento de formación y de acción. Esto vale particularmente en relación con los laicos: «competen a los laicos propiamente, aunque no exclusivamente, las tareas y el dinamismo seculares» (G. S., 43). Es necesario evitar suplantaciones y estudiar seriamente cuando ciertas formas de suplencia mantienen su razón de ser. ¿No son los laicos los llamados, en virtud de su vocación en la Iglesia, a dar su aporte en las dimensiones políticas, económicas, y a estar eficazmente presentes en la tutela y promoción de los derechos humanos?

ALGUNAS TAREAS PRIORITARIAS

Muchos temas pastorales, de gran significación, vais a considerar. El tiempo me impide aludir a ellos. A algunos me he referido o me referiré en los encuentros con los sacerdotes, los religiosos, los seminaristas, los laicos.

IV, 1. Los temas que aquí os señalo tienen, por diferentes motivos, una gran importancia. No dejaréis de considerarlos, entre tantos otros que vuestra clarividencia pastoral os indicará.

Los fieles humildes no se engañan.

Confianza en la doctrina social de la Iglesia.

Competencia de los laicos.

Contra el divorcio, las prácticas anticonceptivas y el aborto.

a) La familia: haced todos los esfuerzos para que haya una pastoral familiar. Atended a campo tan prioritario con la certeza de que la evangelización en el futuro depende en gran parte de la «Iglesia doméstica». Es la escuela del amor, del conocimiento de Dios, del respeto a la vida, a la dignidad del hombre. Es esta pastoral tanto más importante cuanto la familia es objeto de tantas amenazas. Pensad en las campañas favorables al divorcio, al uso de práctica anticoncepcionales, al aborto, que destruyen la sociedad.

Las vocaciones sacerdotales y religiosas.

b) Las vocaciones sacerdotales y religiosas: en la mayoría de vuestros países, no obstante un esperanzador despertar de vocaciones, es un problema grave y crónico la falta de las mismas. La desproporción es inmensa entre el número creciente de habitantes y el de agentes de la evangelización. Importa esto sobremanera a la comunidad cristiana. Toda comunidad ha de procurar sus vocaciones, como señal incluso de su vitalidad y madurez. Hay que reactivar una intensa acción pastoral que, partiendo de la vocación cristiana en general, de una pastoral juvenil entusiasta, da a la Iglesia los servidores que necesita. Las vocaciones laicales, tan indispensables, no pueden ser una compensación. Más aún, una de las pruebas del compromiso del laico es la fecundidad en las vocaciones a la vida consagrada.

Llamada a la juventud.

c) La juventud: ¡Cuánta esperanza pone en ella la Iglesia! ¡Cuántas energías circulan en la juventud, en América Latina, que necesita la Iglesia! Cómo hemos de estar cerca de ella los Pastores, para que Cristo y la Iglesia, para que el amor del hermano calen profundamente en su corazón.

CONCLUSION

V, 2. Al término de este mensaje no puedo dejar de invocar una vez más la protección de la Madre de Dios sobre vuestras personas y vuestro trabajo en estos días. El hecho de que este nuestro encuentro tenga lugar a la presencia espiritual de Nuestra Señora de Guadalupe, venerada en México y en todos los otros países como Madre de la Iglesia en América Latina, es para mí un motivo de alegría y una fuente de esperanza. «Estrella de la evangelización», sea ella vuestra guía en las reflexiones que haréis y en las decisiones que tomaréis. Que ella alcance de su divino Hijo para vosotros: audacia de profetas y prudencia evangélica de Pastores; clarividencia de maestros y seguridad de guías y orientadores; fuerza de ánimo como testigos, y serenidad, paciencia y mansedumbre de padres.

María, Estrella de la evangelización.

V, 3. El Señor bendiga vuestros trabajos. Estáis acompañados por representantes selectos: Presbíteros, Diáconos, Religiosos, Religiosas, Laicos, expertos, observadores, cuya colaboración os será muy útil. Toda la Iglesia tiene puestos los ojos en vosotros, con confianza y esperanza. Queréis responder a tales expectativas con plena fidelidad a Cristo, a la Iglesia, al hombre. El futuro está en las manos de Dios, pero, en cierta manera, ese futuro de un nuevo impulso evangelizador, Dios lo pone también en las vuestras. «Id, pues, enseñad a todas las gentes» (Mt 28, 19).

LA VOZ DE LOS SILENCIADOS

Saludo a los indios de Oaxaca y Chiapas en Cuilapán.

Amadísimos indígenas y campesinos:

Os saludo con alegría y agradezco vuestra presencia entusiasta y las palabras de bienvenida que me habéis dirigido. No encuentro mejor saludo, para expresar los sentimientos que ahora embargan mi corazón; que la frase de San Pedro, el primer Papa de la Iglesia: «Paz a vosotros los que estáis en Cristo». Paz a vosotros, que formáis un grupo tan numeroso.

Recuerdo de los misioneros españoles.

También a vosotros, habitantes de Oaxaca, de Chiapas, de Culiacán y los venidos de tantas otras partes, herederos de la sangre y de la cultura de vuestros nobles antepasados sobre todo los mixtecos y los zapotecas, fuisteis «llamados a ser santos, con todos aquellos que invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (1 Cor 1, 2).

El Hijo de Dios «habitó entre nosotros» para hacer hijos de Dios a aquellos que creen en su nombre (cf. Jn 1-11 ss.); y confió a la Iglesia la continuación de esta misión salvadora allí donde haya hombres. Nada tiene pues de extrañar que un día, en el ya lejano siglo XVI, llegaran aquí por fidelidad a la Iglesia, misioneros intrépidos, deseosos de asimilar vuestro estilo de vida y costumbres para revelar mejor y dar expresión viva a la imagen de Cristo. Vaya nuestro recuerdo agradecido al primer Obispo de Oaxaca, Juan José López de Zárate y tantos misioneros —franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas—, hombres admirables por su fe y por su generosidad humana.

Ellos sabían muy bien cuán importante es la cultura como vehículo para transmitir la fe, para que los hombres progresen en el conocimiento de Dios. En esto no puede haber distinción de razas ni de culturas, «no hay griego ni judío..., ni esclavo ni libre, sino que Cristo es de todos» (cf. Col 3, 9-11). Esto constituye un desafío y un estímulo para la Iglesia, ya que, siendo fiel al mensaje genuino y total del Señor, ha de abrirse e interpretar toda realidad humana para impregnarla de la fuerza del Evangelio (cf. Evangelii nuntiandi, nn. 20. 40).

La cultura vehículo de transmisión de la fe.

Amadísimos hermanos: mi presencia entre vosotros quiere ser un signo vivo y fehaciente de esta preocupación universal de la Iglesia. El Papa y la Iglesia están con vosotros y os aman: aman vuestras personas, vuestra cultura, vuestras tradiciones; admiran vuestro maravilloso pasado, os alientan en el presente y esperan tanto para en adelante.

Pero no sólo de eso os quiero hablar. A través de vosotros, campesinas e indígenas, aparece ante mis ojos esa muchedumbre inmensa del mundo agrícola, parte todavía prevalente en el continente latinoamericano y un sector muy grande, aun hoy día, en nuestro planeta.

Ante ese espectáculo imponente que se refleja en mis pupilas, no puedo menos de pensar en el idéntico cuadro que hace diez años contemplaba mi Predecesor Pablo VI, en su memorable visita a Colombia

El Papa está con la masa de los humildes y los pobres.

y más concretamente en su encuentro con los campesinos.

Con él quiere repetir —si fuera posible, con acento aún más fuerte en mi voz— que el Papa actual quiere ser «solidario con vuestra causa, que es la causa del pueblo humilde, la de la gente pobre» (Discurso a los campesinos, 23 agosto 1968). El Papa está con esas masas de población «casi siempre abandonadas en un innoble nivel de vida y a veces tratadas y explotadas duramente» (ibídem).

Haciendo mía la línea de mis Predecesores Juan XXIII y Pablo VI, así como la del Concilio (cf. *Mater et Magistra*, *Populorum Progressio*, *Gaudium et Spes*, 9, 71, etc.), y en vista de una situación que continúa siendo alarmante, no muchas veces mejor y a veces aún peor, el Papa quiere ser vuestra voz, la voz de quien no puede hablar o de quien es silenciado, para ser conciencia de las conciencias, invitación a la acción, para recuperar el tiempo perdido, que es frecuentemente tiempo de sufrimientos prolongados y de esperanzas no satisfechas.

INVITACION A LA ACCION

El mundo deprimido del campo.

El mundo deprimido del campo, el trabajador que con su sudor riega también su desconsuelo, no puede esperar más a que se reconozca plena y eficazmente su dignidad no inferior a la de cualquier otro sector social. Tiene derecho a que se le respete, a que no se le prive —con maniobras que a veces equivalen a verdaderos despojos— de lo poco que tiene; a que no se impida su aspiración a ser parte en su propia elevación. Tiene derecho a que se le quiten las barreras de explotación, hechas frecuentemente de egoísmos intolerables y contra los que se estrellan sus mejores esfuerzos de promoción. Tiene derecho a la ayuda eficaz —que no es limosna ni migajas de justicia— para que tenga acceso al desarrollo que su dignidad de hombre y de hijo de Dios merece.

Para ellos, hay que actuar pronto y en profundidad. Hay que poner en práctica transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender sin esperar más, reformas urgentes (*Populorum Progressio*, 32).

No puede olvidarse que las medidas a tomar han de ser adecuadas. La Iglesia defiende, sí, el legítimo derecho a la propiedad privada, pero enseña con no menor claridad que sobre toda propiedad privada grava siempre una hipoteca social, para que los bienes sirvan a la destinación general que Dios les ha dado. Y si el bien común lo exige, no hay que dudar ante la misma expropiación, hecha en la debida forma (*Populorum Progressio*, 24).

Importancia del mundo agrícola.

El mundo agrícola tiene una gran importancia y una gran dignidad. El es el que ofrece a la sociedad los productos necesarios para su nutrición. Es una tarea que merece el aprecio y estima agradecida de todos, lo cual es un reconocimiento a la dignidad de quien de ello se ocupa.

Una dignidad que puede y debe acrecentarse con la contemplación de Dios que favorece el contacto con la naturaleza, reflejo de la acción divina, que cuida de la hierba del campo, la hace crecer, la nutre y fecunda la tierra, enviándole la lluvia y el viento, para que alimente también a los animales que ayudan al hombre, como leemos al principio del Génesis.

El trabajo del campo comporta dificultades no pequeñas por el esfuerzo que exige, por el desprecio con el que a veces es mirado o por las trabas que encuentra, y que sólo una acción de largo alcance puede resolver. Sin ello, continuará la fuga del campo hacia las ciudades, creando

frecuentemente problemas de proletarización extensa y angustiada, hacinamiento en viviendas indignas de seres humanos, etc.

Un mal bastante extendido es la tendencia al individualismo entre los trabajadores del campo, mientras que una acción mejor coordinada y solidaria podría servir de no poca ayuda. Pensad en esto, queridos hijos.

A pesar de todo ello, el mundo campesino posee riquezas humanas y religiosas envidiables: un arraigado amor a la familia, sentido de la amistad, ayuda al más necesitado, profundo humanismo, amor a la paz y convivencia de lo religioso, confianza y apertura a Dios, cultivo del amor a la Virgen María y tantos otros. Es un merecido tributo de reconocimiento que el Papa quiere expresaros y al que sois acreedores por parte de la sociedad. Gracias, campesinos, por vuestra valiosa aportación al bien social, la humanidad os debe mucho. Podéis sentirnos orgullosos de vuestra contribución al bien común.

Por parte vuestra, responsables de los pueblos, clases poderosas que tenéis a veces improductivas las tierras que esconden el pan que a tantas familias falta, la conciencia humana, la conciencia de los pueblos, el grito del desvalido, y sobre todo la voz de Dios, la voz de la Iglesia os repiten conmigo: no es justo, no es humano, no es cristiano continuar con ciertas situaciones claramente injustas. Hay que poner en práctica medidas reales, eficaces, a nivel local, nacional e internacional, en la amplia línea marcada por la encíclica «Mater et Magistra» (parte tercera). Y es claro que quien más debe colaborar en ello, es quien más puede.

Amadísimos hermanos e hijos: Trabajad en vuestra elevación humana, pero no os detengáis ahí. Hacedos cada vez más dignos en lo moral y religioso. No abriguéis sentimientos de odio o de violencia, sino mirad hacia el dueño y señor de todos, que a cada uno da la recompensa que sus actos merecen. La Iglesia está con vosotros y os anima a vivir vuestra condición de hijos de Dios, unidos a Cristo, bajo la mirada de María nuestra Madre Santísima.

El Papa os pide vuestra oración y os ofrece la suya. Y al bendeciros a vosotros y a vuestras familias, se despide de vosotros con las palabras del Apóstol San Pablo: «Llevad un saludo a todos los hermanos con el ósculo santo». Sea esto una llamada a la esperanza. Así sea.

Sus riquezas humanas y religiosas.

Llamamiento a los poderosos.

SALUDO AL ARZOBISPO DE OAXACA

Señor Arzobispo, Hermanos e hijos queridísimos:

Muchas gracias a todos por este recibimiento tan cordial que me habéis dispensado, llegando a estas tierras de Oaxaca. Muchas gracias también al Señor arzobispo por sus palabras de bienvenida.

No salgo de mi admiración, emocionada y agradecida, al ver con cuánta afabilidad, con cuánto entusiasmo me acogéis entre vosotros: signo sin duda alguna de que os habéis sentido desde siempre muy cercanos en el afecto al Vicario de Cristo, Pastor de la Iglesia universal y por tanto también vuestro.

En este primer encuentro con vosotros, deseo solamente manifestaros mi profundo respeto y aprecio por esta tierra de Oaxaca, rica de historia, tradiciones y religiosidad; cuna además de diversos pueblos nativos de esta zona, que han dejado huella imborrable en la historia mexicana. Pueblos y hombres que os han dejado en herencia algo que vosotros cultiváis como genuino patrimonio: una profunda estima por los valores morales y espirituales.

Saludo también muy cordialmente a cuantos no han podido venir por estar impedidos, en particular a los enfermos y ancianos. A todos, a ellos y a vosotros, mi mejor Bendición.

LA VOCACION DE LOS LAICOS

Homilía en la Misa celebrada en la Catedral de Oaxaca.

Queridísimos hermanos y hermanas:

Esta ceremonia, en la que con inmenso gozo voy a conferir algunos ministerios sagrados a descendientes de las antiguas estirpes de esta tierra de América, confirma la verdad de lo dicho por una alta personalidad de vuestro País a mi venerado predecesor Pablo VI, desde el comienzo de la historia de las naciones americanas, fue sobre todo la Iglesia quien protegió a los más humildes, su dignidad y valor como personas humanas.

La Iglesia protegió a los más humildes.

La verdad de tal afirmación recibe hoy una nueva confirmación, ya que el Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia Universal llamará a algunos de entre ellos a colaborar con los propios Pastores en el servicio de la comunidad eclesial, para su mayor crecimiento y vitalidad (cf. *Evangelii nuntiandi*, n. 73).

1. Es sabido que estos ministerios no transforman a los laicos en clérigos: quienes los reciben siguen siendo laicos, o sea, no dejan el estado en que vivían cuando fueron llamados (cf. 1 Cor. 7, 20). También cuando cooperan, como suplentes o ayudantes, con los Ministros sagrados, estos laicos son, sobre todo, colaboradores de Dios (cf. 1 Cor. 3, 9), que se valen también de ellos para dar cumplimiento a su voluntad de salvar a todos los hombres (cf. 1 Tim. 2, 4).

Los laicos no se transforman en clérigos.

Más aún, precisamente porque estos laicos se comprometen de manera deliberada con tal designio salvífico, a tal punto que ese compromiso es para ellos la razón última de su presencia en el mundo (cf. S. Juan Crisóstomo, *In Act. Ap.* 20, 4), deben ser considerados como arquetipos de la participación de todos los fieles en la misión salvífica de la Iglesia.

2. En realidad todos los fieles, en virtud del propio Bautismo y del Sacramento de la Confirmación, tienen que profesar públicamente la fe recibida por Dios por medio de la Iglesia, difundirla y defenderla como verdaderos testigos de Cristo (cf. *Lumen Gentium*, n. 11). O sea, están llamados a la evangelización, que es un deber fundamental de todos los miembros del Pueblo de Dios (cf. *Ad Gentes*, n. 35), tengan o no tengan particulares funciones vinculadas más íntimamente con los deberes de los Pastores (*Apostolicam Actuositatem*, n. 24).

A este propósito dejad que el Sucesor de Pedro haga un ferviente llamado, a todos y cada uno, a asimilar y practicar las enseñanzas y orientaciones del Concilio Vaticano II, que ha dedicado a los laicos el capítulo IV de la Constitución dogmática «*Lumen Gentium*» y el Decreto «*Apostolicam Actuositatem*».

Deseo, además, como recuerdo de mi paso entre vosotros, aunque también con la mirada puesta en los fieles del mundo entero, aludir brevemente a cuanto es peculiar de la cooperación de los laicos en el único apostolado, sus expresiones, ya individuales, ya asociadas, su característica determinante. Para ello voy a inspirarme en la invocación a Cristo, que leemos en la plegaria de Laudes de este lunes de la cuarta semana del tiempo litúrgico ordinario: «Tú que actúas con el Padre en la historia de la humanidad, renueva los hombres y las cosas con la fuerza de tu Espíritu».

CONSAGRACION DEL MUNDO

En efecto, los laicos, que por vocación divina comparten toda la realidad mundana, inyectando en ella su fe, hecha realidad en la propia vida pública y privada (cf. Sant. 2, 17), son los protagonistas más inmediatos de la renovación de los hombres y de las cosas. Con su presencia activa de creyentes, trabajan en la progresiva consagración del mundo a Dios (cf. Lumen Gentium, n. 34). Esta presencia se compagina con toda la economía de la religión cristiana, la cual, es una doctrina, pero es sobre todo un acontecimiento: el acontecimiento de la Encarnación, Jesús Hombre-Dios que ha recapitulado en sí el universo (cf. Ef. 1, 10); corresponde al ejemplo de Cristo, quien ha hecho también del contacto físico un vehículo de comunicación de su poder restaurador (cf. Mc. 1, 41 y 7, 33; Mt. 9, 29 ss. y 20, 34; Lc. 7, 14 y 8, 54); es inherente a la índole sacramental de la Iglesia, la cual, hecha signo e instrumento de la unión de los hombres con Dios y de la unidad de todo el género humano (cf. Lumen Gentium, n. 1), ha sido llamado por Dios a estar en permanente comunión con el mundo para ser en él la levadura que lo transforma desde dentro (cf. Mt. 13, 33).

El apostolado de los laicos, así entendido y puesto en práctica, confiere pleno sentido a todas las manifestaciones de la historia humana, respetando su autonomía y favoreciendo el progreso exigido por la naturaleza propia de cada una de ellas. Al mismo tiempo, nos da la clave para interpretar en plenitud el sentido de la historia, ya que todas las realidades temporales, como los acontecimientos que las manifiestan, adquieren su significado más profundo en la dimensión espiritual que establece la relación entre el presente y el futuro (cf. Heb. 13, 14). El desconocimiento o la mutilación de esta dimensión, se convertiría, de hecho, en un atentado contra la esencia misma del hombre.

3. Al dejar esta tierra, me llevo de vosotros un grato recuerdo, el de haberme encontrado con almas generosas que desde ahora ofrecerán su vida por la difusión del Reino de Dios. Y al mismo tiempo, estoy seguro de que, como árboles plantados junto a ríos de agua, darán frutos abundantes a su tiempo (cf. Ps. 1, 3) para la consolidación del Evangelio.

¡Ánimo! ¡Sed levadura dentro de la masa! (Mt. 13, 33), haced Iglesia! Que vuestro testimonio vaya despertando por doquier otros anunciadores de la salvación: «cuán hermosos son los pies de los que evangelizan el bien» (Rom. 12, 15). Demos gracias a Dios que «ha comenzado esta obra buena y la llevará a cumplimiento hasta el día de Jesucristo» (Fil. 1, 6).



Los laicos, protagonistas de la renovación de los hombres y de las cosas.

Cristo recapitula en sí todas las cosas y da sentido a la historia.

La acción evangelizadora de los laicos

Discurso a los representantes de las organizaciones católicas de México.

Amadísimos hijos de las Organizaciones Católicas Nacionales de México:

Bendito sea el Señor que me permite también —en mi permanencia en esta querida tierra de Nuestra Señora de Guadalupe— tener el gozo de un encuentro con vosotros.

Agradezco vuestras vivas demostraciones de afecto filial y puedo confesaros cuánto me gustaría detenerme con cada cual de vosotros para conoceros personalmente, para saber más de vuestro servicio eclesial, para abundar sobre tantos aspectos fundamentales de vuestra proyección apostólica. Deseo, de todos modos, que estas palabras sean testimonio elocuente de compañía, aprecio, estímulo y orientación de vuestros mejores esfuerzos como laicos —y como laicado católico organizado— por parte de quien ha sido llamado al servicio, como Sucesor de Pedro, de todos los servidores del Señor.

El apostolado de los laicos en el Concilio Vaticano II.

Vosotros sabéis bien cómo el Concilio Vaticano II recogió esa gran corriente histórica contemporánea de «promoción del laicado», profundizándola en sus fundamentos teológicos, integrándola e iluminándola cabalmente en la eclesiología de la «Lumen Gentium», convocando e impulsando la activa participación de los laicos en la vida y misión de la Iglesia. En el Cuerpo de Cristo constituido en «pluralidad de ministerios pero unidad de misión» (A.A. n. 2, cf. L. G. 10, 32...), los laicos, en cuanto fieles cristianos «incorporados a Cristo por el bautismo, constituidos en pueblo de Dios y hechos partícipes a su manera de la función sacerdotal, profética y real de Jesucristo», están llamados a ejercer su apostolado, en particular, «en todas y cada una de las actividades y profesiones» que desempeñan, «así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social...» (L. G. 31) para «impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico» (A.A., n. 5).

En el cuadro global de las enseñanzas conciliares y especialmente a la luz de la «Constitución sobre la Iglesia», se han abierto vastas exigencias y renovadas perspectivas de acción de los laicos en muy variados campos de la vida eclesial y secular. Sin mengua del apostolado individual, reconocido como su presupuesto ineludible, el Decreto Apostolicam Actuositatem señalaba también el aprecio de la Iglesia por las formas asociativas del apostolado seglar, congeniales al ser comunitario de la Iglesia y a las exigencias de evangelización del mundo moderno.

Confesar a Cristo y fidelidad al Magisterio.

Vosotros sois, pues, signos y protagonistas de esa «promoción del laicado» que tantos frutos ha dado a la vida eclesial en estos años de aplicación del Concilio. A vosotros —y a través de vosotros, a todos los laicos y asociaciones laicales de la Iglesia de América Latina— invito a renovar una doble dimensión de vuestro compromiso laical y eclesial. Por una parte, a testimoniar valientemente a Cristo, a confesar con alegría y docilidad vuestra plena fidelidad al Magisterio eclesial, a asegurar vuestra filial obediencia y colaboración a vuestros Pastores, a buscar la más adecuada inserción orgánica y dinámica de nuestro apostolado en la misión de la Iglesia y, en particular, de la pastoral de vuestras Iglesias

locales. Muchos y muy probados ejemplos de ello ha dado y da el laicado mexicano. Y es con alegría y agradecimiento que quiero recordar en particular la conmemoración, en este año 1979, del cincuentenario de la Acción Católica Mexicana, columna vertebral del laicado organizado en el País.

La III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano es un momento fuerte de gracia que exige conversión personal y comunitaria, para renovar vuestra comunión eclesial, vuestra confianza en los Pastores, vuestro vigor y relanzamiento apostólico.

Por otra parte, desde esa perspectiva eclesial, quiero invitaros a reavivar vuestra sensibilidad humana y cristiana en la otra vertiente de vuestro compromiso: la participación en las necesidades, aspiraciones, desafíos cruciales con que la realidad de vuestros prójimos interpela vuestra acción evangelizadora de laicos cristianos.

CAMPOS DEL APOSTOLADO SEGLAR

La santificación de la vida familiar frente a los obstáculos contra su integridad y finalidades.

De entre la vastedad de los campos que exigen la presencia del laicado en el mundo, y que señala la Exhortación Apostólica «Evangelii nuntiandi» —esa Carta Magna de la Evangelización— quiero señalar algunos espacios fundamentales y urgentes en el acelerado y desigual proceso de industrialización, urbanización y transformación cultural en la vida de vuestros pueblos.

La salvaguardia, promoción, santificación y proyección apostólica de la vida familiar deben contar a los laicos católicos entre sus agentes más decididos y coherentes. Célula básica del tejido social, considerada por el Concilio Vaticano II como «Iglesia doméstica», exige un esfuerzo evangelizador, para potenciar sus factores de crecimiento humano y cristiano y superar los obstáculos que atentan contra su integridad y finalidades.

La acción misionera en el mundo intelectual y del trabajo.

Los «mundos» emergentes y complejos de los intelectuales y universitarios, del proletariado, técnicos y dirigentes de empresa, de los vastos sectores campesinos y poblaciones suburbanas sometidas al impacto acelerado de cambios económico-sociales y culturales, reclaman una particular atención apostólica, a veces casi misionera, por parte del laicado católico en la proyección pastoral del conjunto de la Iglesia.

La juventud espera un testimonio claro de fe cristiana.

¿Cómo no señalar también la presencia en medio de esa muchedumbre interpelante de la juventud, en sus inquietas esperanzas, rebeldías y frustraciones, en sus ilimitados anhelos a veces utópicos, en sus sensibilidades y búsquedas religiosas, así como en sus tentaciones por ídolos consumísticos o ideológicos! Los jóvenes esperan testimonios claros, coherentes y gozosos de la fe eclesial que los ayude a re-estructurar y encauzar sus abiertas y generosas energías en sólidas opciones de vida personal y colectiva.

Los pobres predilectos del Señor.

La caridad, savia primordial de vida eclesial, se despliegue por medio de los laicos cristianos también en la solidaridad fraterna ante situaciones de indigencia, opresión, desamparo o soledad de los más pobres, predilectos del Señor liberador y redentor.

La enseñanza y la política regidas por el bien común.

¿Y cómo olvidar el mundo todo de la enseñanza, donde se forjan los hombres del mañana; el mismo terreno de la política, para que siempre responda a criterios de bien común; el campo de los organismos internacionales, para que sean palestras de justicia, de esperanza y entendimiento entre los pueblos; el mundo de la medicina y del servicio sanitario donde son posibles tantas intervenciones que tocan muy de cerca el orden moral; el campo de la cultura y del arte, terrenos fértiles para contribuir a dignificar al hombre en lo humano y en lo espiritual?

En esa doble vertiente de renovado compromiso cristiano, vuestra fidelidad eclesial —recogiendo y vigorizando la tradición del laicado me-

La esterilidad de las teologías extrañas al Evangelio.

xicano— os relanzará con nuevas energías para operar como fermento hacia más amplias perspectivas de convivencia social.

La tarea es inmensa. Vosotros sois llamados a participar en ella, asumiendo y prosiguiendo lo mejor de la experiencia de participación eclesial y secular de los últimos años; dejando progresivamente a un lado las crisis de identidad, contestaciones estériles e ideologizaciones extrañas al Evangelio.

Que vuestras asociaciones sean como hasta hoy —y mejor aún— formativas de cristianos con vocación de santidad, sólidos en su fe, seguros en la doctrina propuesta por el Magisterio auténtico, firmes y activos en la Iglesia, cimentados en una densa vida espiritual, alimentada con el acercamiento frecuente a los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, perseverantes en el testimonio y acción evangélica, coherentes y valientes en sus compromisos temporales, constantes promotores de paz y justicia contra toda violencia u opresión, agudos en el discernimiento crítico de las situaciones e ideologías a la luz de las enseñanzas sociales de la Iglesia, confiados en la esperanza en el Señor.

La vida espiritual base de la acción apostólica.

Vaya mi Bendición Apostólica a vosotros, a todos los laicos de vuestras asociaciones, a vuestros asistentes eclesiásticos y al conjunto del laicado mexicano. Y también a los millones de laicos latinoamericanos que elevan su oración y ponen su esperanza en Puebla. A todos os encomiendo a la protección maternal de la Virgen María, en su advocación de Guadalupe.



EL PAPA PIENSA Y REZA POR LOS NIÑOS

A los niños del Hospital Infantil de la ciudad de México.

Queridos hijos:

Al venir a pasar estos momentos entre vosotros, quiero saludar a los dirigentes del Centro, a todos los niños y niñas enfermos de este Hospital Infantil y a todos los niños que sufren en sus hogares, en cualquier parte de México.

La enfermedad no os permite jugar con vuestros amigos; por eso ha querido venir a veros otro amigo, el Papa, que tantas veces piensa en vosotros y reza por vosotros.

Saludo también a vuestros padres, hermanos, hermanas, familiares y cuantos se preocupan de vuestra salud y os atienden con tanto esmero y afecto.

Os invito ahora a rezar un Avemaría a la Virgen de Guadalupe por vosotros, que tan pronto encontráis el dolor y la enfermedad en vuestra vida.

* * *

Queridos niños: el Papa os seguirá recordando y se lleva vuestro sonriente saludo de brazos abiertos, dejándoos su abrazo y su Bendición.

Caminad al encuentro de Cristo

A los estudiantes en la Escuela Católica «Miguel Angel».

Queridos jóvenes:

Estoy contento de poder encontrarme hoy con vosotros en esta escuela católica «Instituto Miguel Angel». Formáis un grupo numerosos de todas las edades, tanto los que estudiáis en este centro cuanto los venidos de otras escuelas católicas. En vuestra juventud veo y siento presentes a todos los estudiantes del País. A todos os saludo con un afecto particular, porque veo en vosotros la esperanza prometedora de la Iglesia y de la nación mexicana del mañana.

También quiero saludar afectuosamente a vuestros profesores, a los representantes de las instituciones formadoras y de los padres de familia. Todos merecéis mi respeto porque entre todos estáis formando a las nuevas generaciones.

1. Las dificultades que las escuelas católicas en México han sabido superar en el cumplimiento de su misión, es un motivo más de mi reconocimiento al Señor y al mismo tiempo un estímulo para vuestra responsabilidad, a fin de que la escuela católica lleve a cabo la formación integral de los futuros ciudadanos sobre una base auténticamente humana y cristiana.

«La Iglesia, en cuanto a su misión específica, debe promover e impartir la educación cristiana a la que todos los bautizados tienen derecho, para que alcancen la madurez en su fe. Como servidora de todos los hombres, la Iglesia busca colaborar mediante sus miembros, especialmente laicos, en las tareas de promoción cultural humana, en todas las formas que interesan a la sociedad» (Medellín. Educación, n. 9).

Muy antigua es la tradición cristiana en esta ciudad de México; y ha sido también pionera en introducir la doctrina social de la Iglesia en los planes de estudio escolares. Esto ha sido germen de un mayor respeto a los derechos de todos los hombres, especialmente de los que sufren en la miseria o en la marginación social.

2. La Iglesia contempla con optimismo y profunda esperanza a la juventud. Vosotros, los jóvenes, representáis a la mayor parte de la población mexicana, de la cual el 50 % no llega a los 20 años. En los momentos más difíciles del cristianismo en la historia mexicana, los jóvenes han dado un testimonio heroico y generoso.

La Iglesia ve en la juventud una enorme fuerza renovadora, que nuestro predecesor el Papa Juan XXIII consideraba como un símbolo de la misma Iglesia, llamada a una constante renovación de sí misma, o sea, a un incesante rejuvenecimiento.

Dificultades de las escuelas católicas en México.

Antigua tradición cristiana.

Preparaos a la vida con seriedad y diligencia. En este momento de la juventud, tan importante para la maduración plena de vuestra personalidad, sabed dar siempre el puesto adecuado al elemento religioso de vuestra formación, el que lleva al hombre a alcanzar su dignidad plena, que es la de ser hijo de Dios. Recordad siempre que sólo si os apoyáis, como dice San Pablo, sobre el único fundamento que es Jesucristo (cf. I Cor. 3, 11), podréis construir algo verdaderamente grande y duradero.

Sólo Cristo es la solución de vuestros problemas.

3. Como recuerdo de este encuentro tan cordial y gozoso quiero dejaros una consideración concreta.

Con la vivacidad que es propia de vuestros años, con el entusiasmo generoso de vuestro corazón, caminad al encuentro de Cristo: sólo El es la solución de todos vuestros problemas; sólo El es el camino, la verdad y la vida; sólo El es la verdadera salvación del mundo; sólo El es la esperanza de la humanidad.

Buscad a Jesús esforzándoos en conseguir una fe personal profunda que informe y oriente toda vuestra vida; pero sobre todo que es vuestro compromiso y vuestro programa amar a Jesús, con un amor sincero, auténtico y personal. El debe ser vuestro amigo y vuestro apoyo en el camino de la vida. Sólo El tiene palabras de vida eterna (cf. Jn. 6, 68).

No os podéis satisfacer con sucedáneos.

Vuestra sed de lo absoluto no puede ser saciada por los sucedáneos de ideologías que conducen al odio, a la violencia y a la desesperación. Sólo Cristo, buscado y amado con amor sincero es fuente de alegría, de serenidad y de paz.

Pero después de haber encontrado a Cristo, después de haber descubierto quién es El, no se puede no sentir la necesidad de anunciarlo. Sabed ser testigos auténticos de Cristo; sabed vivir y proclamar, con hechos y palabras, vuestra fe.

Vosotros, queridísimos jóvenes, debéis tener el ansia y el deseo de ser portadores de Cristo a esta sociedad actual, más que nunca necesitada de El, más que nunca a la búsqueda de El, a pesar de que las apariencias puedan tal vez hacer creer lo contrario.

«Es necesario —ha escrito mi predecesor Pablo VI en la Exhortación Evangelii nuntiandi— que los jóvenes, bien formados en la fe y arraigados en la oración, se conviertan cada vez más en los apóstoles de la juventud (n. 72). A cada uno de vosotros espera la tarea entusiasmante de ser un anunciador de Cristo entre vuestros compañeros de escuela y de diversión. Cada uno de vosotros debe tener en el corazón el deseo de ser un apóstol entre los que están a vuestro alrededor.

Los jóvenes se han de transformar en apóstoles de la juventud.

4. Quiero ahora confiaros un problema que llevo muy dentro de mí. La Iglesia es consciente del subdesarrollo cultural existente en muchas zonas del continente latinoamericano y de vuestro País. Mi predecesor Pablo VI, en su Encíclica «Populorum Progressio» afirmaba: «...la educación básica es el primer objetivo de un plan de desarrollo» (n. 36).

En la dinámica acelerada de cambio, característica de la sociedad actual, es necesario y, a la vez, urgente que sepamos crear un ambiente de solidaridad humana y cristiana en torno al acuciante problema de la escolarización. Ya lo recordaba el Concilio en su Documento sobre la Educación: «Todos los hombres, de cualquier raza, condición y edad, por poseer la dignidad de persona, tienen derecho inalienable a una educación...» (n. 1).

No es posible permanecer indiferente ante el grave problema del analfabetismo o semianalfabetismo.

En uno de los momentos decisivos para el futuro de América Latina, hago un fuerte llamado en nombre de Cristo a todos los hombres y, de modo particular, a vosotros los jóvenes, para que prestéis hoy y mañana vuestra ayuda, servicio y colaboración en esta tarea de escolarización. Mi voz, mi súplica de Padre se dirige también a los educadores cristianos para que, con su aportación, favorezcan la alfabetización y «culturización», con una visión integral del hombre. No olvidemos que «un analfabeto es un espíritu subalimentado» (P.P. 35).

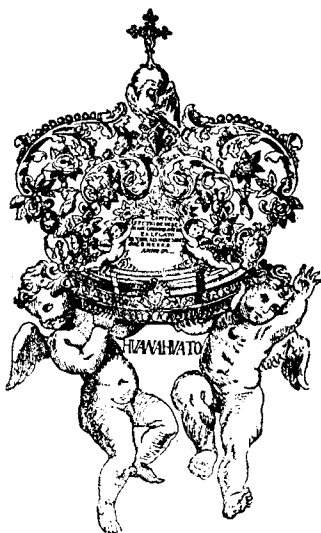
Confío en la colaboración de todos para ayudar a resolver este problema, que toca un derecho tan esencial del ser humano.

¡Jóvenes, comprometeos humana y cristianamente en cosas que merecen esfuerzo, desprendimiento y generosidad! ¡La Iglesia lo espera de vosotros y confía en vosotros!

5. Pongamos esta intención a los pies de María, a la que los mexicanos invocáis como Nuestra Señora de Guadalupe. Ella estuvo asociada íntimamente al misterio de Cristo y es un ejemplo de amor generoso y de entrega al servicio de los demás. Su vida de fe profunda es el camino para robustecer nuestra fe y nos enseña a encontrarnos con Dios en la intimidad de nuestro ser.

Al volver a vuestras casas, asociaciones juveniles y grupos de amigos, decid a todos que el Papa cuenta con los jóvenes. Decid que los jóvenes son el consuelo y la fuerza del Papa, que desea estar con ellos para hacerles llegar su voz de aliento en medio de todas las dificultades que comporta el situarse en la sociedad.

Os ayude y estimule a cumplir vuestros propósitos la bendición apostólica que os imparto de corazón a vosotros, a vuestros seres queridos y a cuantos se dedican a vuestra formación.



Problemas del subdesarrollo cultural.

Invocación a María.

Guadalajara rica en fe cristiana

Saludo del Papa a su llegada al aeropuerto de la ciudad.

Señor Cardenal, Hermanos, hijos amadísimos:

Agradezco de todo corazón al Señor Arzobispo de Guadalajara el saludo que ha tenido a bien dirigirme en el instante de mi llegada a esta querida Arquidiócesis. El Papa se siente emocionado de la acogida tan humana, tan cristiana y tan familiar. Me parece estar entre los míos, en mi casa.

En la historia de este gran País, los habitantes de este Estado y de esta Ciudad os habéis siempre distinguido por vuestra religiosidad y vuestra laboriosidad. Habéis sabido aunar lo espiritual y lo material en una síntesis que supone la auténtica vivencia del Mensaje del Hijo de Dios.

Amadísimos todos: mi saludo se dirige a los aquí presentes y de modo particular a los sacerdotes, religiosos y todos aquellos que trabajan en la construcción del Reino de Dios en esta Arquidiócesis, rica en testimonio de fe cristiana que se manifiesta en tantas maneras y especialmente en vocaciones a la vida religiosa.

Gracias por la oportunidad que brindáis a vuestro Padre de estar con vosotros, hijos míos, en esta visita.

¡Que el Señor os bendiga!



Los pobres, predilectos de Dios

En el Barrio de Santa Cecilia en Guadalajara

He descado vivamente este encuentro, habitantes del barrio de Santa Cecilia, porque me siento solidario con vosotros y porque, siendo pobres, tenéis derecho a mis particulares desvelos.

Yo os digo en seguida el motivo: el Papa os ama porque sois los predilectos de Dios. El mismo, al fundar su familia, la Iglesia, tenía presente a la humanidad pobre y necesitada. Para redimirla envió precisamente a su Hijo que nació pobre y vivió entre los pobres para hacernos ricos con su pobreza (cf. 2 Cor. 8, 9).

Como consecuencia de esa redención, llevada a cabo en quien se hizo uno de nosotros, ahora ya no somos pobres siervos, como hijos, que podemos llamar a Dios: Padre (cf. Gal. 4, 4-6). Ya no estamos desamparados, ya que, si somos hijos de Dios, somos también herederos de los bienes, que El ofrece con largueza a aquellos que lo aman (Mat. 11, 28). ¿Podremos desconfiar de que un padre dé cosas buenas a sus hijos? (cf. Mat. 7, 7 ss.). El mismo Jesús, Salvador nuestro, nos espera para aliviarnos en la fatiga (cf. Mat. 11, 28). Al mismo tiempo cuenta con nuestra colaboración personal para dignificarnos cada vez más, siendo artífices de nuestra propia elevación humana y moral.

A la vez, ante vuestra agobiante situación, invito con todas mis fuerzas a todo el que tiene medios y se siente cristiano, a renovarse en la mente y en el corazón para que, promoviendo una mayor justicia y aun dando de la propia, a nadie falte el conveniente alimento, vestido, habitación, cultura, trabajo; todo lo que da dignidad a la persona humana. La imagen de Cristo en la cruz, precio del rescate de la humanidad, es una llamada acuciante a gastar la vida poniéndonos al servicio de los necesitados, a ritmo con la caridad, que es desprendida y que no simpatiza con la injusticia, sino con la verdad (cf. 1 Cor. 13, 2 ss.).

Os bendigo a todos, pidiendo al Señor ilumine vuestros corazones y vuestras acciones.

SENTIDO CRISTIANO DEL TRABAJO

Discurso a los trabajadores en el Estadio de Jalisco.

Queridos hermanos, hermanas:

Queridos obreros y obreras:

Amor filial a la Virgen de Guadalupe.

Llego hasta aquí a este cuadro maravilloso de Guadalajara, donde nos encontramos en el nombre de Aquel que quiso ser conocido como el Hijo del artesano.

Vengo hasta vosotros trayendo en mis ojos y en mi alma la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, vuestra Patrona, hacia la que profesáis un amor filial que he podido constatar no sólo en su santuario sino incluso pasando por las calles y ciudades de México. Donde hay un mexicano, ahí está la Madre de Guadalupe. Me decía un señor que el 96 por ciento de los mexicanos son católicos, mas ciento por ciento son guadalupanos.

He querido venir a visitaros, familias obreras de Guadalajara y de otros lugares de esta arquidiócesis que se distingue por su adhesión a la fe, por su unidad familiar y por sus esfuerzos para responder a las grandes exigencias humanas y cristianas de la justicia, de la paz, del progreso, según Dios.

He sido testigo del amor de los mexicanos a Cristo, a la Virgen y al Papa.

Me presento ante vosotros como un hermano con alegría y con amor, después de haber tenido la oportunidad de recorrer los caminos de México y de ser testigo del amor que aquí se profesa a Cristo, a la Virgen Santísima y al Papa, peregrino y mensajero de la fe, la esperanza y la unión entre los hombres.

Deseo manifestaros desde el primer momento cuánto agrada al Papa que este encuentro sea de obreros, de familias obreras, de familias cristianas que desde sus puestos de trabajo saben ser agentes de bien social, de respeto, de amor a Dios en el taller, en la fábrica, en cualquier casa o lugar.

Gozo de hallarse entre los obreros.

Pienso en vosotros, niños y niñas, jóvenes de familias obreras; me viene a la mente la figura de Aquél que nació en el seno de una familia artesana, que creció en edad, sabiduría y gracia, que de su Madre aprendió los caminos humanos, que en aquel varón justo que Dios le dio por padre tuvo el maestro en la vida y en el trabajo cotidiano. La Iglesia venera a esta Madre y a ese Hombre, a ese santo obrero, también modelo de hombre y de obrero.

Jesús fue acariciado por las manos de un obrero.

Nuestro Señor Jesucristo recibió las caricias de sus recias manos de obrero, manos endurecidas por el trabajo, manos abiertas a la bondad y al hermano necesitado. Permitidme entrar en vuestras casas, si queréis tener al Papa como huésped y amigo vuestro, y darle el consuelo de ver en vuestros hogares la unión, el amor familiar que descansa tras la jornada de fatiga en este mutuo y afectuoso intercambio que reinaba en

la Sagrada Familia. Me hace ver, queridos niños y jóvenes que os estáis preparando de manera seria para el mañana; os lo repito, sois la esperanza del Papa.

Sed seguidores de Cristo.

No me neguéis el gozo de veros caminar por senderos que os conducen a ser auténticos seguidores del bien y amigos de Cristo. No me neguéis la alegría de ver vuestro sentido de responsabilidad en los estudios, en las actividades, en las diversiones. Estáis llamados a ser portadores de generosidad y honestidad, a ser luchadores contra la inmoralidad, a preparar ese México más justo y sano, más feliz, para los hijos de Dios e hijos de Nuestra Madre María.

Dios escogió una Madre pobre.

Vosotros sabéis muy bien que el trabajo de vuestros padres está presente en el esfuerzo común de crecimiento en esta Nación y en todo lo que contribuya a que los beneficios de la civilización contemporánea lleguen a todos los mexicanos. Estad orgullosos de vuestros padres y colaborad con ellos en vuestra formación de jóvenes honrados y cristianos, os acompañan mi afecto y mi aliento.

El afecto del Papa se dirige también a las trabajadoras madres y esposas presentes y a todas aquellas que escuchan mi palabra a través de los medios de comunicación social. Recordad a aquella Virgen Madre que supo ser causa de alegría para el esposo y guía solícita para el hijo en los momentos de dificultad y de prueba. Cuando hay preocupaciones y limitaciones, recordad que Dios escogió a una Madre pobre y que Ella supo permanecer firme en el bien, aún en las horas más duras.

Mujeres llevad al trabajo vuestro sentido religioso.

Muchas de vosotras trabajáis también en alguna de las múltiples actividades que hoy se abren a la capacidad femenina; muchas de vosotras sois también sustento para no pocos hogares y ayuda continua para que la vida familiar sea cada vez más digna. Estad presentes con vuestra creatividad en la transformación de esta sociedad, la manera de vida contemporánea ofrece oportunidades y empleos cada vez más importantes para la mujer, llevad vuestra aportación iluminada por vuestro sentido religioso, a todos los vuestros y aún a las más altas magistraturas.

Concepto cristiano del trabajo.

Amigos, hermanos trabajadores, existe un concepto cristiano del trabajo, de la vida familiar y social que encierra grandes valores y que reclama criterios y normas morales que orienten a quien cree en Dios y en Jesucristo, para que el trabajo se realice como una verdadera vocación de transformación del mundo, en un espíritu de servicio y de amor a los hermanos, para que la persona humana se realice aquí mismo y contribuya a la humanización creciente del mundo y de sus estructuras.

El trabajo no es una maldición, es una bendición de Dios que llama al hombre a dominar la tierra y a transformarla, para que con la inteligencia y el esfuerzo humano continúe la obra creadora y divina. Quiero deciros con toda mi alma y fuerzas, que me duelen las insuficiencias de trabajo, me duelen las ideologías de odio y violencia que no son evangélicas y que tantas heridas causan en la humanidad contemporánea.

El trabajo un llamamiento de Dios para construir un mundo nuevo.

Para el cristiano no basta la denuncia de las injusticias, y a él se le pide ser testigo y agente de justicia; el que trabaja tiene derechos que ha de defender legalmente, pero tiene también deberes que ha de cumplir generosamente. Como cristianos estáis llamados a ser artífices de justicia y de verdadera libertad a la vez que forjadores de caridad social. La técnica contemporánea crea toda una problemática nueva y a veces produce desempleo, pero también abre grandes posibilidades que reclaman en el trabajador una preparación cada vez mayor y una aportación de su capacidad humana e imaginación creadora. Por ello el trabajo no ha de ser una mera necesidad, ha de ser visto como una verdadera vocación, un llamamiento de Dios a construir un mundo nuevo en el que habiten la justicia y fraternidad, anticipo del Reino de Dios, en el que no habrá ya ni carencias, ni limitaciones.

El trabajo ha de ser el medio para que toda la creación esté sometido a la dignidad del ser humano e hijo de Dios.

Ese trabajo ofrece la oportunidad de comprometerse con toda la comunidad sin resentimientos, sin amarguras, sin odios, sino con el amor universal de Cristo que a nadie excluye y que a todas abraza.

Cristo nos ha anunciado el Evangelio, por el que sabemos que Dios es amor, que es Padre de todos y que nosotros somos hermanos.

El misterio central de nuestra vida cristiana que es el de la Pascua, nos hace mirar al cielo nuevo y a la tierra nueva. En el trabajo debe existir esa mística pascual, con la que los sacrificios y fatigas se aceptan con impulso cristiano para hacer que resplandezca más claramente el nuevo orden querido por el Señor y para hacer un mundo que responda a la bondad de Dios en la armonía, el amor y la paz.

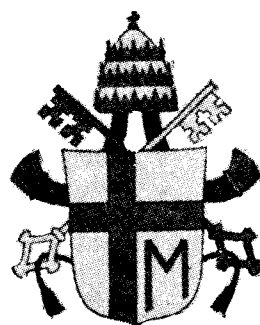
Amadísimos hijos e hijas, pido al Señor por vosotros todos y por vuestras familias, pido al Señor por la unidad y estabilidad de los matrimonios y porque la vida del hogar sea siempre plena y gozosa. La fe cristiana ha de ser más fuerte con todos los factores de crisis contemporánea. La Iglesia, como el Concilio nos ha enseñado cariñosamente, ha de ser la gran familia en la que se vive la dinámica de unidad, de vida, de gozo y de amor, que es la Trinidad Santísima.

El mismo Concilio ha llamado a la familia «pequeña Iglesia»; en la familia cristiana tiene su principio la acción evangelizadora de la Iglesia. Las familias son las primeras escuelas de la educación en la fe; solamente si esa unidad cristiana se conserva será posible que la Iglesia cumpla su gran misión en la sociedad y en la misma Iglesia.

Amigos y hermanos, gracias por haberme ofrecido la posibilidad de participar en este gran encuentro con el mundo obrero, con el que me siento siempre tan a gusto. Sois para el Papa amigos y compañeros. Gracias.

Esta ciudad de Guadalajara se ha distinguido en todo México por el impulso dado a las actividades deportivas que proporcionan a la familia el crecimiento físico y espiritual y la alegría de una mente sana en un cuerpo sano.

La corona de futbolistas que nos acompaña pone un nuevo color a nuestra gran reunión. El Papa os da su bendición a todos y cada uno. Que ella os aliente vuestro compromiso apostólico con generosa entrega fraternal y con la seguridad de que Dios trabaja con vosotros para que construyáis un mundo más hermoso, más amable, más justo, más humano, más cristiano. Así sea.



Dios es amor.

El trabajo y el misterio pascual.

Por la unidad y estabilidad de los matrimonios.

La familia es una Iglesia doméstica.

Vuestra vida de consagradas es plenamente actual

A las Religiosas de clausura en la Catedral de Guadalajara.

Queridas religiosas de clausura:

En esta Catedral de Guadalajara quiero saludaros con esas bellas y expresivas palabras que repetimos con frecuencia en la asamblea litúrgica: «El Señor esté con vosotras» (Misal Romano). Sí, que el Señor, al que habéis consagrado toda vuestra vida, esté siempre con vosotras.

¿Cómo podría faltar durante la visita a México, un encuentro del Papa con las religiosas contemplativas? Si a tantas personas yo quería ver, vosotras ocupáis un puesto especial por vuestra particular consagración al Señor y a la Iglesia. Por ese motivo, el Papa también quiere estar cerca de vosotras.

Este encuentro quiere ser la continuación del que tuve con las demás religiosas mexicanas; muchas cosas las decía también para vosotras, pero ahora deseo referirme a lo que es más específicamente vuestro.

¡Cuántas veces el Magisterio de la Iglesia ha demostrado su gran estima y aprecio por vuestra vida dedicada a la oración, al silencio, y a un modo singular de entrega a Dios! En estos momentos de tantas transformaciones en todo, ¿sigue teniendo significado este tipo de vida o es algo ya superado?

El Papa os dice: Sí, vuestra vida tiene más importancia que nunca, vuestra consagración total es de plena actualidad. En un mundo que va perdiendo el sentido de lo divino, ante la supervaloración de lo material, vosotras, queridas religiosas, comprometidas desde vuestros claustros en ser testigos de unos valores por los que vivís, sed testigos del Señor para el mundo de hoy, infundid con vuestra oración un nuevo soplo de vida en la Iglesia y en el hombre actual.

Especialmente en la vida contemplativa se trata de realizar una unidad difícil: manifestar ante el mundo el misterio de la Iglesia en el mundo presente y gustar ya aquí, enseñándoselo a los hombres, como dice San Pablo, «las cosas de allá arriba» (Col. 1, 3).

Para ello tenéis que encontrar vuestro estilo propio que, dentro de una visión contemplativa, os haga compartir con vuestros hermanos el don gratuito de Dios.

Vuestra vida consagrada arranca de la consagración bautismal y la expresa con mayor plenitud. Con una respuesta libre a la llamada del Espíritu Santo, habéis decidido seguir a Cristo consagrándoos totalmente a Él. «Esta consagración será tanto más perfecta, dice el Concilio, cuanto, por vínculos más firmes y más estables, represente mejor a Cristo, unido con vínculo indisoluble a su Iglesia» (Lumen Gentium, 44).

Las religiosas contemplativas sentís una atracción que os arrastra hacia el Señor. Apoyadas en Dios, os abandonáis a su acción paternal

La vida contemplativa es más importante que nunca.

que os levanta hacia El y os transforma en El, mientras os prepara para la contemplación eterna, que constituye nuestra meta última para todos. ¿Cómo podríais avanzar a lo largo de este camino y ser fieles a la gracia que os anima, si no respondiérais con todo vuestro ser, por medio de un dinamismo cuyo impulso es el amor, a esta llamada que os orienta de manera permanente hacia Dios? Considerad, pues, cualquier otra actividad como un testimonio, ofrecido al Señor, de vuestra íntima comunión con El, para que os conceda aquella pureza de intención, tan necesaria para encontrarlo en la misma oración. De este modo contribuiréis a la extensión del Reino de Dios, con el testimonio de vuestra vida y con «una misteriosa fecundidad apostólica» (Perfectae caritatis, 7).

Reunidas en nombre de Cristo, vuestras Comunidades tienen como centro la Eucaristía, «sacramento de amor, signo de unidad, vínculo de caridad» (Sacrosanctum Concilium, 47).

Por la Eucaristía también el mundo está presente en el Centro de vuestra vida de oración y de ofrenda como el Concilio ha explicado: «y nadie piense que los Religiosos, por su consagración, se hacen extraños a los hombres o inútiles para la sociedad terrena. Porque, si bien en algunos casos no sirven directamente a sus contemporáneos, los tienen, sin embargo, presentes de manera más íntima en las entrañas de Cristo y cooperan espiritualmente con ellos, para que la edificación de la ciudad terrena se funde siempre en el Señor y se ordene a El, no sea que trabajen en vano quienes la edifican» (Lumen Gentium, 4).

Contemplándoos con la ternura del Señor cuando llamaba a sus discípulos «pequeña grey» (f. Lc. 12, 32), y les anunciaba que su Padre se había complacido en darles el Reino, yo os suplico: conservad la sencillez de los «más pequeños» del Evangelio. Sabed encontrarla en el trato íntimo y profundo con Cristo y en contacto con vuestros hermanos. Conoceréis entonces «el rebotar de gozo por la acción del Espíritu Santo» que es de aquellos que son introducidos en los secretos del Reino (cf. Exhortación Apostólica sobre Renovación de la vida religiosa, 54).

Que la Madre amadísima del Señor, que el México invocáis con el dulce nombre de Nuestra Señora de Guadalupe, y bajo cuyo ejemplo habéis consagrado a Dios vuestra vida, os alcance, en vuestro caminar diario, aquella alegría inalterable que sólo Jesús puede dar.

Como un gran saludo de paz que no se agota en vosotras aquí presentes, sino que se extiende invisiblemente a todas vuestras hermanas contemplativas de México, recibid de corazón mi Bendición Apostólica.

La Eucaristía es el centro de vuestra comunidad.

Que María nos conceda alegría inalterable en Jesús.

La piedad mariana piedad popular

En el Santuario de Nuestra Señora de Zapopán, en las cercanías de Guadalajara, el Papa pronunció la siguiente homilía:

Queridos hermanos y hermanas:

Prueba de la devoción mariana del pueblo mexicano.

1. Henos aquí reunidos hoy en este hermoso santuario de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción de Zapopán, en la gran arquidiócesis de Guadalajara. No quería ni podía omitir este encuentro en torno al altar de Jesús y a los pies de María Santísima, con el Pueblo de Dios que peregrina en este lugar. Este santuario de Zapopán es, en efecto, una prueba más, palpable y consoladora, de la intensa devoción que, desde hace siglos, el pueblo mexicano, y con él, todo el pueblo latinoamericano, profesa a la Virgen Inmaculada.

«Todas las gentes me llamaron Bienaventurada.»

Como el de Guadalupe, también este santuario viene de la época de la colonia; como aquél, sus orígenes se remontan al valioso esfuerzo de evangelización de los misioneros (en este caso, los hijos de San Francisco) entre los indios, tan bien dispuestos a recibir el mensaje de la salvación en Cristo y a venerar a su Santísima Madre, concebida sin mancha de pecado. Así, estos pueblos perciben el lugar único y excepcional de María en la realización del plan de Dios (cf. *Lumen Gentium*, n.º 53 s.), su santidad eminente y su relación maternal con nosotros (ib. 61, 66). De aquí en adelante, ella, la Inmaculada, representada en esta pequeña y sencilla imagen, queda incorporada a la piedad popular del pueblo de la arquidiócesis de Guadalajara, de la nación mexicana y de toda América Latina. Como María misma dice proféticamente en su cántico del Magnificat: «Me llamarán feliz todas las generaciones» (Lc. 1, 48).

Elogio de la piedad popular.

2. Si esto es verdad de todo el mundo católico, cuánto más lo es de México y de América Latina. Se puede decir que la fe y la devoción a María y sus misterios pertenecen a la identidad propia de estos pueblos y caracterizan su piedad popular, de la cual hablaba mi predecesor Pablo VI en la Exhortación Apostólica «*Evangelii Nuntiandi*» (n.º 48). Esta piedad popular no es necesariamente un sentimiento vago, carente de sólida base doctrinal, como una forma inferior de manifestación religiosa. Cuántas veces es, al contrario, como la expresión verdadera del alma de un pueblo, en cuanto tocada por la gracia y forjada por el encuentro feliz entre la obra de evangelización y la cultura local, de lo cual habla también la Exhortación recién citada (n.º 20). Así, guiada y sostenida, y, si es el caso, purificada, por la acción constante de los pastores, y ejercida diariamente en la vida del pueblo la piedad popular es de veras la piedad de los «pobres y sencillos» (Ib. n.º 48). Es la manera cómo estos predilectos del Señor viven y traducen en sus actitudes humanas y en todas las dimensiones de la vida, el misterio de la fe que han recibido.

Los predilectos del Señor.

María Madre y Reina.

Esta piedad popular, en México y en toda América Latina, es indisolublemente mariana. En ella, María Santísima ocupa el mismo lugar preeminente que ocupa en la totalidad de la fe cristiana. Ella es la madre, la reina, la protectora y el modelo. A ella se viene para honrarla, para pedir su intercesión para aprender a imitarla, es decir para aprender a ser un verdadero discípulo de Jesús. Porque como el mismo Señor dice: «Quien hiciere la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mc 3, 35).

Por María nos acercamos a Dios.

Lejos de empañar la mediación insustituible y única de Cristo, esta función de María, acogida por la piedad popular la pone de relieve y «sirve para demostrar su poder», como enseña el Concilio Vaticano II (Lumen Gentium, n.º 60), porque todo lo que ella es y tiene le viene de la «superabundancia de los méritos de Cristo, se apoya en su mediación» y a él conduce (ib.). Los fieles que acceden a este santuario bien lo saben y lo ponen en práctica, al decir siempre con ella, mirando a Dios Padre, en el don de su Hijo amado, hecho presente entre nosotros por el Espíritu: «Glorifica mi alma al Señor» (Lc 1, 46).

3. Precisamente, cuando los fieles vienen a este santuario, como he querido venir yo también hoy, peregrino en esta tierra mexicana, ¿qué otra cosa hacen sino alabar y honrar a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, en la figura de María, unida por vínculos indisolubles con las tres personas de la Santísima Trinidad, como también enseña el Concilio Vaticano II? (cf. Lumen Gentium, n.º 53). Nuestra visita al santuario de Zapopán, la mía hoy, la vuestra tantas veces, significa por el hecho mismo la voluntad y el esfuerzo de acercarse a Dios y de dejarse inundar por él, mediante la intercesión, el auxilio y el modelo de María.

En estos lugares de gracia, tan característicos de la geografía religiosa mexicana y latinoamericana, el Pueblo de Dios, convocado en la Iglesia, con sus pastores, y en esta feliz ocasión, con quien humildemente preside en la Iglesia a la caridad (cf. Ignacio de Antioquía, ad Rom. prol.), se reúne en torno al altar y bajo la mirada materna de María, para dar testimonio de que lo que cuenta en este mundo y en la vida humana es la apertura al don de Dios, que se comunica en Jesús, nuestro Salvador, y nos viene por María. Esto es lo que da a nuestra existencia terrena su verdadera dimensión trascendente, como Dios la quiso desde el principio, como Jesucristo la ha restaurado con su Muerte y su Resurrección, y como resplandece en la Virgen Santísima.

María refugia de los pecadores.

Ella es el refugio de los pecadores («refugium peccatorum»). El Pueblo de Dios es consciente de la propia condición de pecado. Por eso, sabiendo que necesita una purificación constante «busca sin cesar la penitencia y la reconciliación» (LG n. 8). Cada uno de nosotros es consciente de ello: Jesús buscaba a los pecadores: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos, y no he venido yo a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Lc 5, 31-32). Al paralítico, antes de curarlo le dijo: «Hombre, tus pecados te son perdonados» (Lc 5, 20); y a una pecadora: «Vete y no peques más» (Jn 8, 11).

Los santuarios marianos lugares de conversión.

Si la conciencia del pecado nos oprime, buscamos instintivamente a Aquel que tiene el poder de perdonar los pecados (cf. Lc 5, 24) y lo buscamos por medio de María, cuyos Santuarios son lugares de conversión, de penitencia, de reconciliación con Dios.

Ella despierta en nosotros la esperanza de la enmienda y de la perseverancia en el bien, aunque a veces pueda parecer humanamente imposible.

Ella nos permite superar las múltiples «estructuras de pecado» en las que está envuelta nuestra vida personal, familiar y social. Nos permite obtener la gracia de la verdadera liberación, con esa libertad con la que Cristo ha liberado a todo hombre.

María modelo del cumplimiento de la voluntad de Dios.

4. De aquí parte también, como de su verdadera fuente, el compromiso auténtico por los demás hombres, nuestros hermanos, especialmente con los más pobres y necesitados, y por la necesaria transformación de la sociedad. Porque esto es lo que Dios quiere de nosotros y a esto nos envía, con la voz y la fuerza de su Evangelio al hacernos responsables los unos de los otros. María, como enseña mi predecesor Pablo VI en la Exhortación Apostólica «*Marialis Cultus*» (n. 37) es también modelo, fiel cumplidora de la voluntad de Dios, para quienes no aceptan pasivamente las circunstancias adversas de la vida personal y social, ni son víctima de la «alienación», como hoy se dice, sino que proclaman con ella que Dios es «vindicador de los humildes» y, si es el caso «depone del trono a los soberbios» para citar de nuevo el Magnificat (cf. Lc 1, 51-53). Porque ella es así «tipo del perfecto discípulo de Cristo, que es artífice de la ciudad terrena y temporal, pero tiende al mismo tiempo a la celestial y eterna, que promueve la justicia, libera a los necesitados, pero sobre todo es testigo de aquel amor activo que construye a Cristo en las almas» (*Marialis Cultus*, íb.).

María estrella de la evangelización.

Esto es María Inmaculada para nosotros en este santuario de Zapopán. Esto es lo que hemos venido a aprender hoy de ella, a fin de que ella sea siempre para estos fieles de Guadalajara, para la nación mexicana y para toda América Latina, con su ser cristiano y católico, la verdadera «estrella de la Evangelización».

5. Pero no quería acabar este coloquio sin añadir algunas palabras que considero importantes en el contexto de cuanto antes indicado.

Este santuario de Zapopán, y tantos otros diseminados por toda la geografía de México y América Latina, donde acuden anualmente millones de peregrinos con un profundo sentido de religiosidad, pueden y deben ser lugares privilegiados para el encuentro de una fe cada vez más purificada, que les conduzca a Cristo.

Orientaciones Pastorales.

Para ello será necesario cuidar con gran atención y celo la pastoral en los Santuarios marianos, mediante una liturgia apropiada y viva, mediante la predicación asidua y de sólida catequesis, mediante la preocupación por el ministerio del sacramento de la Penitencia y la depuración prudente de eventuales formas de religiosidad que presenten elementos mnos adecuados.

Hay que aprovechar pastoralmente estas ocasiones, acaso esporádicas, del encuentro con almas que no siempre son fieles a todo el programa de una vida cristiana, pero que acuden guiadas por una visión a veces incompleta de la fe, para tratar de conducir las al centro de toda piedad sólida, Cristo Jesús, Hijo de Dios Salvador.

De este modo la religiosidad popular se irá perfeccionando, cuando sea necesario, y la devoción mariana adquirirá su pleno significado en una orientación trinitaria, cristocéntrica y eclesial, como tan acertadamente enseña la Exhortación Apostólica «*Marialis Cultus*» (n. 25-27).

A los sacerdotes encargados de los Santuarios, a los que hasta ellos conducen peregrinaciones, les invito a reflexionar maduramente acerca del gran bien que pueden hacer a los fieles, si saben poner en obra un sistema de evangelización apropiado.

Sea María el camino.

No desaprovechéis ninguna ocasión de predicar a Cristo, de esclarecer la fe del pueblo, de robustecerla, ayudándole en su camino hacia la Trinidad Santa. Sea María el camino. A ello os ayude la Virgen Inmaculada de Zapopán. Así sea.

La vocación del sacerdocio

A los seminaristas, diocesanos y religiosos en el Seminario Mayor de Guadalajara.

Queridos seminaristas, diocesanos y religiosos, de México:

¡La paz del Señor sea siempre con vosotros!

El entusiasmo desbordante y afectuoso con que me recibís esta tarde me hace sentir profundamente conmovido. Es un gozo inmenso el que pruebo al compartir con vosotros estos momentos, que por vuestra parte corroboran sin lugar a duda el aprecio que sentís por el Papa delante de Dios, y esto me infunde consuelo y nuevo aliento (cf. 2 Cor 7, 13).

A través de vosotros, mi alegría interior se atiende a los queridos Hermanos en el Episcopado, a los sacerdotes, religiosos y a todos los fieles. Vaya a todos mi más entrañable agradecimiento por tantas atenciones y tanta cordialidad filiales, y más aún por su recuerdo en las plegarias al Señor. Puedo aseguraros que vuestra correspondencia unánime a esta mi «visita pastoral» a México, ha ido dando consistencia en mí, durante estos días, a un grato presentimiento. Os lo diré con palabras del Apóstol: «Me alegra poder contar con vosotros en todo» (2 Cor 7, 16).

1. Es para mí un motivo de satisfacción saberr que los Seminarios mexicanos tienen una larga y gloriosa tradición, que se remonta a los tiempos del Concilio de Trento, con la creación del Colegio «San Pedro», en esta ciudad de Guadalajara, el año 1570. A él se han ido sumando en el tiempo otros muchos centros de formación sacerdotal, diseminados por todo el territorio nacional, como demostración persistente de una fresca, pujante vitalidad eclesial. No quiero pasar por alto el ya centenario Colegio Mexicano en Roma, que tiene una misión tan importante: mantener viva la vinculación entre México y la Cátedra del Papa. Considero un deber ineludible de todos ayudarlo y sostenerlo para que cumpla tan primordial cometido con plena fidelidad a las normas del Magisterio y a las orientaciones dadas por la Sede de Pedro.

Esta solicitud histórica por crear nuevos Seminarios, suscita en mí sentimientos de complacencia y aplauso; pero lo que de modo especial me llena de esperanza es el continuo florecimiento de vocaciones sacerdotales y religiosas. Me siento feliz de veros aquí a vosotros, jóvenes rebosantes de alegría por haber dicho sí a la invitación del Señor, a servirlo con cuerpo y alma en su Iglesia, por el sacerdocio ministerial. Al igual que San Pablo, quiero abriros de par en par mi ánimo para deciros: «siento el corazón ensanchado...; pagadme con la misma moneda» (2 Cor. 6, 11-13).

2. Hace poco más de dos meses, cuando apenas había comenzado mi Pontificado, tuve una «audiencia eucarística» con los seminaristas romanos. Como a ellos, también hoy a vosotros os invito a escuchar atentamente al Señor que os habla al corazón; principalmente en la oración y en la liturgia, para ir descubriendo y enraizando, en lo hondo de vuestro ser, el sentido y el valor de la vocación.

Gloriosa tradición de los seminarios mexicanos.

El florecimiento de las vocaciones religiosas esperanza del Papa.

La verdad y el amor de Dios manifestados en la salvación del hombre.

Dios que es verdad y es Amor se nos ha manifestado en la historia de la creación y en la historia de la salvación: una historia incompleta aún, la de la humanidad, que «aguarda impaciente a que se revele lo que es ser hijos de Dios» (cf. Roma 8, 18). El mismo Dios nos ha escogido, nos ha llamado para infundir nueva fuerza en esa historia, ahora ya sabiendo que la salvación «es don de Dios, no viene de las obras, y que somos hechura suya, creados en Cristo Jesús» (Ef 1, 8-10). Una historia, por tanto, que es en los designios de Dios, también la nuestra, porque nos quiere obreros en su viña (Mt 20, 1-16), nos quiere embajadores suyos para salir al encuentro de todos e invitarlos a entrar en su banquete (Ibid. 22, 1-14), nos quiere samaritanos, que usan misericordia con el prójimo desvalido (Luc 10, 30 ss.).

3. Ya esto bastaría para vislumbrar de cerca cuán grande es la vocación. Experimentarla es un acontecimiento único, indecible que únicamente se percibe, como un soplo suave a través del toque desvelante de la gracia: un soplo del Espíritu que, al mismo tiempo que da perfil auténtico a nuestra frágil realidad humana —vaso de arcilla en manos del alfarero (cf. Rom 9, 20-21)—, enciende en nuestros corazones una luz nueva, infunde una fuerza extraordinaria que, cimentándonos en el amor, incorpora nuestra existencia al quehacer divino, a su plan de re-creación de hombre en Cristo, es decir, la formación de su nueva familia redimida. Estáis pues llamados a construir la Iglesia —comunidad con Dios—, algo muy por encima de lo que uno puede pedir o imaginar (cf. Ef 3, 14-21).

Llenaos de los sentimientos de Cristo.

4. Queridos seminaristas, que un día seréis ministros de Dios para plantar y regar el campo del Señor: aprovechad estos años en el seminario para llenaros de los sentimientos del mismo Cristo en el estudio, en la oración, en la obediencia, en la formación del propio carácter. Veréis cómo a medida que va madurando vuestra vocación en esta escuela, vuestra vida irá asumiendo gozosamente una marca específica, una indicación bien precisa: la orientación a los demás, como Cristo que «pastó haciendo el bien y sanando a todos» (He 10, 38). De este modo, lo que humanamente podría parecer un fracaso, se convierte en un radiante proyecto de vida ya examinado y aprobado por Jesús: no existir para ser servido sino para servir (Mt 20, 28).

No tengáis miedo. El Señor está con vosotros.

Como bien comprenderéis nada más lejano de la vocación que el aliciente de ventajas terrenas o la búsqueda de beneficios u honores: muy lejos también de ser la evasión de un ambiente de ilusiones frustradas o que se ofrece hostil o alienante. La buena nueva, para el llamado al servicio del pueblo de Dios, además de ser un llamamiento a cambiar y mejorar la propia existencia, es llamamiento a una vida ya transformada en Cristo que hay que anunciar y propagar.

Os baste con esto, queridos seminaristas. El resto lo sabréis poner vosotros con vuestro corazón abierto y generoso. Una cosa quiero añadir: amad a vuestros directores, educadores y superiores. A ellos incumbe la grata pero también difícil tarea de llevaros de la mano por el camino que conduce al sacerdocio. Ellos os ayudarán a adquirir el gusto de la vida interior, el hábito exigente de la renuncia por Cristo, del desprendimiento y, sobre todo, os contagiarán del «suave olor del conocimiento de Cristo» (cf. Cor. 2, 14). No tengáis miedo. El Señor está con vosotros y en todo momento es nuestra mejor garantía: «Sé de quién me he fiado» (2 Tim. 1, 12).

Con esta confianza en el Señor abrid vuestro corazón a la acción del Espíritu Santo: abridlo en un propósito de entrega que no sabe de reservas; abridlo al mundo que os espera y necesita; abridlo a la llamada que ya os dirigen tantas almas a las que un día podréis dar a Cristo en la Eucaristía, en la Penitencia, en la predicación de la Palabra revelada, en

el consejo amigable y desinteresado, en el testimonio alegre de vuestra vida de hombres en el mundo sin ser del mundo.

**Abrid vuestro corazón al
Espíritu Santo.**

Vale la pena dedicarse a la causa de Cristo, que quiere corazones valientes y decididos; vale la pena consagrarse al hombre por Cristo, para llevarle a El, para elevarlo, para ayudarlo en el camino hacia la eternidad; vale la pena hacer una opción por un ideal que os procurará grandes alegrías, aunque os exija también no pocos sacrificios. El Señor no abandona a los suyos.

Vale la pena vivir por el Reino ese precioso valor del cristianismo: el celibato sacerdotal, patrimonio plurisecular de la Iglesia; vivirlo responsablemente aunque os exija no pocos sacrificios. ¡Cultivad la devoción a María, la Madre Virgen del Hijo de Dios, para que os ayude y aliente a realizarlo plenamente!

Mas quiero reservar también una palabra especial a vosotros, educadores y superiores de casas de formación seminarística. Tenéis entre manos un tesoro eclesial. Cuidadlo con el mayor esmero y diligencia para que pueda producir los frutos esperados. Formad a estos jóvenes en la sana alegría, en el cultivo de una rica personalidad adaptada a nuestro tiempo. Pero formadla bin sólida en la fe, en los criterios del Evangelio, en la conciencia del valor de las almas, en un espíritu de oración capaz de afrontar los embates del futuro.

**Vivid responsablemente el
celibato sacerdotal.**

No recortéis la visión vertical de la vida ni rebajéis las exigencias que la opción por Cristo impone. Si proponemos ideales desvirtuados, son los jóvenes los primeros en no quererlos, porque desean algo que valga la pena, que sea ideal digno de una existencia. Aunque cueste.

¡Responsables de las vocaciones, sacerdotes, religiosos, padres y madres de familia! Dirijo a vosotros esas palabras. Comprometéos con generosidad en la tarea de procurar nuevas vocaciones, tan importantes para el futuro de la Iglesia. La escasez de vocaciones requiere un esfuerzo consciente por remediarlo. Y esto no se logrará si no sabemos orar, si no sabemos dar a la vocación al sacerdocio, diocesano o religioso, el aprecio y estima que merece.

Os doy a todos mi bendición. ¡Jóvenes seminaristas, Cristo os espera! No podéis dafraudarle.



Los universitarios y el reino de Cristo

Encuentro con los universitarios de México en el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe.

Saludo a los universitarios.

Queridos hermanos y hermanas del mundo universitario católico:

1. Con inmensa alegría y esperanza acudo a esta cita con vosotros, estudiantes, profesores y auxiliares de las Universidades Católicas de México, en los que veo también al mundo universitario de América Latina entera.

Recibid mi saludo más cordial. Es el saludo de quien se encuentra tan a gusto entre la juventud, en la que cifra tantísimas esperanzas, sobre todo cuando se trata de sectores tan calificados como los que van pasando por las aulas universitarias, preparándose para un futuro que será determinante en la sociedad.

Permitidme que en primer lugar ponga un recuerdo para los miembros de la Universidad Católica La Salle, en cuyo recinto debía celebrarse este encuentro. Pero no es menos cordial mi recuerdo para las otras Universidades Católicas mexicanas: Universidad Ibero Americana, Universidad Anáhuac, Universidad de Monterrey, Instituto Superior de Ciencias de la Educación en Ciudad de México, Facultad de Contaduría Pública de Veracruz, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente en Guadalajara, Universidad Motolinía, Universidad Femenina de Puebla, Facultad canónica de Filosofía con sede en esta Ciudad, y Facultad— todavía en ciernes— de Teología, igualmente en esta metrópoli.

Se trata de universidades jóvenes. Tenéis sin embargo una antepasada venerable en la «Real y Pontificia Universidad de México», fundada el 21 de septiembre de 1551, con la finalidad explícita de que en ella «los naturales y los hijos de los españoles fuesen instruidos en las cosas de la santa fe católica y en las demás facultades».

Hay también entre vosotros —y ciertamente son numerosísimos en todo el territorio mexicano— profesores y estudiantes católicos que enseñan o estudian en las Universidades de diversa denominación. A ellos igualmente dirijo mi afectuoso saludo y manifiesto mi profundo gozo al saber que todos estáis comprometidos de la misma forma en la instauración del Reino de Cristo.

Comprometidos en la instauración del Reino de Cristo.

Alarguemos ahora la vista por el vasto horizonte latinoamericano. Así mi saludo y pensamiento se detendrá complacido en tantos otros Centros Católicos Universitarios, que en cada Nación son motivo de legítimo orgullo, donde convergen tantas miradas ilusionadas, de donde se irradian la cultura y civismo cristianos, donde se forman las personas en un clima de concepción integral del ser humano, con rigor científico y con una visión cristiana del hombre, de la vida, de la sociedad, de los valores morales y religiosos.

2. Y ahora, ¿qué más os puedo decir en estos momentos que necesariamente habrán de ser breves?, ¿qué puede esperar el mundo universitario católico mexicano y latinoamericano de la palabra del Papa?

LA UNIVERSIDAD CATOLICA

Creo poder resumirlo, bastante sintéticamente, en tres observaciones, siguiendo la línea de mi venerado predecesor el Papa Pablo VI.

Una universidad católica ha de encontrar su significado en Cristo y en su mensaje.

a) La primera es que la Universidad Católica debe ofrecer una aportación específica a la Iglesia y a la sociedad, situándose en un nivel de investigación científica elevado, de estudio profundo de los problemas, de un sentido histórico adecuado. Pero esto no basta para una Universidad Católica. Esta debe encontrar su significado último y profundo en Cristo, en su Mensaje salvífico, que abarca al hombre en su totalidad, y en las enseñanzas de la Iglesia.

Todo esto supone la promoción de una cultura integral, es decir, la que mira al desarrollo completo de la persona humana, en la que resalten los valores de la inteligencia, voluntad, conciencia, fraternidad, basados todos en Dios Creador y que han sido elevados maravillosamente en Cristo (cf. *Gaudium et spes*, 61): una cultura que se dirija de modo desinteresado y genuino al bien de la comunidad y de toda la sociedad.

Una universidad católica ha de formar hombres cristianos, que sinteticen su vida con su fe.

b) La segunda observación es que la Universidad Católica debe ser formadora de hombres realmente insignes por su saber, dispuestos a ejercer funciones comprometidas en la sociedad y a testimoniar su fe ante el mundo (*Graviss, educat.*, 10). Finalidad que hoy es indudablemente decisiva. A la formación moral y cristiana, no considerada como algo que se añade desde fuera, sino como un aspecto con el que la institución académica resulte, por así decirlo, especificada y vivida. Se trata de promover y realizar en los Profesores y en los estudiantes una síntesis cada vez más armónica entre fe y razón, entre fe y cultura, entre fe y vida. Dicha síntesis debe procurarse no sólo a nivel de investigación y enseñanza, sino también a nivel educativo-pedagógico.

Debe ser ámbito de cristianismo vivo y operante.

c) La tercera observación es que la Universidad Católica debe ser un ámbito en el que el cristianismo sea vivo y operante. Es una vocación irrenunciable de la Universidad Católica dar testimonio de ser una comunidad seria y sinceramente comprometida en la búsqueda científica, pero también caracterizada visiblemente por una vida cristiana auténtica. Esto supone, entre otras cosas, una revisión de la figura del profesor, el cual no puede ser considerado únicamente como un simple transmisor de ciencia, sino también y sobre todo como un testigo y educador de vida cristiana auténtica. En este privilegiado ambiente de formación, vosotros, queridos estudiantes, estáis llamados a una colaboración consciente y responsable, libre y generosa, para realizar vuestra misma formación.

3. La implantación de una pastoral universitaria, ya sea como pastoral de las inteligencias ya sea como fuente de vida litúrgica, y que debe atender a todo el sector universitario de la Nación, no dejará de encontrar frutos preciosos de elevación humana y cristiana.

Queridos hijos que os dedicáis completa o parcialmente al sector universitario católico de vuestros respectivos Países, y todos vosotros que, en cualquier ambiente universitario, estáis comprometidos en implantar el Reino de Dios:

— cread una verdadera familia universitaria, empeñada en la búsqueda, no siempre fácil, de la verdad y del bien, aspiraciones supremas del ser racional y bases de sólida y responsable estructura moral;

— perseguir una seria actividad investigadora, orientadora de las nuevas generaciones hacia la verdad, hacia la mudarez humana y religiosa;

Para una Pastoral universitaria.

Oración a la VIRGEN

¡Oh Virgen Inmaculada,
Madre del verdadero Dios y Madre de la Iglesia!
Tú, que desde este lugar manifiestas
tu clemencia y tu compasión
a todos los que solicitan tu amparo;
escucha la oración que con filial confianza te dirigimos,
y preséntala ante tu Hijo Jesús, único Redentor nuestro.

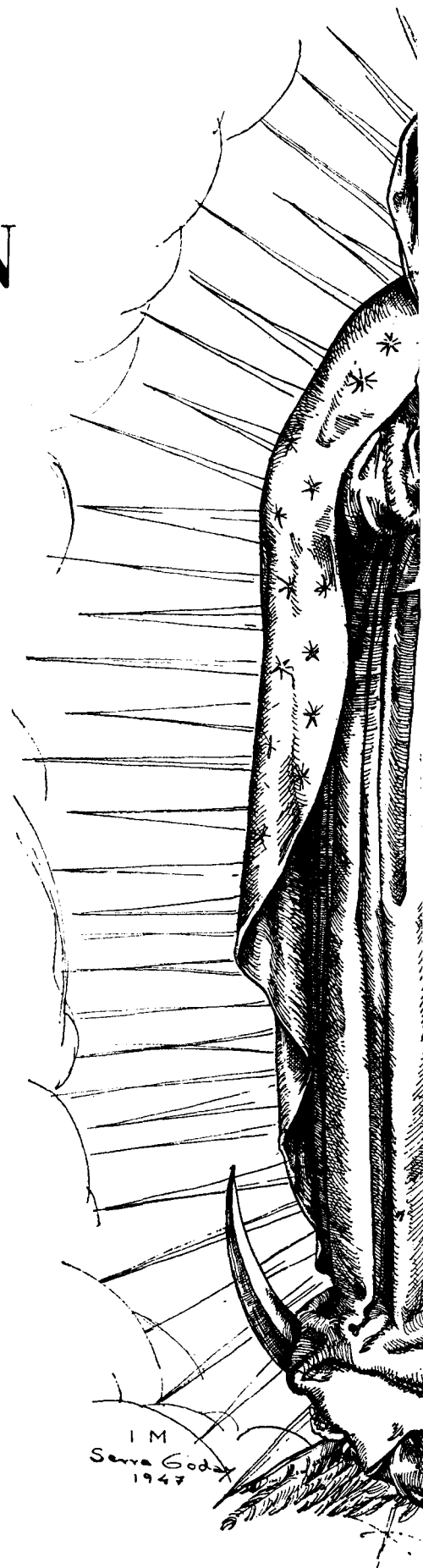
Madre de misericordia, Maestra del sacrificio escondido y silencioso.
a Ti, que sales al encuentro de nosotros, los pecadores
te consagramos en este día todo nuestro ser y todo nuestro amor.
Te consagramos también nuestra vida, nuestros trabajos,
nuestras alegrías, nuestras enfermedades y nuestros dolores,

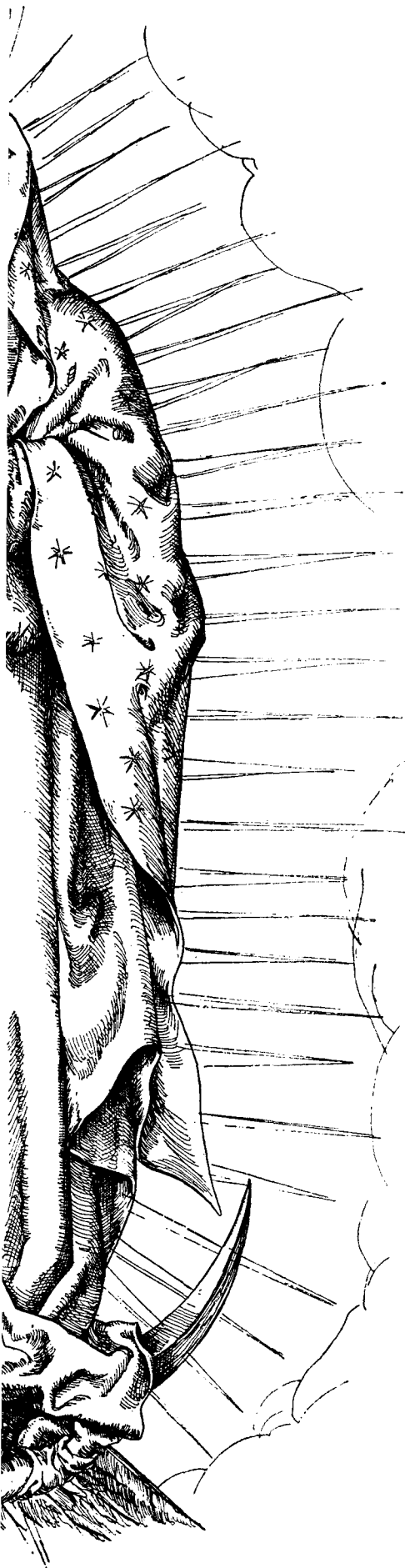
Da la paz, la justicia y la prosperidad a nuestros pueblos;
ya que todo lo que tenemos y somos lo ponemos bajo tu cuidado,
Señora y Madre nuestra.

Queremos ser totalmente tuyos y recorrer contigo el camino
de una plena fidelidad a Jesucristo en su Iglesia:
no nos sueltes de tu mano amorosa.

Virgen de Guadalupe, Madre de las Américas,
te pedimos por todos
los Obispos, para que conduzcan a los fieles por senderos
de intensa vida cristiana, de amor y de humilde servicio a Dios
y a las almas.

Contempla esta inmensa mies, e intercede para que el Señor infunda
hambre de santidad en todo el Pueblo de Dios,
y otorgue abundantes





DE GUADALUPE

vocaciones de sacerdotes y religiosos, fuertes en la fe y celosos dispensadores de los misterios de Dios.

Concede a nuestros hogares la gracia de amar y de respetar la vida que comienza, con el mismo amor con el que concebiste en tu seno la vida del Hijo de Dios.

Virgen Santa María, Madre del Amor Hermoso, protege a nuestras familias, para que estén siempre muy unidas, y bendice la educación de nuestros hijos.

Esperanza nuestra, míranos con compasión, enséñanos a ir continuamente a Jesús y, si caemos, ayúdanos a levantarnos, a volver a El, mediante la confesión de nuestras culpas

y pecados en el Sacramento de la Penitencia, que trae sosiego al alma.

Te suplicamos que nos concedas un amor muy grande a todos los santos Sacramentos, que son como las huellas que tu Hijo nos dejó en la tierra.

Así, Madre Santísima, con la paz de Dios en la conciencia, con nuestros corazones libres de mal y de odios, podremos llevar a todos la verdadera alegría y la verdadera paz que vienen de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que con Dios Padre y con el Espíritu Santo, vive y reina por los siglos de los siglos.

Amén.

JUAN PABLO II

México, enero de 1979

— trabajad infatigablemente para el progreso auténtico y completo de vuestras Patrias. Sin prejuicios de ningún tipo, dad la mano a quien se propone, como vosotros, la construcción del auténtico bien común;

— unid vuestras fuerzas de Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, de laicos, en la programación y realización de vuestros centros académicos y de sus actividades;

— caminad alegres e infatigables bajo la guía de la Santa Madre Iglesia, cuyo Magisterio, prolongamiento del de Cristo, es garantía única para no perder el justo camino, y guía segura hacia la herencia imperecedera que Cristo reserva a quien le es fiel.

Invocación a la Sede de la Sabiduría.

Os encomiendo a todos a la Eterna Sabiduría: «esplendente e inmarcesible es la sabiduría; fácilmente se deja ver de los que la aman y es hallada por los que la buscan» (Sab. 6, 12).

¡Que la Sede de la Sabiduría, a la que México y toda América Latina venera en el Santuario de Guadalupe, os proteja a todos bajo su manto maternal! Así sea. Y muchas gracias por vuestra presencia.

DIFUNDIR LA VERDAD

Al finalizar su estancia en Ciudad de México, el Santo Padre recibió a los periodistas encargados de dar la información de su viaje.

Queridos amigos del mundo de la información:

En muchas ocasiones, durante estas jornadas que el entusiasmo de los mexicanos ha hecho febriles y emocionadas, momentos llenos de belleza y significación religiosa transcurridos en lugares y ambientes inolvidables, he tenido la oportunidad de observaros mientras acudiais de un lugar a otro llenos de la determinación y empeño que distingue vuestra tarea informativa.

Me encuentro ahora a punto de regresar a Roma, después de haber asistido al inicio de este importante acontecimiento eclesial, maravilloso por su significado profundo de unidad y creatividad de futuro de la Iglesia, que es la Conferencia de Pueblo, y haber peregrinado por las inolvidables tierras de la Virgen de Guadalupe. Y agradezco a la Providencia que en este momento me dé la esperada ocasión de encontrar a los profesionales de la información, que han querido acompañarme en este viaje.

Agradecimiento del Papa.

Muchos continuaréis aquí, para seguir llevando a la opinión pública el acontecer de Puebla, otros me acompañarán a mi regreso, mientras otros se verán reclamados por otras misiones. En todo caso vale la pena arrancar unos minutos a nuestro apretado horario para poder estar juntos, reflexionar y charlar un poco, esta vez de persona a persona. Por una vez sin tener como intermediario ningún medio de transmisión o estar en función de hacer presentes espiritualmente auditorios lejanos. Disfrutemos sin más de la alegría de estar juntos.

Desde luego no se me olvida que detrás de las cámaras se encuentra una persona, que una persona es la que habla a través del micrófono, que es una persona la que perfila y corrige cada línea del artículo que publicará el periódico de mañana. Quisiera, en este breve encuentro, ofrecer a todos mi gratitud y respeto, y dirigirme a cada uno con su

nombre. Siento el deseo y la necesidad de agradecer a cada cual el trabajo de estos días y el que se va a continuar en Puebla, que reflejará una Iglesia que acoge todas las culturas, talentos e iniciativas, con tal que vayan dirigidas a la construcción del Reino de Dios.

Comprendo las tensiones y dificultades en las que se desarrolla vuestro trabajo. Sé bien el esfuerzo que requiere la comunicación de la noticia. Imagino la fatiga que supone trasladar, montar y desmontar, de una parte a otra, todo este complicado utillaje vuestro. Me doy cuenta también de que el vuestro es un trabajo que exige largos desplazamientos y os separa de la familia y amigos. No es una vida fácil, pero, en compensación, como toda actividad creativa, en especial la que significa un servicio a los demás, os ofrece un especial enriquecimiento. Seguro que todos tenéis experiencia de ello.

Recuerdo ahora una ocasión análoga, hace pocas semanas, en que tuve ocasión de charlar con los profesionales que acudieron a informar sobre mi elección e inauguración del Pontificado. Hice referencia a esta profesión como una «vocación». Uno de los documentos más importantes de la Iglesia, sobre las comunicaciones sociales, declara que «es necesario que el hombre de nuestro tiempo conozca las cosas plena y fielmente, adecuada y exactamente» (*Communio et progressio*, 34), y proclama que cuando una información así viene facilitada por los medios de comunicación social «todos los hombres se hacen partícipes... de los asuntos de toda la humanidad» (CP, 19).

Buscar y servir a la verdad.

Con vuestro talento y experiencia, vuestra competencia profesional, la necesaria inclinación y los medios que están a vuestra disposición, podéis facilitar este gran servicio a la humanidad. Y sobre todo, como lo mejor de vosotros mismos, queréis ser buscadores de la verdad, para ofrecerla a todo aquel que quiera oírla. Servid ante todo a la verdad, a lo que construye, a lo que mejora y dignifica al hombre.

En la medida en que persigáis este ideal, os aseguro que la Iglesia permanecerá a vuestro lado, porque éste es su ideal también. Ella ama la verdad y la libertad; libertad de conocer la verdad, de predicarla, de comunicarla a los demás.

La Iglesia ama la verdad y la libertad.

Ha llegado el momento de saludarnos y de renovaros mi gratitud por el servicio prestado a la difusión de la verdad que se manifiesta en Cristo, y que se está expresando estos días en actos de la mayor importancia para la vida de la fe en estos países americanos, tan próximos a la Iglesia. Nos despedimos con respeto y amistad, dispuestos a ser consecuentes con nuestros mejores ideales. El Papa se complace en saludaros y bendeciros, recordando los medios que representáis: diarios, cadenas televisivas, emisoras radiofónicas, y también a vuestras familias. Por vosotros y por ellas ofrezco frecuentemente mi oración. Que el Señor os acompañe.

El trabajo colaboración con Dios

A los trabajadores de Monterrey.

Agradecimiento a los obreros de Monterrey.

Campesinos, empleados y, sobre todo, obreros de Monterrey. Gracias por todo lo que he podido oír. Gracias por todo lo que puedo ver. A todos y a cada uno muchas gracias.

Os agradezco de corazón esta acogida tan calurosa y cordial en vuestra ciudad industrial de Monterrey. En torno a ella discurre vuestra existencia y se desarrolla vuestro trabajo diario para ganáros el pan y el pan de vuestros hijos. Ella es testigo también de vuestras penas y de vuestras aspiraciones. Ella es obra vuestra, obra de vuestras manos y de vuestra inteligencia, y en este sentido símbolo de vuestro orgullo de trabajadores y un signo de esperanza para un nuevo progreso y para una vida cada vez más humana. Me siento feliz de encontrarme entre vosotros como hermano y amigo vuestro, como compañero de trabajo en esta ciudad de Monterrey, que es para México algo parecido a lo que significa Nueva Hutta en mi lejana y querida Cracovia. No olvido los años difíciles de la guerra mundial, en los que yo mismo tuve la experiencia directa de un trabajo físico como el vuestro, de una fatiga cotidiana y su dependencia, de su pesadez y monotonía.

Conozco muy bien las necesidades de los trabajadores.

He compartido las necesidades de los trabajadores, sus justas exigencias y sus legítimas aspiraciones. Conozco muy bien la necesidad de que el trabajo no enajene y frustre, sino que corresponda a la dignidad superior del hombre. Puedo dar testimonio de una cosa: en los momentos de mayor prueba el pueblo de Polonia ha encontrado en su fe en Dios, en su confianza en la Virgen María Madre de Dios, en la comunidad eclesial unida en torno a sus Pastores, una luz superior a las tinieblas, y una esperanza inquebrantable. Sé que estoy hablando a trabajadores que son conscientes de su condición de cristianos y que quieren vivir esa condición con todas sus energías y consecuencias. Por eso el Papa quiere haceros algunas reflexiones que tocan vuestra dignidad como hombres y como hijos de Dios. De esa doble fuente brotará la luz para conformar vuestra existencia personal y social. En efecto, si el espíritu de Jesucristo habita en nosotros, debemos sentir la preocupación prioritaria por aquellos que no tienen el conveniente alimento, vestido, vivienda, ni tienen acceso a los bienes de la cultura. Dado que el trabajo es fuente del propio sustento, es colaboración con Dios en el perfeccionamiento de la naturaleza, es un servicio a los hermanos que ennoblece al hombre, los cristianos no pueden despreocuparse del problema del desempleo de tantos hombres y mujeres, sobre todo jóvenes y cabezas de familia, a quienes la desocupación conduce al desánimo y a la desesperación. Los que tienen la suerte de poder trabajar aspiran a hacerlo en condiciones más humanas, más seguras, a participar más justamente en el fruto del esfuerzo común en lo referente a salarios, seguridad social, posibilidades de desarrollo cultural y espiritual. Quieren ser tratados como hombres libres y responsables, llamados a participar en las decisiones que conciernen a su vida y a su futuro. Es derecho fundamental suyo crear libremente organizaciones para defender y promover sus intereses y para contribuir responsablemente al bien común. La tarea es inmensa y compleja. Se ve complicada hoy por la crisis económica mundial, por el desorden de círculos comerciales y financieros injustos, por el agotamiento rápido de algunos recursos, y por los riesgos de contaminación irreversibles del ambiente biofísico.

Es derecho de los trabajadores participar en lo que concierne a su vida y a su futuro.

Para participar realmente en el esfuerzo solidario de la humanidad los pueblos de América Latina exigen con razón que se les devuelva su justa responsabilidad sobre los bienes que la naturaleza les ha confiado y las condiciones generales que les permitan conducir un desarrollo en conformidad con su espíritu propio con la participación de todos los grupos humanos que los componen: Se hacen necesarias innovaciones atrevidas y renovadoras para superar las graves injusticias heredadas del pasado y para vencer el desafío de las transformaciones prodigiosas de la humanidad.

Se necesitan innovaciones atrevidas y renovadoras.

En todos los niveles, nacional e internacional, y por parte de todos los grupos sociales, de todos los sistemas, las realidades nuevas exigen aptitudes nuevas. La denuncia unilateral del otro y el fácil pretexto de las ideologías ajenas, fueren cuales fueren, son coartadas cada vez más irrisorias. Si la humanidad quiere controlar una evolución que se le escapa de la mano, si quiere sustraerse a la tentación materialista que gana terreno en una huida hacia adelante desesperada, si quiere asegurar el desarrollo auténtico a los hombres y a los pueblos, debe revisar radicalmente los conceptos de progreso, que bajo sus diversos nombres, han dejado atrofiar los valores espirituales.

La Iglesia ofrece su ayuda.

La Iglesia ofrece su ayuda. Ella no teme denunciar con fuerza los ataques a la dignidad humana. Pero reserva lo esencial de sus energías para ayudar a los hombres y grupos humanos, a los empresarios y trabajadores para que tomen conciencia de las inmensas reservas de bondad que llevan dentro, que ellos han hecho ya fructificar en su historia y que hoy deben dar frutos nuevos.

El movimiento obrero, al que la Iglesia y los cristianos han aportado una contribución original y diversa, particularmente en este continente, reivindica su justa parte de responsabilidad en la construcción de un nuevo orden mundial. El ha recogido las aspiraciones comunes de libertad y de dignidad. Ha desarrollado los valores de solidaridad, fraternidad y amistad. En la experiencia compartida, ha suscitado formas de organización originales, mejorando sustancialmente la suerte de numerosos trabajadores, y contribuyendo, por más que no siempre se quiera decirlo, a dejar una huella en el mundo industrial. Apoyándose en este pasado, deberá comprometer su experiencia en la búsqueda de nuevas vías, renovarse a sí mismo y contribuir de manera aún más decisiva a construir la América Latina del mañana.

Recuerdo de Paulo VI.

Hace diez años que mi predecesor el Papa Pablo VI estuvo en Colombia. Quería traer a los pueblos de América Latina el consuelo del Padre Común. Quería abrir a la Iglesia Universal las riquezas de las Iglesias de este continente. Algunos años después, celebrando el octogésimo aniversario de la primera Encíclica Social, la «Rerum Novarum», escribía: «La enseñanza social de la Iglesia acompaña con todo su dinamismo a los hombres en su búsqueda. Si bien no interviene para dar autenticidad a una estructura determinada o para proponer un modelo prefabricado, ella no se limita simplemente a recordar unos principios generales. Se desarrolla por medio de una reflexión madurada al contacto con situaciones cambiantes de este mundo, bajo el impulso del Evangelio como fuente de renovación desde el momento que su mensaje es aceptado en su totalidad y en sus exigencias. Se desarrolla con la sensibilidad propia de la Iglesia, marcada por una voluntad desinteresada de servicio, y una atención a los más pobres. Finalmente se alimenta en una experiencia de muchos siglos, lo que permite asumir en la continuidad de sus preocupaciones permanentes la innovación atrevida y creadora que requiere la situación presente del mundo». Son palabras de Pablo VI.

Queridos amigos: en fidelidad a esos principios la Iglesia quiere hoy llamar la atención sobre un fenómeno grave y de gran actualidad: el pro-

El problema de los emigrantes.

Hay que mirar a la persona del trabajador.

No nos quedemos en el hombre: Dios os ama.

blema de los emigrantes. Non podemos cerrar los ojos a la situación de millones de hombres que en su búsqueda de trabajo y del propio pan, han de abandonar su patria y muchas veces la familia, afrontando las dificultades de un ambiente nuevo no siempre agradable y acogedor, una lengua desconocida y condiciones generales, que les sumen en la soledad y a veces en la marginación a ellos, a sus mujeres y a sus hijos, cuando no se llega a aprovechar esas circunstancias para ofrecer salarios más bajos, recortar los beneficios de la seguridad social y asistencial, a dar condiciones de viviendas indignas de seres humanos. Hay ocasiones en que el criterio puesto en práctica es el de procurar el máximo rendimiento del trabajador emigrante sin mirar a la persona. Ante este fenómeno la Iglesia sigue proclamando que el criterio a seguir en éste, como en otros campos, no es el de hacer prevalecer lo económico, lo social, lo político por encima del hombre, sino que la dignidad de la persona humana está por encima de todo lo demás y a ello hay que condicionar el resto.

Crearíamos un mundo muy poco habitable si sólo se mirase a tener más y no se pensara ante todo en la persona del trabajador, en su condición de ser humano y de hijo de Dios, llamado a una vocación eterna, si no se pensara en ayudarle a ser más. Ciertamente, por otra parte, el trabajador tiene unas obligaciones que ha de cumplir con lealtad, ya que sin ello no puede haber un recto orden social.

A los poderes públicos, a los empresarios y a los trabajadores invito con todas mis fuerzas a reflexionar sobre estos principios y a deducir las consiguientes líneas de acción. No faltan ejemplos, hay que reconocerlo también, en los que se ponen en práctica con ejemplaridad estos principios de la doctrina social de la Iglesia. Me complazco de ello. Alabo a los responsables, y aliento a imitar este buen ejemplo. Ganará con ello la causa de la convivencia y hermandad entre grupos sociales y naciones. Podrá ganar aún la misma economía. Sobre todo ganará ciertamente la causa del ser humano.

Pero no nos quedemos en el solo hombre. El Papa os trae también otro mensaje. Un mensaje que es para vosotros, trabajadores de México y de América Latina: abríos a Dios. Dios os ama. Cristo os ama. La Madre de Dios, la Virgen María, os ama. La Iglesia y el Papa os aman y os invitan a seguir la fuerza arrolladora del amor que todo puede superar y construir. Hace casi dos mil años, cuando Dios nos envió a su Hijo no esperó a que los esfuerzos humanos hubieran eliminado previamente toda clase de injusticias. Jesucristo vino a compartir nuestra condición humana con su sufrimiento, con sus dificultades, con su muerte. Antes de transformar la existencia cotidiana, El supo hablar al corazón de los pobres, liberarlos del pecado, abrir sus ojos a un horizonte de luz y colmarlos de alegría y de esperanza. Lo mismo hace hoy Jesucristo que está presente en vuestras Iglesias, en vuestras familias, en vuestros corazones, en toda vuestra vida. Abridle todas las puertas. Celebremos todos juntos en estos momentos con alegría el amor de Jesús y de su Madre. Nadie se sienta excluido, en particular los más desdichados, pues esta alegría que proviene de Jesucristo no es insultante para ninguna pena. Tiene el sabor y el calor de la amistad que nos ofrece Aquel que sufrió más que nosotros, que murió en la cruz por nosotros, que nos prepara una morada eterna a su lado y que ya en esta vida proclama y afirma nuestra dignidad de hombres, de hijos de Dios.

Estoy con amigos trabajadores y me quedaría con vosotros mucho más tiempo. Pero he de concluir. A vosotros aquí presentes, a vuestros compañeros de México, y a cuantos compatriotas vuestros trabajan fuera del suelo patrio, a todos los obreros de América Latina, os dejo mi saludo de amigo, mi bendición y mi recuerdo. A todos, a vuestros hijos y familiares, mi abrazo de hermano.

Discurso en la escala de las Bahamas

Os estoy agradecido por este recibimiento. Es para mí una grande alegría poder parar en Nassau, en mi regreso a Roma; una gran alegría estar con la amada gente de Las Bahamas.

Mi primera felicitación es para las autoridades de esta nación joven y de reciente independencia. Cariñosamente habéis facilitado mi visita, y deseo aseguraros mi cordial gratitud. Además, tenéis mis oraciones para el fiel cumplimiento de las grandes tareas que estáis llamados a realizar al servicio de todos los hombres y mujeres de esta nación.

Estando aquí esta tarde con vosotros, tengo la oportunidad de formular mis mejores deseos para toda la población de Las Bahamas. Mi deseo para cada una es que haya un progreso constante a lo largo del camino del auténtico e integral progreso humano. Con el convencimiento profundo de la elevada dignidad de la persona humana, que toda la gente de estas islas haga sus individuales y singulares contribuciones al bien común de todos, un bien común que abarca los deberes y derechos personales de todos los ciudadanos.

Estar con vosotros es también compartir la esperanza de que, como una nación moderna dentro de la familia de naciones, haréis vuestra especial contribución a la sociedad; que ayudaréis a construir el edificio de la paz del mundo sobre las sólidas columnas de la verdad y la justicia, la caridad y la libertad. Y que Dios bendiga todos vuestros esfuerzos y os ayude a cumplir este importante papel para el beneficio de esta generación y de las que vengan.

En esta maravillosa ocasión deseo dirigir un especial saludo a todos los hijos e hijas de la Iglesia Católica. Yo os aseguro todo mi amor en Nuestro Señor Jesucristo, y creo que mi presencia es para vosotros una clara realidad de los grandes vínculos de fe y caridad que os unen con los católicos de cualquier lugar de la tierra. Yo pido que encontréis fortaleza y alegría en esta solidaridad y compañerismo, y que constantemente deis amplitud a vuestra creencia mediante la autenticidad de vuestras vidas cristianas. Las palabras de Jesús son una continua exigencia para todos

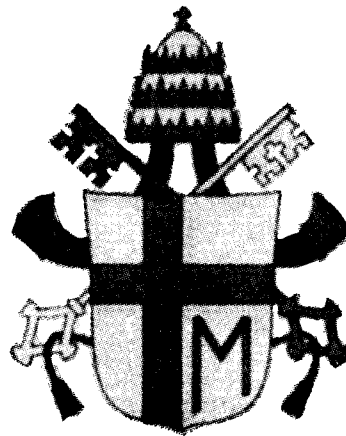
nosotros: «Que vuestra luz brille delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt. 5, 16).

Con profundo respeto y amor fraternal deseo también saludar a los otros cristianos de Las Bahamas; hermanos en Cristo, a todos los que con nosotros confiesan que «Jesucristo es el Hijo de Dios» (1 Ion, 4, 15).

Estad seguros de nuestro deseo de colaborar leal y perseverantemente con el fin de alcanzar, por la gracia de Dios, la unidad deseada por Cristo el Señor. Mi expresión de amistad se dirige igualmente a todos los hombres y mujeres de buena voluntad residentes en esta región del Océano Atlántico. Como hijos de un Padre Celestial estamos unidos en la solidaridad del amor y en fomentar al máximo la incomparable dignidad de la persona humana.

En este momento, pues, durante esta pequeña parada, siento la esperanza que está en todos vosotros —la gente de Las Bahamas— una esperanza en vuestro futuro que es vasto como el Océano que os rodea. Es privilegio mío compartir esta esperanza con vosotros y darle expresión ahora, siendo cierto que os sostendrá en todos vuestros meritorios esfuerzos como gente unida. Pido a Dios que os lleve al completo logro de vuestro destino. Que dé a la gente de Las Bahamas bendiciones ricas y duraderas. Que asista a los pobres, conforme a los enfermos, guíe a la juventud y traiga paz a todos los corazones.

¡Dios bendiga a Las Bahamas, hoy y siempre!



TELEGRAMAS

Excmo. Sr. José López Portillo — Presidente de México — Ciudad de México.

Al término de esta mi complaciente visita a México, de donde me llevo incontables muestras de atención e inolvidables pruebas de entrañable afecto, quiero reiterar con mis más complacientes respetos a Vuestra Excelencia mi también sincera gratitud al pueblo fiel mexicano de cuya riqueza espiritual y humana, entusiasta viva religiosidad y ferviente devoción mariana conservaré imperecedero en mi corazón un diáfano testimonio y gratisimo recuerdo.

*Excmo. Sr. Fidel Castro Ruz.
Presidente del Consejo de Estado de Cuba. La Habana.*

Al atravesar el espacio aéreo de Cuba en viaje pastoral a México me es grato enviar a Vuestra Excelencia y a todos los amadísimos cubanos un cordial saludo acompañado de mis más fervientes deseos de prosperidad para esa querida nación cuyas nobles virtudes aprecio sinceramente.

*Excmo. Sr. Gobernador General de Las Bahamas, Nassau.
Al dejar Bahamas le reitero mi agradecimiento por la acogida que se me ha tributado. El recuerdo de mi visita me hará perseverar en la oración para todo el querido pueblo de su país.*

*Excmo. Sr. Sandro Pertini.
Presidente de la República Italiana.*

Con el alma rebotante de emociones intensas, al volver de este viaje apostólico que me ha llevado a los pueblos generosos y fuertes de América Latina, en los que he admirado la fe cristiana ardiente y la voluntad firme de progreso en la justicia, dirijo a usted y a toda la nación italiana mi saludo deferente y expreso mi sincero deseo, avalorado por la oración, de prosperidad serena, concordia eficiente y paz estable.

TELEGRAMA AL REY SOBREVOLANDO ESPAÑA

Al sobrevolar hoy suelo español de regreso de tierra del Nuevo Mundo tan vinculado a la queridísima España por un excelente patrimonio de lengua, religiosidad y cultura, pláceme transmitir mi más cordial y afectuoso saludo a Vuestras Majestades y a todo el pueblo español al que, tras haber recordado en mis plegarias ante la Virgen de Guadalupe para que siga haciendo tesoro de su fe genuina y dando testimonio de sus virtudes cristianas, enviamos una especial Bendición Apostólica.

JOANNES PAULUS, PP. II

El Papa deja con vosotros su palabra

Mensaje al episcopado de América Central y de las Antillas

Queridos Hermanos:

Antes de dejar el suelo de México siento la necesidad de enviar a vosotros y, por vuestro conducto, a todos los fieles confiados a vuestros cuidados Pastorales un paterno saludo.

Saludo marcado con el signo de la pena por no haber podido visitar a esos queridos hijos, aún estando tan cerca de vuestros países.

Pena que se traduce en una expresión más profunda de amor.

Decidles que el Papa, en los días que ha vivido en el Nuevo Continente, ha pensado mucho en ellos y ha rezado mucho por ellos.

La vecindad material debida a mi visita a México, me ha hecho sentir más vivamente mi afecto y mi interés por toda la América Latina, y en particular he recordado con especial amor a todo el archipiélago de Las Antillas durante mi breve estancia en Santo Domingo.

Ahora que mi pensamiento y mi afecto está más cercano a vosotros viene a mi memoria de manera especial el recuerdo de las calamidades materiales que aún hace poco tiempo flagelaron a algunos países, muy singularmente a Guatemala y Nicaragua. Damos gracias a Dios que el proceso de reconstrucción continúa realizándose satisfactoriamente.

¡Si pudieseis comprender cuánto desea el Papa que las gentes de estos países fuesen comprendidas en toda su dimensión de seres humanos, y que los que tienen en sus manos las posibilidades y el poder lo ejercitaran con una justicia cabal que es condición de la paz y el desarrollo de los pueblos!

El Papa regresa a Roma, pero queda con vosotros su palabra: Que sea un estímulo constante a que sigáis trabajando con renovado esfuerzo cada día para que el gran amor a vuestras patrias se manifieste a través de vuestro empeño en favor del bien y de la convivencia fraterna de esa gran familia que componen todos y cada uno de los países del continente americano.

Al impartir a los Obispos, y por su medio a todos los pueblos de estas tierras la Bendición, el Papa desea consolidar, acrecentar y hacer más profundos estos lazos que se han establecido gracias a su misión Pastoral.

Sea alabado Dios omnipotente que nos ha permitido, con motivo de la Conferencia del Episcopado Latino-Americano, hacer por unos días el centro de la Iglesia en tierras de América, días todos importantes para el presente y el futuro de la evangelización en ese amado y gran continente.

En cumplimiento del mandato de Cristo

A su llegada al aeropuerto de Fiumicino Juan Pablo II pronunció las siguientes palabras contestando al Presidente del Consejo de Ministros de Italia:

Con vivo complacencia he escuchado, Sr. Presidente del Consejo de Ministros, las amables palabras de saludo y de augurio que ha querido dedicarme también en nombre del Gobierno italiano.

Al término de este mi primer viaje apostólico que me ha llevado a la otra parte del Océano, a la noble y estimada tierra mejicana, un sentimiento prevalece sobre todos los demás que afloran en mi ánimo emocionado y conmovido: el sentimiento de la gratitud.

Son gratos ante todo al Señor y la Virgen Santa de Guadalupe por la constante ayuda con que me han sostenido en estos días, permitiéndome coronar felizmente una iniciativa delicada e importante, emprendida en cumplimiento del universal mandato que Cristo mismo me ha confiado llamándome a la responsabilidad de su Vicario en la Sede de Pedro.

Pienso, pues, con vivísimo reconocimiento a tantas demostraciones de asistencia, devoción y afecto de las poblaciones encontradas en el curso de mi peregrinación y en particular de los Venerables Hermanos del Episcopado reunidos en Puebla en representación de la entera jerarquía católica de la América Latina. Mi corazón al unísono con ellos ha podido pulsar el gozo, el sufrimiento, la esperanza, sobre todo he rogado implorando del Padre común el advenimiento de un mundo más pacífico, más justo, más humano por la adhesión al mensaje de amor de su Hijo encarnado.

Y ahora, a mi vuelta a esta Sede Romana, en la que el orbe católico reconoce el centro y el manantial de la propia unidad, una nueva y grata emoción suscita en mí vuestra acogida, así como vuestro espontáneo y cordial saludo, por tanto, con ánimo deferente y grato al Señor Cardenal y Secretario de Estado y las otras personalidades eclesiásticas, las autoridades políticas, civiles y militares italianas, los miembros del Cuerpo Diplomático que nos habéis salido al encuentro para poderme dar en persona vuestra bienvenida.

Quiera Dios recompensaros por tanta cortesía y colme de sus favores a cuantos se han prodigado por el perfecto éxito del viaje, empezando por los dirigentes, los pilotos y el personal de la compañía aérea y quienes han hecho tan confortable y atrayente viaje.

Y en confirmación de estos deseos me gozo al impartiros a vosotros aquí presentes, a la amada ciudad de Roma y a cuantos me han seguido con el pensamiento y la plegaria una especial y confortadora Bendición Apostólica.

UN GRAN ACTO DE FE

A su llegada al Vaticano el Papa se dirigió a los Cardenales presentes en la sala del Consistorio con las siguientes palabras:

Señores Cardenales:

En el momento en que concluye mi primer viaje misionero, elevo a Dios las más vivas gracias por la gran experiencia que me ha concedido de vivir en la plenitud de un trabajo apostólico que ha ocupado con particular intensidad todas las horas de este día.

He considerado deber mío emprender este viaje (relacionado con la Tercera Asamblea General del Episcopado latino-americano en Puebla, desde hace tiempo anunciado) siguiendo en esto el ejemplo de mi predecesor Paulo VI de venerable memoria que quiso inaugurar esta nueva forma en el cumplimiento del oficio papal en la Iglesia.

Es difícil hablar cumplidamente de esta inolvidable experiencia cuando todavía se reproducen en mi ánimo las mil voces oídas y vividas hace tan poco tiempo y vivos están aún los recuerdos de cuanto he podido ver, de las personas que he podido encontrar, de los temas que he tenido ocasión de afrontar.

Convendrá volver de nuevo durante largo tiempo sobre todo con la plegaria, con la reflexión y con el corazón; pero ya desde ahora puedo afirmar que este viaje, después de la breve y magnífica etapa en Santo Domingo, ha sido un excepcional encuentro con el México en su realidad humana y cristiana; un encuentro con el Pueblo de Dios de este país que ha respondido con un gran acto de fe a la presencia del Papa y que, iniciado en el corazón de la Iglesia mejicana que es Guadalupe, se ha prolongado hasta alcanzar la etapa de Puebla de Oxaca, de Guadalajara y Monterrey.

Con la riqueza de su contenido y la multiplicidad de sus manifestaciones, este encuentro ofrece, en cierto sentido, un vivo testigo de la tarea que junto con los Obispos de la América Latina hemos afrontado en el ámbito de la Tercera Asamblea General de aquel Episcopado, que iniciado, como sabéis, el 27 de enero pasado con la solemne concelebración junto al Santuario de la Virgen de Guadalupe, prosiguió en Puebla con el tema: «La evangelización en el presente y en el futuro de la América Latina» para clausurarse el 12 de febrero próximo.

Empezando los trabajos el 28 de enero, ha vuelto de nuevo a la Iglesia sudamericana, con gran esperanza y fe, el mensaje que por la presencia de los medios de comunicación social y de los profesionales de la información (los cuales han querido seguir sin tener en cuenta el tiempo de mi breve pero intenso viaje) ha tenido concretamente resonancia universal.

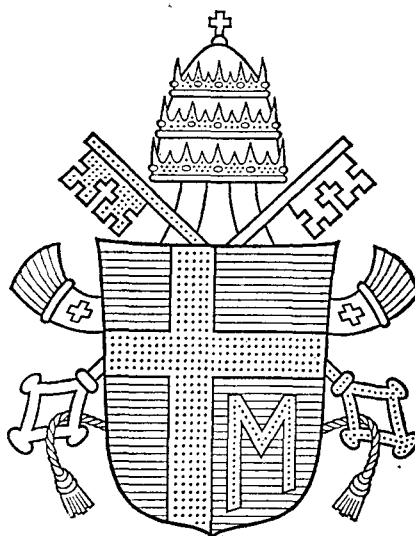
Del significado de los trabajos en Puebla y de cada uno de los problemas allí afrontados convendrá ciertamente hablar más de una vez volviendo de nuevo sobre sus diversos argumentos.

Ahora, al volver al cabo de siete días a la Sede Apostólica, siento la necesidad de dar gracias de todo corazón a todos aquellos que en todos los niveles han contribuido a preparar y organizar este viaje tan bien distribuido para verificarse en tan breve tiempo.

Querría también dar gracias a todos los que han soportado conmigo el peso del viaje: los cardenales Caprio, Casaroli, Martin, Marcinkus, Mons. Noeé y las demás personas del séquito, de la prensa, de la radio y de la televisión, y todos los seglares que me han seguido durante todo el viaje.

Permitidme, por fin, que yo dirija también gracias particulares por la acogida que habéis reservado a todo el Colegio de Cardenales que he sentido tan próximos a mí en la plegaria y en el corazón durante estas inolvidables jornadas; y de un modo especial al Cardenal Decano, que ha sabido tan bien interpretar los sentimientos de todos vosotros, y al Cardenal Secretario de Estado por su preciosa labor y generosa disponibilidad en el gobierno durante mi ausencia.

La Virgen de Guadalupe, a quien tanto se ha rogado en estos días, fuerce con su intercesión para que no se desvanezcan las esperanzas suscitadas del viaje apostólico que hoy ha concluido.



EL GRAN ACONTECIMIENTO GUADALUPANO*

LAS APARICIONES DE LA VIRGEN DE GUADALUPE EN SU TIERRA DE ANAHUAC

Los diversos elementos raciales de Anáhuac, reunidos durante el primer decenio de la Conquista bajo el cetro español, no eran de suyo tan disímiles, que no hubieran podido, en rigor, compenetrarse unos y otros para formar un conglomerado bastante coherente, que fuera como el principio de una nueva nacionalidad. Ninguna de las principales razas era, que se sepa, verdaderamente autóctona; casi todas habían salido del Norte en fecha lejana, sí, pero determinable con una aproximación aceptable; tenían ritos y ceremonias religiosas semejantes para rendir culto a divinidades parecidas entre sí: todo lo cual habían heredado probablemente de los Toltecas, tribu la más antigua de que hay noticia cierta. Con todo había entre ellas estorbos que hacían para mucho tiempo imposible esta unión. Uno de ellos era el odio, odio racial profundísimo, que había nacido y arraigado al calor de incesantes guerras religiosas, que se hacían unas a otras, con el exclusivo fin de allegarse víctimas humanas para los altares de sus sangrientas e insaciables divinidades. Pero Dios Nuestro Señor, en su amorosa Providencia, festinó esta unión con un golpe de su Omnipotencia, cual no se había visto en las dieciséis centurias que llevaba de vida su Iglesia, haciendo por la naciente Nueva España lo que no había hecho por ninguna otra nación: reunió a todas estas razas, y de manera repentina, en el seno de una Madre común, en el regazo de la Virgen Santísima, para formar con ellas una nueva familia cristiana, una verdadera Nueva España, digna hija de la otra por su catolicismo fervoroso, aunque incipiente.

Y este hecho se verificaba precisamente en el tiempo en que unos cuantos malos españoles trataban, aunque en vano, de recabar de la Santa Sede declarara irracionales a los indígenas para más y mejor explotarlos. Esta campaña sacrílega, que había tenido su comienzo en 1526, había de durar hasta 1537, año en que Paulo III publicaba su Bula «Sublimis Deus...» que reivindicaba los sagrados fueros de la humanidad. La Virgen Santísima, adelantándose a las declaraciones pontificias, iba a manifestar al mundo entero que los indígenas de Anáhuac, no sólo eran hombres, hijos de Dios, como lo eran los españoles, sino también hijos suyos en cierta manera preferidos, cuya tierra elegía para reinar en ella como Madre y Señora. Hecho real, singular y milagroso, que consta en no interrumpida tradición y se apoya en testimonios históricos innegables, que la crítica más artera no ha podido desvirtuar ni en un ápice.

El principal de estos testimonios es, a no dudarlo, el escrito por el noble indio Antonio Valeriano y que es conocido en el campo de la crítica histórica con las dos palabras *Nican Mopohua*, que encabezan el manuscrito de Valeriano, o por estas otras dos *Huey Tlamahuizoltica*, que significan *El gran acontecimiento*.

Había nacido Antonio Valeriano hacia el año de 1516, y fue uno de los primeros alumnos del Colegio de Santa Cruz, que pertenecía al Convento franciscano de Santiago Tlatelolco de México. Fue también catedrático en el mismo Colegio por tener grandes conocimientos en las lenguas mexicana, latina y castellana y ser eminente en la retórica, la filosofía y la historia; Torquemada lo tuvo de maestro; y durante largos años fue gobernador de los indios que vivían en México; murió

* «La nacionalidad mexicana y la Virgen de Guadalupe», Bernardo Bergöend, S. J., México, 1968.

HVEI

TLAMAHVICOLTICA
OMONEXITI IN ILHVICAC TLATÓCA
ÇIHVAPILLI

SANTA MARIA
TOTLACÓNANTZIN
GVADALVPE IN NICAN HVEI ALTEPE-
NAHVAC MEXICO ITOCAYÓCAN TEPEYACAC.



—[*]—[*]—[*]—[*]—[*]—

Impreso con licencia en MEXICO: en la Imprenta de Juan Ruyz.

Año de 1649.

en 1605, muy considerado de todos por su prudencia, juicio y ciencia.

Escribió en mexicano la relación de *El gran acontecimiento* que fue a parar a manos de D. Fernando Alva Ixtlilxochitl, ilustre descendiente de los reyes acolhuas de Texoco, historiador erudito y conocedor como nadie de las antigüedades de Anáhuac, y poseedor de muchos mapas y pinturas originales; y la heredó su hijo don Juan Alba Ixtlilxochitl, quien, a su vez la dejó en testamento a don Carlos Sigüenza y Góngora. Este perito paleógrafo, figura de primera clase entre los ingenios mexicanos de su tiempo, afirmó con juramento *in verbo sacerdotis* «que el original mexicano (de la relación) está de letra de don Antonio Valeriano, indio que es su verdadero autor». El original mexicano fue publicado el año 1648 por el Lic. Luis Lazo de la Vega. De él se hicieron va-

rias traducciones; pero la más popular de todas ellas es, a no dudarlo, la que hizo el Lic. Luis Becerra y Tanco, del Oratorio de San Felipe Neri. No es del todo literal, reproduce sin embargo con propiedad el sentido del texto nahuatl. Un escritor moderno ha dicho de ella que «es más indígena, conserva la sencillez de las locuciones populares, y refleja mejor la suavidad característica de la lengua nahuatl, en que indudablemente se conservó el principio de la Tradición».

Con todo, por ser la Relación de Valeriano el documento principalísimo de la tradición guadalupana, y por exigirlo en cierta manera la más aquilatada verdad histórica, vamos a dar a nuestros lectores una traducción más literal que la de Becerra y Tanco, y que nos haga sentir, en cuanto se pueda, todo el sabor ingenuo del texto primitivo. Dice así:



EN ORDEN Y CONCIERTO

Se refiere aquí de qué manera se apareció
poco ha maravillosamente
La Siempre Virgen Santa María, Madre de Dios,
Nuestra Reina, en el Tepeyácac,
que se nombra Guadalupe

Primero se dejó ver de un pobre indio llamado Juan Diego; y después se apareció su preciosa imagen delante del nuevo obispo don fray Juan de Zumárraga. También (se cuentan), todos los milagros que ha hecho.

PRIMERA APARICION

Lugar: La cumbre del Tepeyac
Fecha: sábado 9 diciembre 1531
Hora: entre 4 y 5 de la mañana

Diez años después de tomada la ciudad de México, se suspendió la guerra y hubo paz en los pueblos, así como empezó a brotar la fe, el conocimiento del verdadero Dios, por quien se vive. A la sazón, en el año de mil quinientos treinta y uno, a pocos días del mes de diciembre, sucedió que había un pobre indio, de nombre Juan Diego, según se dice, natural de Cuautitlán. Tocante a las cosas espirituales, aún todo pertenecía a Tlatilolco.

Era sábado, muy de madrugada, y venía en pos del culto divino y de sus mandatos. Al llegar junto al cerrillo llamado Tepeyácac, amanecía; y

oyó cantar arriba del cerrillo: semejaba canto de varios pájaros preciosos; callaban a ratos las voces de los cantores; y parecía que el monte les respondía. Su canto, muy suave y deleitoso, sobrepujaba al del *coyoltótotl* y del *tzinizcan* y de otros pájaros lindos que cantan.

Se paró Juan Diego a ver y dijo para sí: «¿Por ventura soy digno de lo que oigo?, ¿quizás sueño?, ¿me levanto de dormir?, ¿dónde estoy?, ¿acaso en el paraíso terrenal, que dejaron dicho los viejos, nuestros mayores?, ¿acaso ya en el cielo?» Estaba viendo hacia el oriente, arriba del cerrillo, de donde procedía el precioso canto celestial; y así que cesó repentinamente y se hizo el silencio, oyó que le llamaban de arriba del cerrillo y le decían: «Juanito, Juan Dieguito». Luego se atrevió a ir adonde le llamaban; no se sobresaltó un pun-

to; al contrario, muy contento, fue subiendo el cerrillo, a ver de dónde le llamaban. Cuando llegó a la cumbre, vio a una señora, que estaba allí de pie y que le dijo que se acercara. Llegado a su presencia, se maravilló mucho de su sobrehumana grandeza: su vestidura era radiante como el sol; el risco en que posaba su planta, flechado por los resplandores, semejava una ajorca de piedras preciosas; y relumbraba la tierra como el arco iris. Los mezquites, nopales y otras diferentes hierbecillas que allí se suelen dar, parecían de esmeralda; su follaje, finas turquesas; y sus ramas y espinas brillaban como el oro. Se inclinó delante de ella y oyó su palabra, muy blanda y cortés, cual de quien atrae y estima mucho.

Ella le dijo: «Juanito, *el más pequeño de mis hijos*, ¿a dónde vas? El respondió: «Señora, y *Niña mía*, tengo que llegar a tu casa de México Tlatilolco, a seguir las cosas divinas, que nos dan y enseñan nuestros sacerdotes, delegados de Nuestro Señor». Ella luego le habló y le descubrió su santa voluntad; le dijo: «Sabe y ten entendido, *tú el más pequeño de mis hijos*, que yo soy *la Siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios por quien se vive*; del Creador sabe quien está todo; Señor del cielo y de la tierra. Deseo vivamente que se me erija aquí un templo, para en él mostrar y dar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa, pues yo soy vuestra piadosa madre, a ti, a todos vosotros juntos los moradores de esta tierra y a los demás amadores míos que me invoquen y en mí confíen; oír allí sus lamentos y remediar todas sus miserias, penas y dolores. Y para realizar lo que mi clemencia pretende, ve al palacio del obispo de México y le dirás cómo *yo te envío*

a manifestarle lo que mucho deseo, que *aquí en el llano* me edifique un templo; le contarás puntualmente cuanto has visto y admirado, y lo que has oído. Ten por seguro que lo agradeceré bien y lo pagaré, porque te haré feliz y merecerás mucho que yo recompense el trabajo y fatiga con que vas a procurar lo que te encomiendo. Mira que ya has oído mi mandato, hijo mío, *el más pequeño*; anda y pon todo tu esfuerzo.»

Al punto se inclinó delante de ella y le dijo: «Señora mía, ya voy a cumplir tu mandato; por ahora me despido de ti, yo tu humilde siervo». Luego bajó, para ir a hacer su mandado; y salió a la calzada que viene en línea recta a México.

Primera entrevista con el señor Obispo

Habiendo entrado en la ciudad, sin dilación se fue en derecha al palacio del obispo, que era el prelado que muy poco antes había venido y se llamaba don fray Juan de Zumárraga, religioso de San Francisco. Apenas llegó, trató de verle; rogó a sus criados que fueran a anunciarle; y pasado un buen rato, vinieron a llamarle, que había mandado el señor obispo que entrara.

Luego que entró, se inclinó y arrodilló delante de él; en seguida le dio el recado de la Señora del cielo; y también le dijo cuanto admiró, vio y oyó. Después de oír toda su plática y su recado, pareció no darle crédito; y le respondió: «Otra vez vendrás, hijo mío, y te oiré más despacio; lo veré muy desde el principio y pensaré en la voluntad y deseo con que has venido». El salió y se vino triste, porque de ninguna manera se realizó su mensaje.

SEGUNDA APARICION

Lugar: la cumbre del Tepeyac
Fecha: sábado 9 diciembre 1531
Hora: entre 5 y 6 de la tarde

En el mismo día volvió; se vino derecho a la cumbre del cerrillo, y acertó con la Señora del cielo, que le estaba aguardando, allí mismo donde la vio la vez primera. Al verla, se postró delante de ella y le dijo: «Señora, *la más pequeña de mis hijas*, *Niña mía*, fui adonde me enviaste a cumplir tu mandato: aunque con dificultad entré adonde es el asiento del prelado, le vi y expuse tu mensaje, así como me advertiste; me recibió benigneamente y me oyó con atención; pero en cuanto

me respondió, pareció que no lo tuvo por cierto; me dijo: “Otra vez vendrás; te oiré más despacio; veré muy desde el principio el deseo y voluntad con que has venido.”

»Comprendí perfectamente en la manera como me respondió, que piensa que es quizás invención mía que tú quieres que aquí te hagan un templo y que acaso no es de orden tuya; por lo cual te ruego encarecidamente, Señora y *Niña mía*, que a alguno de los principales, conocido, respetado y estimado, le encargues que lleve tu mensaje, para que le crean; porque *yo soy un hombrecillo, soy un cordel, soy una escalerilla de tablas, soy cola, soy hoja, soy gente menudo*, y tú, *Niña mía, la más*

pequeña de mis hijas, Señora, me envías a un lugar por donde no ando y donde no paro. Perdóname que te cause gran pesadumbre y caiga en tu enojo, Señora y Dueño mío.»

Le respondió la Santísima Virgen: «Oye, *hijo mío el más pequeño*, ten entendido que son muchos mis servidores y mensajeros, a quienes puedo encargar que lleven mi mensaje y hagan mi voluntad; pero es de todo punto preciso que tú mismo solicites y ayudes y que con tu mediación se cumpla mi voluntad. Mucho te ruego, *hijo mío el más pequeño*, y con rigor te mando, que otra vez vayas mañana a ver al obispo. Dale parte en mi nombre y hazle saber por entero mi voluntad: que tiene que poner por obra el templo que le pido. Y otra vez dile que *ya en persona, la Siempre Virgen Santa María, Madre de Dios, te envía*».

Respondió Juan Diego: «Señora y *Niña mía*, no te cause yo aflicción; de muy buena gana iré a cumplir tu mandato; de ninguna manera dejaré de hacerlo ni tengo por penoso el camino. Iré a hacer tu voluntad; pero acaso no seré oído con agrado; o si fuere oído, quizás no se me creará. Mañana en la tarde, cuando se ponga el sol, vendré a dar razón de tu mensaje con lo que responda el prelado. Ya de ti me despido, *Hija mía la más pequeña, mi Niña y Señora*. Descansa entre tanto». Luego se fue él a descansar en su casa.

Misa de Precepto

Al día siguiente, domingo, muy de madrugada, salió de su casa y se vino derecho a Tlatilolco, a instruirse de las cosas divinas y estar presente en la cuenta, para ver en seguida al prelado. Casi a las diez, se aprestó, después de que se oyó Misa y se hizo la cuenta y se dispersó el gentío.

Segunda entrevista con el señor Obispo

Al punto se fue Juan Diego al palacio del señor obispo. Apenas llegó, hizo todo empeño por verle: otra vez con mucha dificultad le vio; se arrodilló

a sus pies; se entristeció y lloró al exponerle el mandato de la Señora del Cielo; que ojalá que creyera su mensaje, y la voluntad de la Inmaculada, de erigirle su templo donde manifestó que lo quería.

El señor obispo, para cerciorarse, le preguntó muchas cosas, dónde la vio y cómo era; y él refirió todo perfectamente al señor obispo. Mas aunque explicó con precisión la figura de ella y cuanto había visto y admirado, que en todo se descubriría ser ella la Siempre Virgen, Santísima Madre del Salvador Nuestro Señor Jesucristo; sin embargo, no le dio crédito y dijo que no solamente por su plática y solicitud se había de hacer lo que pedía; que, además, era muy necesaria alguna señal, para que se le pudiera creer que le enviaba la misma Señora del Cielo. Así que lo oyó, dijo Juan Diego al obispo: «Señor, mira cuál ha de ser la señal que pides; que luego iré a pedírsela a la Señora del Cielo que me envió acá». Viendo el obispo que ratificaba todo sin dudar ni retractar nada, le despidió.

Los espías del señor Obispo

Mandó inmediatamente a unas gentes de su casa, en quienes podía confiar, que le vinieran siguiendo y vigilando mucho a dónde iba y a quién veía y hablaba. Así se hizo. Juan Diego se vino derecho y caminó por la calzada; los que venían tras él, donde pasa la barranca, cerca del puente del Tepeyacac, le perdieron; y aunque más buscaron por todas partes, en ninguna le vieron.

Así es que regresaron, no solamente porque se fastidiaron, sino también porque les estorbó su intento y les dio enojo. Eso fueron a informar al señor obispo, inclinándole a que no le creyera: le dijeron que nomás le engañaba; que nomás forjaba lo que venía a decir, o que únicamente soñaba lo que decía y pedía; y en suma discurrieron que si otra vez volvía, le habían de coger y castigar con dureza, para que nunca más mintiera y engañara.

TERCERA APARICION

Lugar: la cumbre del Tepeyac
Fecha: domingo 10 diciembre 1531
Hora: entre 5 y 6 de la tarde

Entre tanto, Juan Diego estaba con la Santísi-

ma Virgen, diciéndole la respuesta que traía del señor obispo; la que oída por la Señora, le dijo: «Bien está, hijo mío, volverás aquí mañana para que lleves al obispo la señal que te ha pedido; con eso te creará y acerca de esto ya no dudará

ni de ti sospechará; y sábetete, hijo mío, que yo te pagaré tu cuidado y el trabajo y consancio que por mí has impendido; ea, vete ahora; que mañana aquí te aguardo».

Enfermedad de Juan Bernardino

Al día siguiente, lunes, cuando tenía que llevar Juan Diego alguna señal para ser creído, ya no

volvió. Porque cuando llegó a su casa, a un tío que tenía, llamado Juan Bernardino, le había dado la enfermedad, y estaba muy grave. Primero fue a llamar a un médico y le auxilió; pero ya no era tiempo, ya estaba muy grave. Por la noche, le rogó su tío que de madrugada saliera y viniera a Tlatilolco a llamar a un sacerdote, que fuera a confesarle y disponerle, porque estaba muy cierto de que era tiempo de morir y que ya no se levantaría ni sanaría.

CUARTA APARICION

Lugar: Frente al manantial del «Pocito»

Fecha: martes 12 diciembre 1531

Hora: entre 5 y 6 de la mañana

El martes, muy de madrugada, se vino Juan Diego de su casa a Tlatilolco a llamar al sacerdote; y cuando venía llegando al camino que sale junto a la ladera del cerrillo del Tepeyácac, hacia el poniente, por donde tenía costumbre de pasar, dijo: «Si me voy derecho, no sea que me vaya a ver la Señora, y en todo caso me detenga, para que lleve la señal al prelado, según me previno: que primero nuestra aflicción nos deje y primero llame yo de prisa al sacerdote; el pobre de mi tío lo está ciertamente aguardando».

Luego dio vuelta al cerro; subió por entre él y pasó al otro lado, hacia el oriente, para llegar pronto a México y que no detuviera la Señora del Cielo. Pensó que por donde di la vuelta, no podía verle la que está mirando bien a todas partes. La vio bajar de la cumbre del cerrillo y que estuvo mirando hacia donde antes él la veía. Salió a su encuentro a un lado del cerro y le dijo: «¿Qué hay, hijo mío el más pequeño?, ¿adónde vas?» Se apenó él un poco, o tuvo vergüenza, o se asustó. Se inclinó delante de ella; y la saludó, diciendo: «Niña mía, la más pequeña de mis hijas, Señora, ojalá estés contenta. ¿Cómo has amanecido?, ¿estás bien de salud, Señora y Niña mía? Voy a causarte aflicción: sabe, Niña mía, que está muy malo un pobre siervo tuyo, mi tío; le ha dado la peste, y está para morir. Ahora voy presuroso a su casa de México a llamar uno de los sacerdotes amados de Nuestro Señor, que vaya a confesarle y disponerle; porque desde que nacimos, vinimos a aguardar el trabajo de nuestra muerte. Pero sí voy a hacerlo, volveré luego otra vez aquí, para ir a llevar tu mensaje. Señora y Niña mía, perdóname;

tenme por ahora paciencia; no te engañe, *Hija mía la más pequeña*; mañana vendré a toda prisa».

Después de oír la plática de Juan Diego, respondió la piadosísima Virgen: «Oye y ten entendido, *hijo mío el más pequeño*, que es nada lo que te asusta y aflige; no se turbe tu corazón; no temas esa enfermedad, ni otro alguna enfermedad y angustia. ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre? ¿no estás bajo mi sombra? ¿no soy yo tu salud? ¿no estás por ventura en mi regazo? ¿qué más has menester? No te apene ni te inquiete otra cosa; no te aflija la enfermedad de tu tío, que no morirá ahora de ella: está seguro de que ya sanó». (Y entonces sanó su tío, según después se supo.)

Cuando Juan Diego oyó estas palabras de la Señora del Cielo, se consoló mucho; quedó contento. Le rogó que cuanto antes le despachara a ver al señor obispo, a llevarle alguna señal y prueba, a fin de que le creyera. La Señora del Cielo le ordenó luego que subiera a la cumbre del cerrillo, donde antes la veía. Le dijo: «Sube *hijo mío el más pequeño*, a la cumbre del cerrillo; allí donde me viste y te di órdenes, hallarás que hay diferentes flores; córtalas, júntalas, recógelas; en seguida baja y tráelas a mi presencia».

Al punto subió Juan Diego el cerrillo; y cuando llegó a la cumbre, se asombró mucho de que hubieran brotado tantas variadas exquisitas rosas de Castilla, antes del tiempo en que se dan, porque a la sazón se encrudecía el hielo: estaban muy fragantes y llenas del rocío de la noche, que semejaba perlas preciosas. Luego empezó a cortarlas; las juntó todas y las echó en su regazo.

La cumbre del cerrillo no era lugar en que se dieran ningunas flores, porque tenía muchos riscos, abrojos, espinas, nopales y mezquites; y si se solían dar hierbecillas, entonces era el mes de diciembre, en que todo lo come y echa a perder el hielo.

Bajó inmediatamente y trajo a la Señora del Cielo las diferentes rosas que fue a cortar; la que, así como las vio, las cogió con su mano y otra vez se las echó en el regazo, diciéndole: «*Hijo mío el más pequeño*, esta diversidad de rosas es la prueba y señal que llevarás al obispo. Le dirás en mi nombre que vea en ellas mi voluntad y que él tiene que cumplirla. *Tú eres mi embajador, muy digno de confianza*. Rigurosamente te ordeno que sólo delante del obispo despliegues tu manta y descubras lo que llevas. Contarás bien todo; dirás que te mandé subir a la cumbre del cerrillo, que fueras a cortar flores, y todo lo que viste y admiraste, para que puedas inducir al prelado a que dé su ayuda, con objeto de que se haga y erija el templo que he pedido».

Después que la Señora del Cielo le dio su consejo, se puso en camino por la calzada que viene derecho a México: ya contento y seguro de salir bien, trayendo con mucho cuidado lo que portaba en su regazo, no fuera que algo se le soltara de las manos, y gozándose en la fragancia de las variadas hermosas flores.

Tercera entrevista con el señor Obispo

Al llegar al palacio del obispo, salieron a su encuentro el mayordomo y otros criados del prelado. Les rogó que le dijeran que deseaba verle; pero ninguno de ellos quiso, haciendo como que no le oían, sea porque era muy temprano, sea porque ya le conocían, que sólo los molestaba, porque les era importuno; y, además, ya les habían informado sus compañeros, que le perdieron de vista, cuando habían ido en su seguimiento. Largo rato estuvo esperando. Ya que vieron que hacía mucho que estaba allí, de pie, cabizbajo, sin hacer nada por si acaso era llamado; y que al parecer traía algo que portaba en su regazo, se acercaron a él, para ver lo que traía y satisfacerse. Viendo Juan Diego que no les podía ocultar lo que traía, y que por eso le habían de molestar, empujar o aporrear, descubrió un poco, que eran flores; y al ver que todas eran diferentes rosas de Castilla, y que no era entonces el tiempo en que se daban, se asombraron muchísimo de ello, lo mismo de que estuvieran muy frescas, y tan abier-

tas, tan fragantes y tan preciosas. Quisieron coger y sacarle algunas; pero no tuvieron suerte las tres veces que se atrevieron a tomarlas: no tuvieron suerte, porque cuando iban a cogerlas, ya no veían verdaderas flores, sino que les parecían pintadas o labradas o cosidas en la manta.

Fueron luego a decir al señor obispo lo que habían visto y que pretendía verle el indito que tantas veces había venido; el cual hacía mucho que por eso aguardaba, queriendo verle. Cayó, al oírlo, el señor obispo, en la cuenta de que aquello era la prueba, para que se certificara y cumpliera lo que solicitaba el indito. En seguida mandó que entrara a verle. Luego que entró, se humilló delante de él, así como antes lo hiciera, y contó de nuevo todo lo que había visto y admirado, y también su mensaje.

Dijo: «Señor, hice lo que me ordenaste, que fuera a decir a mi Ama, la Señora del Cielo, Santa María, preciosa Madre de Dios, que pedías una señal para poder creerme que le has de hacer el templo donde ella te pide que lo erijas; y además le dije que yo te había dado mi palabra de traerte alguna señal y prueba, que me encargaste, de su voluntad. Condescendió a tu recado y acogió benignamente lo que pides, alguna señal y prueba para que se cumpla su voluntad. Hoy muy temprano me mandó que otra vez viniera a verte; le pedí la señal para que me creyeras, según me había dicho que me la daría; y al punto lo cumplió: me despachó a la cumbre del cerrillo, donde antes yo la viera, a que fuese a cortar varias rosas de Castilla. Después que fui a cortarlas, las traje abajo; las cogió con su mano y de nuevo las echó en mi regazo, para que te las trajera y a ti en persona te las diera. Aunque yo sabía bien que la cumbre del cerrillo no es lugar en que se den flores, porque sólo hay muchos riscos, abrojos, espinas, nopales y mezquites, no por eso dudé; cuando fui llegando a la cumbre del cerrillo, miré que estaba en el paraíso, donde había juntas todas las varias y exquisitas rosas de Castilla, brillantes de rocío, que luego fui a cortar. Ella me dijo por qué te las había de entregar; y así lo hago, para que en ellas veas la señal que pides y cumplas su voluntad; y también para que aparezca la verdad de mi palabra y de mi mensaje. Helas aquí: recíbelas».

APARICION DE LA IMAGEN

Lugar: casa del Obispo Zumárraga

Fecha: martes 12 diciembre 1531

Hora: entre 9 y 10 de la mañana

Desenvolvió luego su blanca manta, pues tenía en su regazo las flores; y así que se esparcieron por el suelo todas las diferentes rosas de Castilla, se dibujó en ella y apareció de repente la preciosa imagen de la Siempre Virgen Santa María, Madre de Dios, de la manera que está y se guarda hoy en su templo del Tepeyácac, *que se nombra Guadalupe*. Luego que la vio el señor obispo, él y todos los que allí estaban, se arrodillaron: mucho la admiraron; se levantaron a verla; se entriste-

cieron y acongojaron, mostrando que la contemplaron con el corazón y el pensamiento. El señor obispo con lágrimas de tristeza oró y le pidió perdón de no haber puesto en obra su voluntad y su mandato.

Cuando se puso en pie, desató del cuello de Juan Diego, del que estaba atada, la manta en que se dibujó y apareció la Señora del Cielo. Luego la llevó y fue a ponerla en su oratorio. Un día más permaneció Juan Diego en la casa del obispo, que aún le detuvo. Al día siguiente, le dijo: «¡Ea!, a mostrar dónde es voluntad de la Señora del Cielo que le erijan su templo». Inmediatamente se convidó a todos para hacerlo.

QUINTA APARICION

Lugar: casa de Juan Bernardino en Cuautitlán

Fecha: martes 12 diciembre 1531

Hora: entre 5 y 6 de la mañana

No bien Juan Diego señaló dónde había mandado la Señora del Cielo que se levantara su templo, pidió licencia de irse. Quería ahora ir a su casa a ver a su tío Juan Bernardino; el cual estaba muy grave, cuando le dejó y vino a Tlatilolco a llamar un sacerdote, que fuera a confesarle y disponerle, y le dijo la Señora del Cielo que ya había sanado. Pero no le dejaron ir solo, sino que le acompañaron a su casa. Al llegar, vieron a su tío que estaba muy contento y que nada le dolía.

Se asombró mucho de que llegara acompañado y muy honrado su sobrino, a quien preguntó la causa de que así lo hicieran y que le honraran mucho. Le respondió su sobrino que, cuando partió a llamar al sacerdote que le confesara y dispusiera, se le apareció en el Tepeyácac la Señora del Cielo; la que, diciéndole que no se afligiera, que ya su tío estaba bueno, con que mucho se consoló, le despachó a México, a ver al señor obispo, para que le edificara una casa en el Tepeyácac. Manifestó su tío ser cierto que entonces le sanó y que la vio del mismo modo en que se aparecía a su sobrino; sabiendo por ella que le había enviado a México a ver al obispo.

También entonces le dijo la Señora que, cuando él fuera a ver al obispo, le revelara lo que vio y de qué manera milagrosa le había ella sanado y

nombrarse su bendita imagen, *la Siempre Virgen Santa María de Guadalupe*.

Trajeron luego a Juan Bernardino a presencia del señor obispo; a que viniera a informarle y atestiguar delante de él. A entrambos, a él y a su sobrino, los hospedó el obispo en su casa algunos días, hasta que se erigió el templo de la Reina en el Tepeyácac, donde la vio Juan Diego.

El señor obispo trasladó a la Iglesia Mayor la santa imagen de la amada Señora del Cielo. La sacó del oratorio de su palacio, donde estaba, para que toda la gente viera y admirara su bendita imagen. *La ciudad entera se conmovió: venía a ver y admirar su devota imagen, y a hacerle oración. Mucho le maravillaba que se hubiese aparecido por milagro divino; porque ninguna persona de este mundo pintó su preciosa imagen.*

Descripción de la imagen

La manta en que milagrosamente se apareció la imagen de la Señora del Cielo, era el abrigo de Juan Diego: ayate un poco tieso y bien tejido. Porque en este tiempo era de ayate la ropa y abrigo de todos los pobres indios; sólo los nobles, los principales y los valientes guerreros, se vestían y ataviaban con manta blanca de algodón. *El ayate, ya se sabe, se hace del ichtli, que sale del maguey.* Este precioso ayate en que se apareció la Siempre Virgen nuestra Reina es de dos

piezas, pegadas y cosidas con hilo blando.

Es tan alta la bendita imagen, que empezando en la planta del pie, hasta llegar a la coronilla, tiene seis jemes y uno de mujer.

Su hermoso rostro es muy grave y noble, un poco moreno. Su precioso busto aparece humilde: están sus manos juntas sobre el pecho, hacia donde empieza la cintura. Es morado su cinto. Solamente su pie derecho descubre un poco la punta de su calzado color de ceniza. Su ropaje, en cuanto se ve por fuera, es de color rosado, que en las sombras parece bermejóu y *está bordado con diferentes flores, todas en botón y de bordes dorados*. Prendido de su cuello está *un anillo dorado, con rayas negras alrededor de las orillas, y en medio una cruz*.

Además, de adentro asoma otro vestido blanco y blando, que ajusta bien en las muñecas y tiene deshilado el extremo. Su velo, por fuera, es azul celeste; sienta bien en su cabeza; para nada cubre su rostro; y cae hasta sus pies, ciñéndose un poco por en medio: tiene toda su franja dorada, que es algo ancha, y estrellas de oro por dondequiera, las cuales son cuarenta y seis. Su cabeza se inclina hacia la derecha; y encima sobre su velo, está una

corona de oro, de figuras almesadas hacia arriba y anchas abajo.

A sus pies está la luna, cuyos cuernos ven hacia arriba. Se yergue exactamente en medio de ellos y de igual manera aparece en medio del sol, cuyos rayos la siguen y rodean por todas partes. Son cien los resplandores de oro, unos muy largos, otros pequeñitos y con figuras de llamas: doce circundan su rostro y cabeza; y son por todos cincuenta los que salen de cada lado. Al par de ellos, al final, una nube blanca rodea los bordes de su vestidura.

Esta preciosa imagen, con todo lo demás, va corriendo sobre un ángel, que medianamente acaba en la cintura, en cuanto descubre; y nada de él aparece hacia sus pies, como que está metido en la nube. Acabándose los extremos del ropaje y del velo de la Señora del Cielo, que caen muy bien en sus pies, por ambos lados los coge con sus manos el ángel, cuya ropa es de color bermejo, a la que se adhiere un cuello dorado, y cuyas alas desplegadas son de plumas ricas, largas y verdes, y de otras diferentes. La van llevando las manos del ángel, que, al parecer, está muy contento de conducir así a la Reina del Cielo.



Hasta aquí la traducción fidedigna de la Relación contemporánea de las Apariciones de la Virgen del Tepeyac al Indio Juan Diego, escrita en náhatl por Antonio Valeriano: que bien puede considerarse como la Carta Magna en que quedan estipulados, en forma expresa, solemne y determinada, los motivos fundamentales y originarios de la nacionalidad mexicana.

En efecto:

Al elevar públicamente la Madre de Dios, la Virgen María, a Juan Diego, a la dignidad de hijo suyo, lo coloca a él y a su raza a nivel de los conquistadores, los españoles; y les reconoce explícitamente los mismos derechos humanos y sociales que a éstos.

Y al pedirle que se le erija un templo en el Tepeyácac, *para en él mistrar y dar todo su amor y compasión, auxilio y defensa de todos los moradores de la tierra y demás amadores suyos que la invoquen y en ella confíen; para oír sus lamentos y remediar todas sus miserias, penas y dolores*, pretende formar con el templo pedido un hogar para los mexicanos y todas las razas pobladoras en aquel entonces de Anáhuac, esto es, una nueva y gran familia racial, en que ella reinaría como Madre, Reina y Señora. Y para que no hubiera duda para nadie de que enderezaba la intención a este propósito, quiso tener entre ellos un trono material en que asentar su propio celestial trato.

LOS CRISTEROS

JOSÉ M.^a FERNÁNDEZ DOMINGO

«Me voy porque tengo un compromiso con la Virgen de Guadalupe.» Así callaba a su mujer, Pedro Quintana, cuando partía a una guerra en defensa de la religión, que había de durar tres años.

Como él, otros muchos campesinos de Jalisco y otras regiones de México se echaron al monte, en aquel mes de agosto de 1926.

El origen del conflicto religioso estaba en unos artículos de la Constitución de 1917 que atentaban contra la independencia de la Iglesia.

Artículo 30. ...Ninguna corporación religiosa, ni ministro de algún culto podrán establecer o dirigir escuelas de instrucción primaria...

Artículo 5. ...La Ley, en consecuencia, no permite el establecimiento de órdenes monásticas, cualquiera que sea la denominación u objeto con que pretendan erigirse.

Artículo 27, fracción II. Las asociaciones religiosas denominadas Iglesias, cualquiera que sea su credo, no podrán en ningún caso tener capacidad para adquirir, poseer o administrar bienes raíces o capitales impuestos sobre ellos; los que tuvieren actualmente por sí o por interpósita persona, entrarán al dominio de la Nación... Los templos destinados al culto público son de la propiedad de la Nación, representada por el gobierno Federal, quien determinará los que deben quedar destinados a su objeto...

Artículo 130, fracción VI. Las legislaturas de los Estados únicamente tendrán facultad de determinar, según las necesidades locales, el número máximo de ministros de los cultos.

Aunque en su momento estas medidas no se hicieron efectivas, al llegar el mandato de Elías Calles, éste trató de cumplir lo legislado en estos artículos, haciendo un inventario de las iglesias y un registro de los sacerdotes. La reacción del Episcopado fue la suspensión de cultos.

El día que se retiró el Santísimo de las iglesias

fue un día de grandísimo dolor para el pueblo mexicano, algo así como el anuncio del fin del mundo. Dejemos que uno de los personajes del drama nos cuente la reacción del pueblo al ver la imposibilidad de una solución por otros medios.

«El 31 de julio de 1926, unos hombres hicieron porque Dios Nuestro Señor se ausentara de sus templos, de sus altares, de los hogares de los católicos, pero otros hombres hicieron porque volviera otra vez; esos hombres no vieron que el gobierno tenía muchísimos soldados, muchísimo armamento, muchísimo dinero para hacerles la guerra; eso no vieron ellos, lo que vieron fue defender a su Dios, a su Religión, a su Madre que es la Santa Iglesia; eso es lo que vieron ellos. A esos hombres no les importó dejar sus casas, sus padres, sus hijos, sus esposas y lo que tenían; se fueron a los campos de batalla a buscar a Dios Nuestro Señor. Los arroyos, las montañas, los montes, las colinas son testigos de que aquellos hombres le hablaron a Dios Nuestro Señor con el Santo Nombre de Viva Cristo Rey, Viva la Santísima Virgen de Guadalupe, Viva México. Los mismos lugares son testigos de que aquellos hombres regaron el suelo con su sangre y no contentos con eso, dieron sus vidas para que Dios Nuestro Señor volviera otra vez a sus templos, a sus altares, a los hogares de los católicos como lo estamos viendo ahorita, y en cargo a los jóvenes de ahora que si en lo futuro se llega a ofrecer otra vez, que no olviden el ejemplo que nos dejaron nuestros antepasados.» (Carta de Francisco Campos, de Santiago Bayacora — Durango.)

Así empezó a formarse un ejército, verdaderamente popular, pues todos sus componentes eran gentes del pueblo, campesinos. Su general diría que «con el barro de Tlaquepaque no se puede

hacer porcelana de Sèvres», a la vez que se alegraba de mandar los mejores soldados que jamás tuviera.

Apenas tenían armas y su mejor proveedor era su enemigo, al cual tenían que quitárselas en los combates.

En octubre de 1927, al año de empezar, los cristeros llegaron a ser tan fuertes en Jalisco que los federales no podían con ellos. Entonces, tendrían ya en armas a unos 25.000 hombres, pero carecían de dos cosas: dinero y un jefe.

El problema de la falta de jefe se resolvió ese mismo mes. Asumió el mando de la zona el general Enrique Gorostieta, liberal e incluso, con indiferencia religiosa. Entró como mercenario con un sueldo de 3.000 pesos oro al mes. Pero al contacto con aquellos hombres rudos y de fe sincera, se convirtió a su santa causa. «¿Con esta clase de hombres, crees que podemos perder? ¡No! Esta causa es santa y con estos defensores no es posible que se pierda.»

Organizó civil y militarmente la región de Jalisco y Zacateros, donde actuaban las partidas de Quintanar, Sandoval, Chema Gutiérrez y Felipe Sánchez. Rápidamente conquistó el aprecio de sus soldados.

Las concentraciones

Uno de los métodos de castigo practicados por el gobierno contra los cristeros fueron las concentraciones. Se fijaba un plazo de unos días para que todos los habitantes abandonaran una determinada región. Una vez concluido el plazo, se ejecutaba sin juicio a toda persona que se encontraba en esa zona.

Este castigo hacía padecer mucho al pueblo. Con viento, sol, lluvia o frío tenían que abandonar el hogar y emprender la marcha, toda la familia y ganado, hacia otra región. El ejército se apoderaba de las cosechas, de los rebaños; incendiaba pastizales y mataba el ganado que no se podían llevar. Esto fue contraproducente para el gobierno, pues «más de la mitad de la gente que no se metía en nada y vivía pacífica en su rancho, al venir el rejunte ... se cortó y ganó pa'l monte a juntarse con los otros (los cristeros) ... y ora están peliando con más ganas, como perros bravos, buscando la revancha, porque les trujieron a sus mujeres y a sus hijos a que se mueran de hambre y de virgüelas en los pueblos».

El ejército no hacía prisioneros. Una vez interrogado el cristero atrapado, era fusilado.

Los cristeros se apoyaban totalmente en el pueblo, que era quien suministraba las raciones y los informes.

El resumen de aquel año lo podemos hacer con palabras del general Gorostieta: «Nuestra lucha va por muy buen camino, tan bueno que el "callista" ya no duerme pensando en nosotros, y yo tengo la convicción de que la pérdida de su sueño está justificada, pues ya andan volando muy bajito».

A pesar de todo la lucha era muy desigual por la diferencia de medios en los dos bandos. Los libertadores, como popularmente se les conocía, no tenían ni qué comer, mientras el gobierno era sostenido por los Estados Unidos.

La muerte de Obregón en julio de 1928 y la rivalidad que esto creó entre callistas y obregonistas ayudó a la causa de los cristeros y así escribía Gorostieta: «Puedo de manera oficial comunicarle a Ud., que nuestro movimiento ya es tomado en serio por tirios y troyanos; y todos los jefes de grupo político han hecho esfuerzos por conocer mi manera de pensar sobre los asuntos de interés nacional... Adelante y con la Cruz; hay que terminar como hombres lo que como hombres hemos empezado».

A partir de agosto la iniciativa pasa a manos de los cristeros. En diciembre de 1928 se decidió la tercera reconcentración sobre todas las regiones costeras. Gorostieta ya había previsto esto y se habían tomado las medidas oportunas. Se hizo una circular por la cual se ordenaba: «Recoger las semillas de todos los reconcentrados, entregándoles sus recibos, guardando la recogida en tal forma que bajo su responsabilidad sea aprovechado por nuestras fuerzas y de ninguna manera vaya a caer en poder del enemigo». Los propios reconcentrados decían a los cristeros dónde dejaban las llaves de forma que ahora no tenían ni que pedir permiso. Por otra parte, todo el que era sorprendido robando era inmediatamente condenado a muerte.

El efecto militar de esta reconcentración fue nulo, pues el espíritu de resistencia salió engrandecido.

Los trenes eran atacados sistemáticamente, lo cual obligaba al gobierno a retener gran número de tropas al lado de las vías férreas. El embajador norteamericano, Morrow, opinaba: «Parece improbable que el Estado pueda ser pacificado con éxi-

to, a pesar de todos los esfuerzos del Presidente y de las autoridades militares locales antes de que se solucionara la cuestión religiosa».

Apogeo

La rebelión «escobarista» de marzo de 1929 trató de ganarse a los católicos aboliendo la legislación de Calles y haciendo un pacto con los cristeros. Para Gorostieta esto representaba municiones de las que tan escaso había andado siempre.

El gobierno hubo de dedicar sus esfuerzos a combatir a los escobaristas en el Oeste. Los cristeros aprovecharon la ocasión para lanzar una ofensiva antes de la vuelta de las tropas gubernamentales. Durante este período, Guadalajara estuvo a punto de caer en manos de los cristeros. Si no se alcanzó este objetivo fue debido al desastre escobarista.

Después de acabar con los escobaristas, Calles decidió hacer lo mismo con los 7.000 cristeros de los Altos, para lo cual concentró en Jalisco a 35.000 hombres.

Gorostieta, que ya no podía contener aquella oleada, ordenó la dispersión en espera de que pasara aquel mal momento. Por otra parte, las negociaciones entre la Iglesia y el Estado empezaban a preocupar a los cristeros, pues no se contaba con ellos.

Al tratar de pasar al estado de Michoacán, para efectuar tareas de organización de los cristeros, fue sorprendido Gorostieta y cayó muerto.

En este momento, había un equilibrio difícil de romper. Por un lado, 50.000 cristeros, levantados en armas, pero que no podían con el gobierno apoyado por los Estados Unidos. Pero, por otro lado, el gobierno tampoco podía con los cristeros, apoyados por el pueblo.

Más adelante, los arreglos entre la Iglesia y el Estado quitarán a los cristeros este apoyo y se tendrán que rendir.

Los cristeros veían estos arreglos como una traición. Ellos habían representado el espíritu de lucha y querían hacer una paz honrosa, no una simple entrega de armas. Debían tener garantías de que los derechos de la Iglesia serían respetados.

A casa

A la guerra no se le veía fin y el gobierno se encontraba ya muy debilitado. Los obispos tam-

bién deseaban la paz de forma que en junio de 1929 se llegó a un «modus vivendi». Los templos fueron otra vez abiertos al culto, con lo cual el pueblo ya no vio razón para apoyar a los combatientes. Y los cristeros ya no pudieron hacer otra cosa que doblegarse ante un tratado, para el que no habían sido consultados, y que luego demostró la falacia del gobierno.

Muchos sacerdotes se presentaron ante los cristeros, diciéndoles que ya era un pecado el proseguir la lucha. Ellos, desconcertados, no sabían a qué atenerse. Unos pensaban en rendirse, otros en aguardar órdenes y en más de un batallón estuvieron a punto de pelearse entre ellos.

Los días de la rendición fueron un infierno para los cristeros. Tuvieron que devolver las armas que tanta sangre les habían costado obtener y doblegarse a los enemigos de la Iglesia.

Se creía que, como en anteriores guerras, quedarían en los montes partidas de bandidos, pero no fue así. Todos los que habían peleado por Cristo Rey volvieron a sus casas.

En los acuerdos no se anulaban las leyes vigentes contra las que habían combatido los cristeros. El acuerdo fue, en realidad, una rendición. Lo que tres años antes se había considerado no lícito y provocó la suspensión de cultos, ahora se consideraba de otra manera.

A la vuelta de los cristeros a sus casas fueron asesinados como cucarachas. En Guadalajara, se les fusilaba a la luz del día. Los cristeros decían que habían muerto más después de los arreglos que durante la guerra.

Hubo alguna matanza en masa, como en Cojumatlán (Jalisco) y en San Martín de Bolaños. Murieron unos 1.500 cristeros, de los cuales 500 tenían el grado de teniente a general.

* * *

Las dificultades y persecuciones continuaron, mas la sangre de los mártires fue y será semilla de cristianos. El pueblo mexicano perseveró heroicamente en su fidelidad a Cristo y hoy hemos podido contemplar con ocasión del viaje del Papa Juan Pablo II como a pesar del laicismo oficial, el testimonio público de fe cristiana ha convertido a las calles de las ciudades de México en un templo viviente. La gesta heroica de los cristeros fecundó con nueva vitalidad la semilla que llevaron a aquellas tierras los misioneros españoles.

Juan Pablo II y Jomeiny

Francisco Canals Vidal

No hace muchos días leíamos comparaciones que establecían paralelismos y semejanzas entre el dirigente religioso chiita, y caudillo de la revolución islámica contra el sha del Irán, y el Papa Juan Pablo II, recibido por multitudes en su viaje a México.

Los medios de comunicación del Estado parecían empeñados en aludir a estas semejanzas, aunque durante aquellos días fueran mucho más generosos los espacios televisivos para el líder musulmán que para el Papa de la Iglesia católica, aclamado por el pueblo católico de México.

Parecía como si la fraternidad hispano-mexicana se reservase para el Estado artificialmente laico de aquella nación, que visitaron el presidente Suárez y el Rey Juan Carlos I, y como si no interesase mostrar la sencilla y profunda catolicidad de la sociedad regida por aquel Estado.

El paralelismo entre Jomeiny y Juan Pablo II es realmente desafortunado. Los acontecimientos posteriores a las respectivas llegadas a Puebla y a Teherán del Papa y del dirigente chiita irán poniendo de manifiesto el insalvable contraste. Pero desde ahora podemos reflexionar sobre la contraposición y el opuesto sentido de las tareas de uno y otro.

Los orígenes

El islamismo fue en su origen un movimiento religioso-político, en la más estricta unidad y confusión de ambas dimensiones, heredero de las esperanzas y de los sentimientos del judaísmo orientado hacia un mesianismo terrenal. Precisamente el tropiezo judío contra el Evangelio de Cristo fue efecto de este empeño en la búsqueda de un reino de este mundo, en el anhelo de la revancha de Israel contra el helenismo y la dominación romana.

Incluso entre los judeo-cristianos pervivió este sentimiento, exacerbado por el éxito de la expan-

sión del Evangelio entre los gentiles. Los celos judíos ante la obra del Apóstol de las gentes, Pablo, se plasmarían en las concepciones «ebionitas» y «milenario», que terminaron por separar de la Iglesia cristiana a la primitiva cristiandad judía. En estas concepciones se presentaba a Cristo como un puro hombre adoptado por Dios como hijo suyo.

El islamismo fue la adopción por los árabes de este impulso semítico de revancha «religiosa» contra los griegos y contra el Imperio «infel». «Revancha ebionita», según Renan, ha sido también interpretado por Arnold Toynbee como el despertar de la sociedad «siríaca» después un milenio de intrusión helénica.

Por esto el Islam originario era enemigo de cualquier poder político distinto de la herencia del Profeta. El califato fue, en esta concepción, un poder religioso teocrático que anulaba y absorbía todo poder político.

Las transformaciones

Las sucesivas transformaciones del Islam en un Imperio que asumía las formas estatales de los poderes «infel» y se nutría de la filosofía de los griegos, provocaron siempre nuevas reacciones de vuelta al puritanismo radical de sus orígenes. El movimiento de Jomeiny continúa así en una línea en la que estuvieron los movimientos africanos que invadieron la España musulmana: Almohades, almorávides y benimerines, o la actitud que había tenido antes Almanzor.

En el mundo cristiano, movimientos de la misma raíz «ebionita» y «milenario» han sido los de

muchas sectas: los «Viejos creyentes» de Rusia, los «anabaptistas» de Munster, pueden servir de ejemplo histórico. Pero también el movimiento puritano, de tan decisiva influencia en la vida política anglosajona y occidental, se consideraba a sí mismo como el advenimiento del Reino de Cristo, que seguía al hundimiento de la Babilonia papal. Con este ideal realizaron los soldados de Cromwell su violenta opresión de la Irlanda católica en el siglo XVII.

Al establecerse, en 1643, la Confederación de Nueva Inglaterra, que había de ser uno de los núcleos de los futuros Estados Unidos de América, se proclamó: «Por cuanto todos nosotros vinimos a estas partes de América con un solo y mismo fin y propósito, a saber, el de llevar a término el Reino de Nuestro Señor Jesucristo y gozar las libertades del Evangelio en su pureza y en paz...»

Los ideales «ilustrados» y «filosóficos» que posteriormente predominaron en Occidente, fueron a su vez la secularización de esta esperanza. El opúsculo de Manuel Kant «La Paz perpetua», lleva por subtítulo estas significativas palabras: «El Milenio en Filosofía».

También el marxismo ha sido interpretado por muchos sociólogos y pensadores como transfor-

mación materialista y atea del mesianismo terreno del judaísmo anticristiano. Las corrientes cristianas que deforman el Evangelio hasta concebir a Cristo como un dirigente revolucionario y «nacionalista» frente a Roma, y apoyan en esta pretendida «cristología nueva» una deformada «teología de la liberación» marxistizada, prolongan en nuestro tiempo el antiguo error judaizante de los «ebionistas», los «defensores de los pobres».

Jomeiny, con su fanatismo pseudo-religioso y político, habrá contribuido probablemente a abrir en el Irán el camino a la revolución marxista.

Juan Pablo II ha ido a Puebla a liberar a la teología de contaminaciones terrenas. Pero no para defensa de intereses, como pretenderán algunos, sino, en primer lugar, para defender la pureza de la fe y de la vida cristiana de los pobres, y también su dignidad y sus derechos. Juan Pablo II es bien consciente de que el signo del Reino de Dios es «la evangelización de los pobres», y ha sentido un amor entusiasta y efusivo hacia los católicos mexicanos y de todos aquellos pueblos, manipulados por el egoísmo de muchos, y cuya fe sencilla y ferviente intentaban corromper los pseudo-teólogos, que hubieran reducido el cristianismo a algo más parecido al islamismo chiita y al marxismo que al Evangelio.

El pueblo de Dios en marcha hacia el corazón de Cristo

Con motivo de conmemorarse el 60 aniversario de la Consagración de España al Corazón de Jesús, el Grupo de Peregrinos unido a diversas asociaciones y movimientos espirituales, entre el que figuran en cabeza el Apostolado de la Oración, inició una campaña en junio de 1978 en Valladolid intitulada: el Pueblo de Dios en marcha hacia el Corazón de Cristo.

Se pretende con esta campaña: a) Revitalizar la devoción al Corazón de Jesús. b) Promover y fortalecer la fe de España. c) Promover la unidad a través del esfuerzo mancomunado de los católicos en un mismo propósito (Doc. 3, a).

Este aniversario puede ser así un momento de gracia para nuestra alma, una ocasión única para convertirnos de veras, para renovar nuestra fidelidad a Jesucristo —según el Mensaje perenne del Evangelio y la doctrina de la Iglesia, actualizada para nuestros tiempos por el Concilio Vaticano II—; para consumir nuestra entrega al único Maestro que tiene palabras de vida eterna, que nunca pasarán, a Aquél que siendo Dios se hizo uno de los nuestros y plantó su tienda entre los hombres, y trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre y nos amó con corazón de hombre.

Se quiere proclamar con esta ocasión que Jesucristo —como ayer, como hoy y como siempre— es el Camino, la Verdad y la Vida, es nuestra Esperanza, nuestra Fuerza y nuestro Amor; nuestro Salvador, Liberador y Rey.

**ESPAÑA
EN MARCHA
HACIA
EL CORAZON
DE JESUS**

